

El cuello de mamá y la navaja

(Novela negra)



Esteban Ponce

Prólogo y nota post-liminar de
José Luis Pereyra
(PREMIO FRAY MOCHO - 2015)

EDICIONES DEL CIE - 2017

EL CUELLO DE MAMÁ Y LA NAVAJA

Esteban Ponce

Con prólogo y nota post-liminar del Profesor José Luis Pereyra

(Ganador del Premio Fray Mocho 2015)

Para Amílcar

PRÓLOGO

Policial blanco, policial negro: una cuestión de punto de vista.

Como viejo lector tengo una premisa de hierro: a las novelas les doy unas veinte o veinticinco páginas de tolerancia, si no me convencen la trama, el estilo o el autor, la dejo para otro momento o la olvido para siempre. Cuando Ponce me trajo esta novela para su juzgamiento y corrección, debo confesar que fui muy escéptico. Pero cuando quedé frente al texto, éste me atrapó y no lo pude abandonar. Si a ustedes les ocurre algo parecido, entonces esta novela habrá cumplido con su propósito: entretenerlos durante algunas horas, lo cual no es poco para una obra literaria. Mi primera recomendación, es que le otorguen a esta obra las veinte páginas de tolerancia y, si no les gustan, dejen esta novela para otra ocasión -o nunca-, y amigos como siempre. No sientan culpa alguna, hay miles de buenos libros, de excelentes escritores, esperándolos en las bibliotecas y en las librerías.

Antes de que sigan leyendo esta nota prologal, les voy a proponer otro buen consejo: dejen inmediatamente de leerla y empiecen con la novela. Es lo que yo hago con todos los prólogos, preámbulos, prefacios y palabras preliminares: los dejo siempre para el final, o -directamente- no los tengo en cuenta. ¿Por qué? Porque los prólogos suelen cometer el grave pecado de adelantar la trama, de revelar secretos. Los prólogos suelen ser indiscretos. Lo cual puede ser muy contraproducente en una novela policial. ¿Entonces, por qué no la pone al final? -se preguntarán los lectores con lógica detectivesca-. Porque ya no sería un prólogo sino una nota post-liminar y eso, en este libro, ya existe.

Así es que, háganme caso, vayan a la novela y luego regresen aquí, si quieren.

Otra advertencia, lo que sigue es bastante esquemático y básico: intentaré explicar las diferencias existentes entre dos sub géneros de relatos que tienen cultores y fanáticos en todo el mundo: ¿Qué diferencias hay entre el policial blanco y el negro? El policial “blanco” nació hacia 1841 con **Los crímenes de la calle Morgue**, del genial Edgar Allan Poe. Ahí ya aparecen las características que se repetirán en los miles y miles de cuentos y novelas escritos en los ciento setenta y cinco años transcurridos desde aquel hito inaugural: **a)** La presencia de un detective no profesional (un amateur), que emplea la razón y la lógica frente a un misterio muy intrincado, de difícil resolución. Este detective es el héroe y ha recibido varios nombres ilustres: Augusto Dupin, Sherlock Holmes, Miss Marple, Hércules Poirot, el candoroso padre Brown. **b)** La razón y la lógica, usados como herramientas obedecen al optimismo positivista de la época. La razón y la lógica no pueden fallar como instrumentos justicieros y transformadores de la realidad. Por lo tanto no existe, en el policial blanco, crítica social ni afán reformador. **c)** Esos detectives, que colaboran con la policía, representan la ley, el orden, “lo bueno”, la justicia, la moral. Los enemigos del detective (el Dr. Moriarty, por ejemplo), son también enemigos de la sociedad. **d)** El triunfo del héroe, entonces, es el triunfo sobre “lo malo”, sobre lo amoral.

El policial “negro” también tiene fecha de nacimiento: 1926, y el relato que inicia esta línea narrativa, **Los asesinos**, es de otro autor norteamericano: Ernest Hemingway. En este cuento ya aparecen los elementos que tomarán

otros escritores: **a)** Puede o no haber detectives y, cuando los hay, éstos cobran por sus servicios, ya no son fríos *amateurs*, sino profesionales. No usan necesariamente la lógica ni la razón: a menudo se dejan llevar por sus impulsos, sus sentimientos o sus convicciones éticas. Los protagonistas del *noir* -como también se llama a estos relatos-, tampoco representan “*lo bueno*”. El argumento de **Los asesinos** no resuelve un enigma, trata sobre un ajuste de cuentas entre los asesinos del título y un tipo de tan dudosa moralidad como ellos. **b)** Observen la fecha, lectores, en 1926 estamos lejos del optimismo positivista. La reciente finalización de la primera guerra mundial, las estructuras del crimen organizado estrechamente vinculadas con las estructuras políticas, el incremento de las diferencias sociales, han dado lugar al pesimismo del hombre común que lee los diarios y los compara con los libros que se escriben en esa época. En estos relatos de puro entretenimiento, pero ambientados en un mundo con apariencias de realidad, comienzan a asomar cuestiones sociales, no digo “denuncias”, sino atisbos de una sociedad imperfecta. **c)** La policía está ausente en **Los asesinos**. Y cuando la autoridad aparece en la narrativa “negra”, ya no representa “lo bueno” ni “lo justo”, sus detectives y funcionarios son corruptos y falibles (alcohólicos, estúpidos, venales, cobardes, criminales). El protagonista casi siempre es un marginal que lucha contra las autoridades del sistema, ya sean políticas o legales. **d)** Los límites entre “*lo bueno*” y “*lo malo*” ya no son claros, sino difusos, indefinidos e imprecisos.

Existen otras diferencias, por ejemplo, en el policial clásico, el crimen está visto como un problema matemático a resolver; en el negro, el delito es un problema social. El detective del primero es un investigador-observador que

tiene una actitud estática, fría y distante ante los hechos narrados; en el *noir*, el detective (cuando lo hay), actúa, participa en la acción. En el policial blanco, el crimen es lo anormal, es una aberración; en el policial negro, el crimen es lo normal en un mundo que ya está corrompido y criminalizado.

En el policial blanco, el lector se pone de parte del investigador, de la justicia; en el *noir*, el lector simpatiza con el delincuente. En el policial clásico, el héroe siempre está dentro de la ley, es más, la representa. El héroe del policial negro es un transgresor, un delincuente, que casi siempre cuenta con la complicidad de otros transgresores como él: el autor y el lector. El punto de vista de esta tríada (autor, protagonista -o héroe- y el lector), es decir, el sitio desde donde ellos tres miran el hecho narrado será, en definitiva, lo que establecerá la diferencia entre el policial blanco y el policial negro.

Ya he dicho bastante. Estoy seguro de que, quienes se introduzcan en la trama de esta novela negra, simpatizarán con el "*pluscuam-imperfecto*" narrador protagonista y -a pesar de las advertencias que hace su autor al final del primer capítulo-, se aventurarán a entrar en ese mundo de seres marginales, en apariencia tan lejano pero que, en verdad, queda más cerca de lo que uno imagina, por ejemplo, aquí mismo, a vuelta de página.

Nos vemos de nuevo al final.

Profesor José Luis Pereyra

CAPÍTULO I

FLORES DE VERANO

“Entre los desarrollos desviados se cuentan la neurosis, la perversión, la psicosis y el abandono...”

August Aichhorn, *“Cliniques de la délinquente.”*

De lejos lo vimos regresar del club, con mamá pensamos que otra vez volvía borracho, pero -en esta ocasión- mi padre volvía muriéndose. Recién a unos treinta metros de nosotros, notamos la sangre bajándole por la pierna. Su mano derecha apretaba algo por debajo del cinto, balbuceaba el nombre de un hombre. Sus ojos ya no tenían la violencia acostumbrada, sino una expresión de pánico que yo nunca le había visto antes.

En mi imaginación, papá siempre había sido un viejo terrible, sin embargo el día que él murió, apenas llegaba a los treinta años, casi la edad que tengo ahora. Lo habitual en él era la prepotencia, la tendencia a levantar la voz y el mal humor. La perspectiva del tiempo transcurrido, ahora me permite decir, sin temor a equivocarme, que su expresión entonces era la de un niño desolado y miedoso.

Siempre me quedó la duda de por qué fue hasta casa, en lugar de quedarse en el club social para que lo atendieran allí. La única explicación que encontré, años más tarde, es que mi viejo subestimó la real naturaleza del

daño y, además, quiso evitar a la policía. Sólo cuando volvía, durante el camino, comenzó a sospechar la gravedad de su estado. Los efectos de la adrenalina, que lo habían impulsado a huir, iban cediendo lugar a la desesperación.

Se dejó caer a nuestro lado y nos pidió que busquemos ayuda. Mamá dijo que antes de pedir auxilio a alguien, quería verle la herida, que por ahí todo era una pavada. Papá dijo que no, que era algo serio y -apretando aún más su ingle-, repetía a gritos que necesitaba un médico. Mamá insistió en inspeccionar la lesión. Ahora él ya no le inspiraba miedo, ella tomó la mano de papá e intentó separarla de su cuerpo, mi viejo forcejeó un poco, pero esta vez él no era el más fuerte, ya estaba débil por la larga caminata y los estragos de la hemorragia. Cuando mamá al fin le apartó la mano, brotó un chorro de sangre que me salpicó la cara. En lugar de detener la pérdida, mamá mantuvo la mano de mi padre en alto.

Yo tenía apenas ocho años, pero sabía perfectamente lo que ella estaba haciendo.

-Andá a lavarte esa cara y a cambiarte la ropa -me ordenó mientras el flujo de sangre se hacía más débil y el rostro de mi viejo se volvía más relajado, como si el miedo ya hubiese pasado de largo.

Obedecí, como siempre les había obedecido a los dos. Cuando dejé de llorar, volví limpio y más calmado. Mi padre estaba en el mismo sitio donde había caído y tenía las manos cruzadas sobre el pecho. Mamá no estaba. Yo me había quedado solito, junto al cuerpo quieto. Recuerdo que, como mamá

tardaba, corté las pocas flores que sobrevivían en nuestro jardín. Ese verano había sido tan caluroso que la mayoría de las plantas perecieron bajo el sol inclemente y la falta de agua. Coloqué las flores junto a papá. Mi madre volvió una eternidad más tarde, con la policía y un médico que también bajó del patrullero.

Los milicos tomaron unas fotos y llenaron algunos papeles a medida que mamá respondía las preguntas. Luego, el doctor también habló con ellos y mencionó algo sobre la arteria femoral. Después se fueron. Uno de los uniformados me acarició la cabeza al salir.

-Fuerza, gurí. A golpes nos hacemos los hombres -me dijo. Era una frase trillada, un lugar común, como si me hubiese dado el pésame. Ni él ni yo sabíamos que pronto vendría otro golpe más duro todavía.

Para ellos, para los policías, fue fácil detener al Vasco Iriarte, el hombre que mi padre había nombrado al final de su vida. Sobraban testigos. En el club todos habían visto la pelea y la puñalada; también sobraban los motivos, el alcohol, las polleras, los celos -en el sumario apareció involucrada una mujer, que mamá conocía demasiado bien-. Por lo tanto la justicia actuó con todo el rigor que es usual cuando se trata de gente pobre y bruta.

Pero a mi madre nadie -excepto yo- la juzgó jamás.

Más o menos veinte días después, cuando mamá ya había malvendido la humilde casa donde no había sido feliz, los enseres y muebles hogareños, me sentó en uno de los bancos de la terminal y me dijo que ella se iba a buscar trabajo, que volvería pronto para buscarme, cuando estuviera instalada en

Buenos Aires, que me porte bien y que la espere. Antes de subir al colectivo, puso unos billetes en mi mano, me ordenó que dejase de llorar como una nena y que me fuera con la abuela, pues con la vieja -me dijo-, estaría mejor.

Yo, como siempre, confié y obedecí.

¿Qué niño no confía en su madre? Desde el principio de nuestras vidas estamos condicionados genéticamente para tenerle confianza. Desde el vientre nos comunicarnos con ella. Estudios recientes han demostrado un intrincado enlace entre el feto y su madre: si la madre se estresa, el feto también se estresa, si la madre come chocolate, el niño se pone contento. Si el niño necesita calcio, para formar sus huesos, a su madre le darán ganas de comer queso o de beber leche. Los “antojos y caprichos” de las embarazadas -según dicen-, no son tales, obedecen a necesidades concretas del feto. Niño y madre trabajan juntos desde el inicio, forman un equipo. Entonces, si ella promete volver pronto, ¿por qué no le vamos a creer?

En las cárceles rusas, los instructores nunca daban el alimento a los perros guardianes con propias manos, sino que les depositaban la comida siempre en un mismo plato. Y esto era por un simple motivo, para evitar que los presos los envenenaran cuando les ofrecían algo de comer. Para adiestrarlos en la desconfianza de los presos, los mismos instructores vestían ropas de presidiarios y les ofrecían cosas indigestas como pedazos de jabón o pan untado con mostaza. Es tan fácil eliminar a un perro dándole alimentos envenenados, cuando ese animal está habituado a comer de nuestra mano. Todos los perros están condicionados a confiar en sus amos humanos. A algunos niños -como el que yo era, por ejemplo- se les deberían proveer

instructores que les enseñen a desconfiar, que les adviertan sobre la existencia de madres irresponsables, de madres que abandonan y no cumplen sus promesas.

Ustedes, eventuales lectores de este libro, comprenderán que yo haya guardado un profundo resentimiento hacia mamá. Cada día, cada mes y cada año que pasaba esperándola, yo iba construyendo un camino que conducía a la parte más oscura del alma humana. Un sector tan alejado de la luz que nadie quiere visitar por temor, pues allí suelen esconderse los monstruos.

Desde la más tierna infancia, para doblegarnos la voluntad y la rebeldía, se nos enseña el miedo al hombre de la bolsa, el cuco, la solapa, el familiar, los ogros, la llorona, el pombero, el diablo, es decir los monstruos. Éstos representan lo antisocial, lo feo, lo amoral. Son una aberración.

Soy un ser aberrante -como me decía un querido amigo, de quien ya les hablaré- y, como buen monstruo, no me pidan que actúe como ustedes, lectores, ni esperen que me exprese como ustedes. He crecido en un ámbito de penumbras, donde los habitantes de las sombras desconocen la sintaxis y, por consiguiente, hablan mal, vociferan, insultan. Donde las más abyectas actitudes son consideradas normales y si uno no se adapta a ese medio ambiente hostil, corre el riesgo de perecer. Y ustedes deben comprender, que al igual que todo ser vivo, también yo fui provisto con un instinto de conservación. Hasta el más insignificante escarabajo, puede adoptar la textura y el color del tronco donde se oculta, para evitar ser devorado por sus depredadores.

Una curiosidad, hasta la muerte de mi viejo, vivíamos en un barrio de Gualeguaychú llamado “La Cuchilla”. El nombre aludía, por supuesto, a un accidente geográfico. Nuestros vecinos eran gente pacífica y amable, pero cuando surgían los problemas, éstos se dirimían primero a los golpes y luego con arma blanca, el arma de los pobres. Cuando la noticia, por su gravedad, trascendía a los medios periodísticos locales -la radio o los diarios-, el público generalmente reaccionaba encogiéndose de hombros, como si pensara: “¿Qué otra cosa podés esperar de ese tipo de personas?, son cuchilleros.” O sea, son monstruos.

Pero se equivocan quienes sospechan que lo aberrante está circunscripto a lo educativo, a una cuestión de género o la estratificación social. Atildadas señoras del barrio norte porteño o patricias provinciales, dejan escapar el odio, los prejuicios y la discriminación cada vez que los periodistas les acercan un micrófono para que se expresen: “hay que matarlos a todos”, “necesitamos leyes más duras”, “esto no es libertad, es libertinaje”, “que vuelvan los milicos”, “el gobierno fomenta vagos”, dicen. Ellas son monstruosas, pero no lo saben. En cambio, yo soy un monstruo que se asume como tal.

Así como las religiones necesitan a Satanás, el pecado, el temor a la muerte y los fabricantes de armas necesitan las guerras, la sociedad engendra sus monstruos porque los necesita. Las sociedades paren monstruos porque toda la estructura social está edificada para contenerlos, denunciarlos, reprimirlos, aniquilarlos. Las leyes, la policía, la iglesia, los políticos, las cárceles, todo está ahí para combatir a los monstruos y preservar la integridad moral y física de quienes creen o aparentan no ser monstruos.

Desde ya aclaro que este libro no es un tratado de sociología. Hago hincapié en estas cuestiones, para deslindar responsabilidades: soy, como todos nosotros, un producto social, las personas y las circunstancias me han hecho así. Me tocó en suerte el lado oscuro. No fue una elección.

¿Quieren ir hacia el lado de las sombras, donde habitamos los monstruos?

Quedan advertidos.

CAPÍTULO II

LA “CACATÚA”

Crecí pensando que, probablemente, el error más grande de mamá había sido entregarme al cuidado de mi abuela. Es verdad que ésta me abrigó, me alimentó, me envió al colegio y, en su particular manera, me dio cariño; pero también fue la persona que me intoxicó el alma con reproches amargos e inmerecidos y, lo que fue peor, me la envenenó con la idea del honor y la venganza.

Mi abuela andaba por los cincuenta y cinco y había enviudado a los pocos años de nacer mi padre. Vivió la mayor parte del tiempo sola, una vida tranquila y ordenada que yo trastroqué de pronto sin quererlo. Era religiosa y tenía pocos vicios, yo le conté tres. Primero, los licores dulces: en especial el de anís y el de naranjas. Nunca la vi tan borracha, como sí lo vi a Ismael. Lo suyo era una leve curda triste que la ponía filosófica y sensible. Segundo, la timba: con sus amigas, solía hacer algunas visitas a los bingos del club social y los tragamonedas del casino. También le encantaba jugar a la quiniela. Su tercera debilidad era su “novio”: cada tanto la iba a visitar un hombre bastante más joven que ella, un tipejo ordinario y fatuo. Se llamaba Mauricio y aparecía por casa de la Cacatúa cuando se quedaba sin guita. Nunca me cayó bien, pero ella lo consideraba un galán de cine y, en su imaginación, lo veía rodeado de muchachas fáciles que le disputaban el cariño del Adonis. En el loco afán de retenerlo, gastaba más de lo debido en tiempo y dinero, comprando perfumes,

ropas y cosméticos. El botiquín de su baño estaba atiborrado de potes con mágicas cremas para disimular las arrugas, frascos de perfume, talcos de colores y demás afeites femeninos. Esa coquetería algo ridícula y colorida para su edad, le había ganado entre quienes no la querían, que eran muchos, el apodo de la Cacatúa. El apodo reflejaba la ignorancia de los vecinos, porque la cacatúa, en realidad es blanca, los pájaros coloridos se llaman papagayos. De eso me di cuenta a los diez años pero, a pesar de que se lo dije a varios y les mostré mis figuritas, nadie le dijo jamás la Papagaya. Desde entonces comprendí que es inútil intentar corregirle a la gente sus errores.

Cuando iba su novio, yo me debía borrar de casa y comenzaba a vagar por el vecindario. Durante mis caminatas sin rumbo, era común oír que la gorda Heredia y otras chusmas del barrio comentaban: “Mirá, ahí va el nieto de la Cacatúa, seguro que otra vez está con visitas.” Remarcaban la palabra “visita” y sonreían con malicia.

Cuando yo regresaba, siempre encontraba a mi abuela de mal humor, deprimida, quejándose de que la plata no alcanzaba -seguramente le había dado sus últimos pesos al novio-, y decía que todo estaba caro y que ella ya no andaba para criar gurises ajenos, que yo era una carga, que le daba trabajo y que para eso estaban las madres y no las abuelas, que todo era injusto, que ella estaba sola en este mundo, que no tenía quien la ayude ni quien la proteja, porque lo único valioso y bueno que había tenido en la vida, se lo había quitado el hijo de puta del Vasco Iriarte, quien había asesinado, a sangre fría y a traición, a su pobrecito Ismael -y repetía: “pobrecito Ismael, pobrecito”, en un tono cada vez más lento, suave y plañidero.

Dos reliquias conservaba mi abuela de los amores de su vida: un viejo y enorme puñal que había sido de su marido, con el mango y la vaina repujados en plata y oro, y varias fotos donde estaba mi padre. Pero una de ellas era su favorita: una fotografía de tiempos mejores, donde ella estaba sonriente, al lado de mi abuelo y un niño, mi padre. Cuando se deprimía, abrazaba esa imagen y se largaba a llorar y a recitarme lamentos cargados de autocompasión. Ella hablaba de la pobreza y su relación con la injusticia:

-Las leyes solamente valen para los ricos -me decía siempre-, los pobres tenemos que hacernos nuestra propia justicia. No está bien que los buenos duerman bajo tierra, mientras los asesinos se pasean por la calle y se nos ríen en la cara.

Luego me hablaba del honor y la dignidad de los pobres:

-A los pobres, la única riqueza que nos queda es andar por la vida con la frente bien alta.

Estas y otras tantas estupideces -típicos lugares comunes que la gente toma y transmite impunemente como sabiduría popular-, repetía mi abuela abrazada a su foto familiar, sin imaginar que yo, su única y leal familia, las bebía como a pura y confiable agua de manantial. Yo tenía doce años, no había desarrollado entonces mis anticuerpos y me dejaba envenenar el alma.

Ismael era el nombre de mi viejo; el Vasco Iriarte fue el hombre que lo había herido durante una discusión de borrachos en el club. Al parecer, mi viejo se le había insolentado a una amiga o novia del Vasco, algunos dijeron que la había manoseado, otros dijeron que le había dicho alguna grosería. La cuestión

es que la mujer reaccionó mal y cacheteó a mi padre. Mi viejo, acostumbrado a lo que hacía en casa, le quiso dar la misma paliza que le daba a mi madre. Pero aquí intervino el Vasco Iriarte y las cosas terminaron según ya sabemos.

Como es lógico y natural, los recuerdos que mi abuela conservaba sobre mi padre no coincidían, para nada, con los míos. Ella evocaba al niño cariñoso y bueno, al hombre honesto, trabajador, responsable y buen padre. En fin, evocaba un dechado de virtudes, segado en la flor de la edad por la maldad del hijo de puta del Vasco Iriarte. Yo, en cambio, recordaba a un tipo borracho, violento, un bruto que, en vez de hacerle el amor a su esposa, la torturaba y la golpeaba, a un tipo inestable e inseguro, incapaz de mantenerse en un empleo fijo y que, varias veces, había amenazado con abandonarnos a mi madre y a mí. En cierta manera, éste último fue uno de los pocos objetivos que se había fijado en la vida y en el que obtuvo un rotundo éxito: en verdad terminó abandonándonos.

A mi padre lo había superado la vida, siempre fue el niño mimado y sobreprotegido de la Cacatúa, pero cuando embarazó a su novia y debió afrontar la responsabilidad de mantener una familia, se halló ante el problema que han enfrentado y enfrentarán millones de hombres en este planeta. Había conseguido trabajo en una distribuidora de alimentos y, luego, en un supermercado. No soportó la autoridad de sus empleadores, decía que era muy hombre para que gente extraña anduviera levantándole la voz y mandoneándolo. Se veía que el trabajo en relación de dependencia no era para él. Así es que le pidió dinero prestado a su madre y puso un almacén de barrio, bien provisto y moderno, ahora sería su propio patrón. Pero le faltó constancia

y disciplina. Tenía poco carisma para atender a la gente, había imaginado que cualquiera podría poner un negocio y ser un buen vendedor. Se encontró con que cada cliente era un patrón, que exigía calidad, buenos precios y buen trato. A pesar de la ayuda de mamá, que sí era amable y servicial con la clientela, debió cerrar el almacén a los seis meses.

A papá lo perseguía tenazmente el fracaso y para que éste le perdiera la pista, intentó refugiarse en ese paraíso artificial que es el alcohol. Y ahí se le desbarrancó la vida. Vivía todo el tiempo en el Club, mi vieja, mi abuela y yo, que éramos sus aliados, nos convertimos en sus enemigos. Él no supo resolver ese “problema”, que es la felicidad. Contó con las herramientas: pudo haber sido feliz con el apoyo de la Cacatúa, que lo adoraba; con una esposa buena, sufrida y compañera, pues ella recién se volvió mala más tarde; y también tenía un hijo, sumiso, callado y estudioso. Pero mi padre no supo cómo obtener la felicidad, no supo manejar esos recursos que le había dado el destino y los desperdició.

Como se ve, mi abuela y yo no pensábamos en la misma persona cuando hablábamos de papá. Pero yo era un niño y la Cacatúa, una mujer experimentada en las artes de seducir, comprar y convencer. No pasaron muchos años hasta que mis recuerdos sobre el viejo comenzaron a desvanecerse y mi mente fuera incorporando los rasgos y las virtudes rememoradas por mi abuela. Con el correr de los años mi viejo se fue volviendo bueno y puro.

En cambio la figura del Vasco Iriarte se fue volviendo algo aborrecible, demoníaco, una abominación que debía ser eliminada de superficie terrestre.

Coincidíamos los horarios cuando yo iba al colegio y él salía del trabajo. Varias veces me lo crucé en el camino y yo cambié de vereda para no pasar a su lado. Un día intentó hablarme, pero me hice el desentendido y fingí que no lo había visto ni escuchado. Luego, también supe que había ido a casa de mi abuela, pero a pesar de que tocó repetidas veces el timbre, ella no se molestó en abrir la puerta y hablar con él. ¿Cuántas cosas habrían cambiado en nuestras vidas si la Cacatúa o yo hubiésemos hablado con él?

Según mi abuela, Iriarte no merecía recibir la luz del sol. Según mis recuerdos -que atesoran su último gesto de pánico y dolor-, el Vasco será para siempre un pobre muchacho, de corazón noble, algo quijotesco, un buen amigo de los suyos, un humilde trabajador, un pobre putaño, borrachín y con muy mala fortuna, como también lo fue mi padre. El Vasco siempre lamentó lo ocurrido con mi viejo, eso era lo que siempre había intentado contarnos a la Cacatúa y a mí. Él mismo me lo dijo antes de morir.

El Vasco Iriarte fue el primer hombre que yo maté.

CAPÍTULO III

ESCALANTE

Después de la “cálida” bienvenida que me brindaron los otros presos, apenas si podía moverme y ni hablar de sentarme. Busqué a mis compañeros de pabellón y los encontré reunidos en un círculo. Estaban tomando mate, comiendo tortas fritas, inocentemente, como si no hubiesen cometido ninguna salvajada, mientras se contaban historias reales o inventadas.

-Ahí viene el nuevo –exclamó uno al verme y los demás, al observar mi andar vacilante, se carcajearon de lo lindo.

-Que no le dé vergüenza, gurí -dijo otro-, todos nosotros hemos pasado por lo mismo, ¿o te crees el único?

-Acá, pibe -me invitó el que más me había pegado esa noche. Más tarde me enteré que le decían el Perro Márquez, preso por secuestro extorsivo y asesinato. Éste me dejó su silla, fue a una cama cercana, quitó la almohada y la colocó en el asiento que me había cedido. ¡Muy amable, el tipo! Yo me senté como pude y también acepté de mala gana el mate y la torta frita que me entregaban mis recientes atormentadores.

Para hacerme entrar en confianza, me dieron la palabra. Querían que les explique cómo me dejé meter preso de una manera tan idiota. Me di cuenta que todos ya conocían mi historia, pero querían oírla de mis propios labios. Yo

todavía estaba embroncado por lo que me habían hecho, así es que los mandé a la remismísima mierda.

-Este pendejo es un boludo –se quejó uno.

-Claro, ustedes no son boludos. Están en cana porque son unos genios, ¿no? ¡Putos de mierda! -uno de los alcahuetes intentó golpearme y otro comenzó a gritarme como un energúmeno, pero el que parecía el líder lo detuvo. Se llamaba Juan Vargas, le decían el Chueco, preso por asesinato en situación de robo, era carne y uña con el jefe de la unidad penal y también manejaba como un titiritero los hilos del lavadero y los talleres.

-Déjenlo -ordenó el Chueco-, está resentido, ya se le va a pasar.

-Está rezarpado el pendejo -dijo el Perro Márquez-, ya le vamos a enseñar modales a éste culorroto.

-No gasten pólvora en chimangos. El pibe ya se va a acostumbrar -una voz salvadora, tranquila, segura se impuso-. ¿Nunca les conté cómo me cagaron los milicos? Pásenme el mate, una frita y escuchen...

-Sí -dijo Juan Vargas, dejen que hable el Profe -y, por suerte, los otros presos lo obedecieron y se olvidaron de mí por un buen rato-. Aprovechemos que ahora está con ganas de contar lo que le pasó.

Al Chueco le parecía raro que el Profe, un tipo bastante reservado, se le ocurriera, de repente y ante todos los presos, hablar de sí mismo. A pesar de la furia que yo sentía, pude atender al narrador. Me gustó su historia, era más o menos así:

Realmente era un profesor y había trabajado muchos años en una escuela con anexo albergue regentada por un par de maracas. Unos rateros degenerados, disfrazados de maestros, que bien podían trabajar de personajes en una novela de Dickens. Eran tan miserables que se afanaban la escasa guita asignada para la comida de los niños que se albergaban en la escuela y se quedaban con las ayudas económicas que les dejaban los rotarios para mejorarles la calidad alimentaria. Pero los chicos comían pastas y polentas y, a la noche, les daban las sobras recicladas del mediodía. Cuando mataban los novillos de las vacas lecheras, se llevaban la carne para ellos y sus amigotes y luego decían que era para los alumnos, quienes veían un pedazo de carne cada muerte de obispo. Una vez habían hecho firmar a todos los maestros un petitorio de fondos para arreglar la escuela y, cuando llegó la plata, la usaron para cambiarse el auto por un modelo más nuevo. Argumentaban que el coche era para trasladar a los niños que se lastimaban durante los juegos, pero estaba a nombre de ellos. Escalante sospechó la maniobra y se puso a investigar. Encontró la rendición de la plata, había facturas truchas, sin aclaración de las firmas, en concepto de reparaciones que jamás se habían realizado. Si hubiese sido Martín Fierro lo hubiesen estaqueado, pero a él le comenzaron a cambiar los horarios, a complicarle la vida con llamados de atención y aislándolo del resto de sus compañeros. La última maniobra del director fue arrastrarse para pedirle al titular del cargo que volviese a tomar las horas cubiertas por Escalante como suplente. Al fin, el Profe se quedó sin trabajo y los directores en sus respectivos asientos.

Pero el Profe no era hombre fácil de arrear.

Estudió el movimiento de los dos tortolitos. Los siguió, los sorprendió por separado, los durmió de un garrotazo y se los llevó en su camioneta a un campo que sabía abandonado. Los trasladó al galpón, los ató frente a frente -a uno de ellos le había pegado tan fuerte que nunca recuperó del todo el conocimiento, pero ese pequeño detalle al Profe no le molestó demasiado-. Luego extrajo la batería extra que había llevado en su vehículo, le conectó unos cables y los picaneó hasta que se aburríó. Los mantuvo sin tomar agua ni comer durante dos días, entonces les ofreció la especialidad de la casa, el manjar del día: excremento de perro, eso sí, bien fresco.

En este punto del relato, casi todos los presos festejaron la ocurrencia y uno de ellos exclamó:

-El que a mierda mata, a mierda muere.

-Venganza para los pobres gurises -gritó otro.

-Dejen que siga contando, che -dijo Márquez.

-Eso -sentenció el Chueco Vargas-. ¿Qué pasó después, Profe?

-Como ya me había desquitado bastante, les pegué un tiro en la cabeza y me fui. Eso fue todo.

-¿Y no le prendió fuego al galpón -intervino el del mate-, digo, para embarrarle la cancha a los canas?

-No, porque mi problema era con esas dos maripositas y no con los dueños del campo.

-Algo justo -dijo el Perro-, pero un riesgo innecesario. Por eso se comió todo el garrón en la cárcel, ¿o no, Profe?

-¿Cómo lo descubrieron?...Ya sé -aventuró el preso que cebaba el mate-, las huellas digitales.

-En todo momento usé guantes de goma.

-¿Se olvidó un guante y los canas extrajeron las huellas del lado de adentro?

-No se me olvidó ningún guante ni hallaron una huella dactilar.

-El arma -opinó otro-, los rastros balísticos...

-Nada de eso. No fue por el arma ni por un testigo ni por una denuncia...

-Largue ya, Profe -ordenó el Chueco-, ¿Por qué mierda lo jodieron?

-Por eso, por la mierda -el Profe demoró el mate a propósito, para darle más suspenso al relato, luego continuó-. Primero los canas fueron a la escuela y averiguaron quienes habían tenido problemas con los directores en los últimos años. Como algo lógico, algunos recordaron mi enfrentamiento con ellos y mencionaron mi nombre. Después fueron a mi casa y se fijaron si yo tenía un perro blanco. Yo tengo uno. Más tarde consiguieron la orden de allanamiento del juez...

-Pare, compañero -lo interrumpió un preso-. ¿Por qué buscaban un perro blanco y no de otro color?

-Porque todos los perros del planeta, cuando se lamen o se rascan con los dientes, tragan sus propios pelos y luego los excretan, o sea, los cagan. La mierda de mi perro estaba llena de sus pelos blancos. Otro elemento en mi contra fue el color, porque los perros blancos son los menos comunes, igual que los albinos entre los humanos.

-¿Cómo se llamaba el perro, Profe?

-¿A quién carajos le importa eso?, pelotudo -se molestó el Perro Márquez, sospechando una cargada hacia él, y le metió un codazo en el estómago al preso que había hecho la pregunta.

-Se llama Claraniña. Es una perra, todavía está viva.

-¿Clara qué...? -dijo el que había recibido el codazo.

-Claraniña. Es un nombre antiguo, del romancero español -dije. Yo había leído en la secundaria el "*Romance del Conde Claros*" y me había encantado. Intenté explicarles a los demás presos el juego de palabras-.Tiene sentido: perra blanca, perra clara, la perra Claraniña...

-Déjense ya de tantas boludeces y permitan que el hombre termine su cuento -reclamó Márquez. Pero yo noté que al Profe le había gustado mi acotación. Me pareció verlo contento por haber encontrado, al fin, entre esa manga de ignorantes, alguien capaz de entender una referencia literaria más o menos compleja.

-No es cuento, Márquez -continuó Escalante-. Es la pura verdad de como terminé entre rejas, en la grata compañía de todos ustedes. Como les decía,

allanaron mi casa, no encontraron el arma ni la ropa ni los zapatos ensangrentados, que suelen ser las evidencias más comunes en estos casos. Los peritos fueron directo a mi perra, uno de ellos hizo el hisopado a las babas de Claraniña, mientras otro la sostenía del arnés. Era al pedo, porque ella era un animal muy manso, casi una opa, diría. En ese momento no me di cuenta de lo que pasaba, pero más tarde, cuando los resultados del A.D.N. ya estaban listos, no encontré manera de explicarle al juez de la causa, por qué los excrementos de mi perra estaban en el estómago de los cadáveres y en la escena del crimen.

-¿El A.D.N. de su perra estaba en la mierda? -pregunté intrigado.

-Ajá, no solo excretan pelos, también folículos epiteliales del interior de los intestinos. Pude usar soretas de cualquier otro perro del planeta, pero usé los de Claraniña, eran los que había más a mano...y en abundancia -explicó el Profe-. Gracias a ese pequeño detalle, yo tenía casi cien mil millones de científicas y modernas probabilidades en mi contra.

Mientras los demás presos contaban sus historias, sus desventuras, el peregrinaje por distintos penales, anécdotas graciosas o truculentas, el Profe se me puso al lado y comenzamos nuestra primera charla.

-¿No es medio rebuscado ese nombre para una pobre perra? -dije.

-Tengo seis -me contestó mientras me pasaba otra torta frita-, ¿sabés cómo se llaman los demás?

-Ni la más remota idea.

-Doña Urraca, Don Sancho, Fonte Frida, el Cid y Gerineldo.

-Todos son personajes del romancero -dije-. ¿Qué pasó con ellos, con quién están ahora?

-Con mi hermana. Ella y mi cuñado tienen una chacrita. Ahora los perros están mejor que conmigo, tienen espacio donde correr, buena comida y alguien que realmente los cuide. A Claraniña la castraron y ha engordado un montón. Mi hermana me advirtió que le va a cambiar el nombre. Dijo que la llamará Moby Dick.

-La ballena blanca.

-Es una perra blanca que va llena.

A pesar de ser un chiste y malo, a pesar de todo lo que me había pasado, no pude evitar reírme. Ese tipo, de entrada, ya me había caído bien. Tenía unos cuarenta años y era soltero -decía-, porque ninguna mujer le había podido aguantar el ritmo de bohemio que a él le encantaba llevar.

-Así que, ¿te gusta leer?

Le contesté que sí, pero cuando escuchó el listado de mis lecturas favoritas, frunció la boca con desaprobación. Luego propuso:

-Eso hay que mejorarlo. Tengo un proyecto que nos puede resultar de beneficio mutuo. Hay una pila de cajas, llenas de libros para formar una biblioteca espectacular. Son donativos que le han dado al penal hace años, pero nadie les ha dado bola. Algunos volúmenes están en mal estado, van a

necesitar pegamento y encuadernación. Necesito alguien que me ayude a limpiarlos, ordenarlos y clasificarlos.

-Cuenta conmigo, Profe -me encantó la propuesta, era preferible estar con ese hombre y no con el Perro Márquez y sus alcahuetes-. ¿Cuánto tiempo cree que nos llevará ordenar la biblioteca?

-Todo el tiempo que a nosotros se nos ocurra. Es una de las pocas variables que podremos manejar en este penal.

-Espero que nos lleve bastante tiempo.

-Veo que entendés rápido. Ahora escuchame bien: olvídate de todo lo que ocurrió anoche en el baño, acá no ha pasado nada, algún día te podrás tomar tu revancha. Pero ahora no te conviene, tienen manija de arriba -me dijo señalando con el pulgar hacia lo alto, el despacho del alcaide. Luego me agregó en voz baja señalando con la cabeza a los demás presos-. Otra cosa, no los confrontés, en especial al Perro, ese tipo es una basura y tiene todas las de ganar. Hacete amigo de él y del Chueco, porque son ellos y no yo, quienes realmente cortan el bacalao dentro del pabellón.

Asentí con la cabeza y me quedé callado.

-Te has defendido muy bien. Tuviste mucho coraje -me dijo señalándome la cara-. Mirá cómo te han dejado, parecés un boxeador.

-Uno bastante malo. Me molieron todos los huesos.

-Acá tenemos un gimnasio. Podemos practicar un poco de defensa personal y tonificar los músculos. Eso puede ayudar -después el Profe dijo algo que me

hizo sentir menos miserable-. Sos un tipo duro, otros han ofrecido menos resistencia. Encima, venís al pabellón con ganas de pelearte con todos los presos juntos y apenas podés sostenerte en pie. ¿Vos sos loco o querés suicidarte?

-Para nada, Profe.

-Bueno, entonces haceme caso y quedáte conmigo.

CAPÍTULO IV

DECÁLOGO DE ÉTICA TUMBERA

El primer gesto amable que recibí en la tumba provino del Profe. En el tercer día me alcanzó un paquetito asegurado con una gruesa banda elástica. Contenía una pomada antiinflamatoria y antiséptica, ¡oro en crema!, y una gruesa regla de acrílico, que llevaba adherido un papel donde estaba escrita una cita de Borges: “La venganza no es menos vana que el perdón”. Se incluía la supuesta fuente, “*Ficciones, Tema del traidor y del héroe*”.

-Gracias por los regalos –dije cuando lo tuve cerca.

-¿Cuál te gustó más?

-Los dos.

-¿Cuáles dos?

-La pomada y la cita de Borges.

-Los tres, susurró sonriendo, no te olvides de la regla. Está hecha de un plástico muy duro. Sacale filo y punta. Cuando los demás se enteren de que vas armado, lo pensarán bien antes de molestarte. Si le buscás la vuelta, hasta la banda elástica puede serte útil en algún momento, y con eso serían cuatro los regalos.

En la cárcel se aprende a usar todo en beneficio propio, desde una latita de paté hasta una cuchara o un pedazo de cañería. En la tumba, lo importante es

la supervivencia y si una simple regla de acrílico, usada por los niños en la escuela, contribuye a mantenerte con vida, bienvenida sea.

El Profe había redactado el decálogo del buen tumbero, un proyecto de manual ético para la convivencia carcelaria. El manual nunca fue terminado, pero las diez reglas básicas fueron copiadas con mi mejor letra en una cartulina y quedaron en la biblioteca. Era más o menos así:

- 1) Soy culpable de toda posible culpa (es mejor pensarlo así, ya que la idea de una condena injusta, duele demasiado).
- 2) No he visto nada y no me importa. No escuché nada y tampoco me importa.
- 3) Como las palabras suelen ser fuente de malentendidos, soy mudo.
- 4) No sé nada, ni quiero saberlo.
- 5) Los guarda cárceles siempre tienen razón, aunque no la tengan.
- 6) Lo que ocurre dentro de la cárcel, queda en la cárcel.
- 7) El concepto de propiedad privada es para el exterior.
- 8) El concepto de amistad es para el exterior.
- 9) El peor preso es el preso buchón.
- 10) El condenado por violación y asesinato de niños, ocupará el último peldaño de la escala social carcelaria. El anteúltimo escalón está reservado para las ratas. El primero es para los condenados por aplicar justicia y hacer valer su honor.

Yo no estaba de acuerdo con varios puntos del decálogo y era habitual que conversáramos al respecto. El Profe se excusaba diciendo que era apenas el borrador, un proyecto sujeto a eventuales modificaciones. En los años que

El cuello de mamá y la navaja

estuvimos juntos, ese tonto decálogo fue materia de largas conversaciones y debates, fue pulido, alterado el orden de sus ítems, desechado por inútil y, por último, retomado por mí para escribir esta crónica, con el propósito de que ustedes, lectores, conozcan cómo se vive en las cárceles.

-No he visto gente más chusma que los presos -dije-. Ellos conocen vida y obra de todo el mundo. Antes de mi llegada, ya sabían quién era yo y qué había hecho. Viven encerrados, pero saben lo que ocurre afuera como si lo hubiesen visto y vivido. ¿Cómo lo hacen?

-Es verdad, parecemos esas mujeres de García Márquez que, sin salir de sus casas, no solo sabían lo que ocurría en Macondo, sino también lo que iba a ocurrir, anticipaban el futuro...-Escalante hizo una pausa para que yo le indicara que conocía al autor y, ante mi gesto negativo, gritó:

-¿Nunca leíste al Gabo? -e indignado por la pobre calidad educativa en las escuelas secundarias del país y despotricando contra los ignaros profesores de literatura, agregó-. Pibe, ¿para qué vivís?

-¿Cómo aplica entonces el punto cuatro de su decálogo? ¿Se sabe o no se sabe nada, cómo es la cuestión?

-El chismorreo es nuestra manera de seguir perteneciendo al mundo, igual que las viejas gordas, que miran los programas de chimentos de la tele en lugar de vivir sus propias vidas. La diferencia entre los que se encierran en sus casas o departamentos para mirar televisión y nosotros es que nuestra cárcel es involuntaria y real. El punto cuatro va con el nueve: sabemos todo, pero cuando nos aprietan, no sabemos nada, porque no somos buchones.

‘Tampoco le di bola al punto seis, la prueba está en lo que ahora escribo. Pero ellos también lo aplicaban como una extensión del punto nueve. Desde adentro, intentaban preservar a sus familiares de las preocupaciones y calamidades que los afectaban: qué les importaba a los hijos, por ejemplo, los apremios y los castigos que recibían de sus propios compañeros; qué les importaba a las esposas, de la pobreza, la añoranza, las privaciones de la cárcel si ellas tenían sus propios problemas y debían arreglárselas solas con el mantenimiento de la familia. Todo lo malo quedaba puertas adentro. La familia no debía enterarse de las pálidas. Cuando los familiares preguntaban “¿cómo te va?”, los presos contestaban invariablemente: “¡Genial!”

A pesar de lo establecido en el punto ocho de su decálogo, con el Profe fuimos más que amigos y esto es mucho decir en ese ámbito, usted me entiende. Él me enseñó a defenderme, me aconsejó, me abrió la puerta de la biblioteca y me cuidó. Si lo hubiese tenido antes de que llegara el odio, yo no sería un asesino ni un tumbero. Pero así es la vida, esa fue una amistad muy costosa: debí matar a un pobre tipo para poder conocer a Escalante.

Con él no había que cuidarse de las palabras. Éstas nos unían, jamás hubo miedo de hablar. Los dos nos favorecíamos: él tenía no solo un discípulo inteligente y despierto, también tenía alguien con quien hablar sobre libros y bueyes perdidos; yo tenía un maestro y alguien que me protegiera de la depredación y la brutalidad de mis compañeros de pabellón. Muchas veces filosofábamos y una vez volvimos a la cita de Borges: *“La venganza no es menos vana que el perdón”*.

-¿Para vos, qué significa?

-Que la venganza es irrelevante.

-Y el perdón, también es una boludez.

Repetí en voz baja: *“La venganza no es menos vana que el perdón”*, y sonreí pensando en mi vieja.

-¿Y el honor?

-También es vana la noción sobre el honor y la lealtad. Sobre todo, dentro de un presidio. Aquí esos conceptos son irrelevantes. Lo único que importa en una cárcel es sobrevivir, adquirir conocimientos que tiendan a esa supervivencia, tratar de pasarla lo mejor posible y lograr que el tiempo transcurra velozmente.

-¿El conocimiento sobre cómo usar un elástico o fabricar chuzas y facas con reglas de acrílico?

-No te me rías en la cara, pendejo atrevido. Por ahora sí, porque esas cosas te van a servir. Pero el verdadero Conocimiento, y recordá esto, el verdadero Conocimiento, así, con mayúsculas, es el autoconocimiento. Lo demás es un adorno para llenar crucigramas o concursar en los programas de preguntas y respuestas de la tele.

Volvíamos con frecuencia al punto diez del decálogo. Porque hablaba de cómo se agrupaban los presos y el sitio que, en esa escala, nos correspondía. No era lo mismo quien mataba lavando su honra, quien lo hacía en ocasión de robo o quienes violaban a menores de edad y, luego, para borrar las huellas de tal depravación, los mataban y hacían desaparecer los cuerpiitos profanados.

Todos éramos criminales y culpables -punto uno del decálogo- pero, aún para los presos, había crímenes infames y otros casi necesarios.

La ley “oficial”, o sea, la que manejan los jueces con el código penal bajo el brazo, mete a todos en una misma bolsa. Pero dentro de la bolsa impera otra ley, terrible, no escrita. Quien viola, mata a un niño y luego es atrapado, suele suicidarse, pues -si no es estúpido-, sabe muy bien lo que le espera en el presidio. Lo mismo ocurre con los militares o policías que delinquen. Los violadores y los uniformados no van al mismo pabellón que los presos comunes. Como el agua y el aceite, no se mezclan. De esa manera, los encarcelados imponen sus propias “leyes” a las mismas autoridades que los han encerrado. Es como un desquite, como si los presos de todo el mundo dijeran: “Allá afuera, mandan ustedes; acá, mandamos nosotros”.

Digo “los presos de todo el mundo”, porque eso era lo destacable del decálogo del Profe. Él había visto películas y leído algo de literatura tumbera* y llegó a la conclusión de que son normas casi universales, pues sirven de aplicación para distintas épocas y países, desde las frías cárceles siberianas, a la Isla del Diablo, Sing Sing, Sierra Chica, el penal de Devoto, Alcatraz y la Unidad Penal N° 2, de Gualaguaychú, Entre Ríos, donde estábamos los dos, guardados por un buen tiempo.

Al Profe le gustaba parafrasear a San Agustín: *“El preso es el lobo del preso”*. Y esa es ley universal en todo sistema carcelario. Los guarda cárceles no suelen ser los peores enemigos del interno, sino sus propios compañeros de reclusión. Son los presos quienes aplican los castigos y abusos más crueles, quienes dan las órdenes más descabelladas y arbitrarias. Muchas veces

intentó introducir esa frase en su decálogo y luego se abstuvo de hacerlo, un motivo fue la vergüenza y otro, la esperanza de que eso cambiara un día. Ni él ni yo lo pudimos ver. Tampoco creo que pueda solucionarse jamás. Y la mía es opinión autorizada, pues estuve en ambos bandos, en el de la víctima y el del victimario.

-Acá entramos nosotros -el Profe señaló el último punto del decálogo, el referido a quienes matan en defensa del honor.

-También entran ahí los cornudos que matan a sus mujeres cuando éstas intentan buscar un hombre mejor, porque el que han elegido como pareja les ha resultado una verdadera bosta.

-A tu abuela -indicó Escalante, con algo de picardía-, le debe gustar este punto, el del honor, digo.

-Sí, pero durante una simple requisa, no aguantó estar con el culo al aire ni siquiera unos minutos. Así cualquiera defiende la honra.

-La deshonra no es menos vana que el honor –parafraseó el Profe.

-Y viceversa –sonreí.

Muchos años después, para escribir esta crónica, busqué esa cita borgeana en donde el Profe había dicho que estaba y nunca la hallé.** Hasta el día de hoy ignoro si se equivocó al nombrar la fuente o si fue un invento de él. Creo que a Borges, con su particular sentido humorístico, le habría gustado la situación.

* He aquí un brevísimo catálogo de literatura y filmografía tumbera que el Profe Escalante preparó para mi (de) formación intelectual.

LITERATURA: (por orden alfabético de autores)

Archer, Jeffrey: “*No es posible que ya estemos en octubre*”, cuento sobre un preso “institucionalizado”, como Benny, en “Sueños de libertad”.

Charrière, Henri: “*Papillón*”

Dostoievsky, Fedor: “*Recuerdos de la casa de los muertos*”

Dumas, Alejandro: “*El conde de Montecristo*”.

Hernández, José: “*Martín Fierro*”, La Vuelta, canto XII. (1879).

Hugo, Víctor: “*Los miserables*”

King, Stephen: “*Shawshank´s redemption*” (Sueños de libertad)

“*The green mile*”, (Milagros inesperados o La milla verde).

Medina, Enrique: “*Las tumbas*”, 1972.

O´Henry (Porter, William Sidney): “*El policía y el himno*”.

Pellico, Silvio: “*Mis prisiones*”.

Solzhenitsyn, Aleksandr: “*Archipiélago Gulag*”, 1973.

Vladimov, Georgi: “*Fiel guardián*”.

PELÍCULAS: (ordenadas por antigüedad)

“*Un condenado a muerte se ha escapado*”, Robert Bresson, 1956.

“*Un puente sobre el río Kwa*”, David Lean, 1957.

“*El hombre pájaro de Alcatraz*”, John Frankenheimer, 1962.

“*La gran evasión*”, John Sturges, 1963.

“*La leyenda del indomable*”, Stuart Rosenberg, 1967.

“*Le miei prigione*”, Sandro Bolchi, 1968. (Basada en el libro de S.Pellico)

“*Papillón*”, Franklin J, Schaffner, 1973. (Basada en la novela de H. Charrière).

“*Expreso de medianoche*”, Alan Parker, 1978.

“*Fuga de Alcatraz*”, Don Siegel, 1979.

“*El imperio del sol*”, Steven Spielberg, 1987. (Basada en la novela de J. G.

Ballard)

“*Sueños de libertad*”, Frank Darabont, 1992. (Basada en el relato de S. King).

“*En el nombre del padre*”, Jim Sheridan, 1993.

“*Milagros inesperados*”, Frank Darabont, 1999. (Basada en el relato de S. King).

Con el profe nos vimos casi todas esas películas –y otras que no recuerdo– en las traspasadas de la prisión. Mis favoritas fueron: *La leyenda del indomable*, un genial Paul Newman no se deja quebrantar la voluntad; *Papillón*; *Sueños de libertad*, ¡qué películón!, la vimos cada vez que la repitieron en la tele; *Un puente sobre el río Kwai*, estuvimos silbando la marcha de la banda sonora durante una semana entera, es muy pegadiza, cuando uno de nosotros comenzaba a silbar los primeros acordes, el otro continuaba. Una vez, varios presos nos siguieron la corriente, haciendo palmas o golpeando cacharros. Hubo que calmar a los guardias y explicarles que sólo era música y no un intento de motín.

Recuerdo especialmente *El imperio del sol*, porque la vimos para mi cumpleaños y Escalante me había llevado de regalo una lata de ananá bien helada. Él apenas me aceptó dos rodajas, me comí el resto demorando el placer. Esa lata de conservas fue el mejor obsequio que alguien me había dado en la vida.

La cita textual dice así: “*La venganza no es menos vanidosa y ridícula que el perdón*”, realmente es de Borges, pero no está en **Ficciones, sino en **Episodio del enemigo**, de **El oro de los tigres**. Es lógico que el autor no la haya encontrado donde Escalante había indicado. Nota de J. L. Pereyra.

CAPÍTULO V

SANCTA SANCTORUM

La vida en la cárcel es una basura, ¡vaya revelación! No hay vidrios en las ventanas para que los reclusos no se hieran con ellos y las placas de policarbonato -un lujo de ciencia ficción-, menos todavía. Por lo tanto, los inviernos en la prisión son más fríos, porque vienen con sensación térmica y la pobreza es más pobreza, porque viene con sensación tumbera.

En la "tumba", la miseria física es insignificante al lado de la miseria moral de sus habitantes: allí impera la suspicacia, la desconfianza, el odio, la violencia. Todo, hasta el más mínimo detalle, podía desencadenar una batahola descomunal. La posesión de una frazada, un paquete de cigarrillos, una revista, podían provocar la guerra. Una vez casi se matan dos reclusos por un desodorante ordinario, que en cualquier quiosco se vende por diez pesos. Una sola palabra mal pronunciada, en el momento inoportuno, podía ser interpretada como una ofensa similar al rapto de Helena, y ardía Troya. Nunca como en una cárcel las palabras toman su peso específico, su poder, su significado. Por eso es que los presos somos callados, silenciosos, paranoicos: estamos en constante alerta para detectar el doble sentido, la agresión solapada, la ofensa, la burla.

En un presidio la paz y la tranquilidad son vistas como entelequias, cosas absurdas y fuera de lugar. Los reclusos generalmente son tipos iletrados o semianalfabetos. Muchos poseen el cerebro hecho bosta por las drogas -las

más berretas y letales: el pegamento o el paco-. Si alguno de ellos me veía durmiendo, leyendo o simplemente meditando, enseguida me arrojaba cualquier objeto que tuviera a mano, me despertaba, me gritaba, todo por pura broma o por buscar camorra. Cuando los presos se ponían cargosos, había dos refugios posibles: la religión y la biblioteca.

Un grupo compacto y solidario de internos había organizado un área franca, donde los matones no podían entrar ni molestar, era la zona de Jesucristo salvador. Cuando los evangelistas se reunían en patota “para orar”, nadie los jodía. Dentro del penal, los pastores evangelistas tenían más poder que el grupo católico. Los pastores eran presos, vivían en la tumba todos los días, las veinticuatro horas, eran un refugio permanente. Los pastores evangelistas habían resuelto tantos problemas entre los internos, que hasta el jefe de la unidad los escuchaba. Los de la iglesia católica, en cambio, vivían afuera, eran amas de casa, abuelitas -no como la mía, ya les explicaré por qué- o viejos trolos que iban de vez en cuando por un pete o un chongo. Los católicos sin embargo, tenían más llegada que los evangelistas a las entidades oficiales: algunos abogados relacionados con organismos de derechos humanos, algunos políticos, la prensa y el escasamente visto juez de ejecución.

Esos dos grupos religiosos, Escalante y el jefe del penal promovieron otro sancta sanctorum: la biblioteca. Y allí había dos reyes indiscutidos, el Profe y yo. Elegimos el refugio de los libros, porque no nos llevábamos muy bien con la religión y las beaterías. Considerábamos horrible el estilo en que estaban escritos los pasquines evangelistas y casi toda la literatura cristiana en

general, por lo menos las revistas y folletos que se distribuían dentro de la prisión.

Los demás reclusos apegados a la religión nos llamaban, con cierto desdén, “los incrédulos”. Pero esto no era verdad, con el Profe creíamos firmemente que: a) esos textos eran ilegibles, b) fueron redactados por oligofrénicos, c) ofendían nuestra inteligencia. ¿Ven? Nosotros no éramos incrédulos, sí creíamos en algo.

-¡Pobre Espíritu Santo!, antes de ponerse a dictar o inspirar textos religiosos, debió darse una vueltita por algún taller literario, ¿no? -me dijo el Profe hojeando un impreso de la congregación adventista.

La blasfemia, que hubiese horrorizado a mi abuela, a mí me hizo reír con ganas. Pero seguramente a ustedes, que tienen fe y leen esos artículos, esto no les debe causar ninguna gracia. Apelo a su comprensión ecuménica, entiendan que los aberrantes no tenemos Dios. Eso forma parte de nuestra índole monstruosa. Lo advertí al comienzo.

El anticlericalismo del Profe me causaba risa. En uno de los tantos colegios donde trabajó, habían puesto de rector a un cura. Ni bien asumió el cargo, el curita le cuestionó al Profe que les pasara a los alumnos la película **Camila**. Dijo que era inconveniente para los jóvenes y que él proponía otros temas. El Profe se negó, por supuesto, argumentando que él no toleraba la censura en su clase. A mediados de año, cuando el curita entregó las calificaciones, Escalante, que jamás había sido cuestionado por su labor pedagógica, tenía la nota más baja de todos los docentes.

-Nunca te confiés nunca en los curas -me decía, recordando con ira-. Parecen buenos tipos, te hablan bajito, dulcemente. Pero en el fondo de sus corazones siempre se esconde un reprimido sexual, un fanático religioso y un censor.

Los internos que sabían albañilería reacondicionaron una celda, usada durante la dictadura para los presos políticos. Era un enorme salón de siete por seis metros, con estanterías vacías que fuimos llenando de a poco. Estaba separada de nuestro pabellón por un largo pasillo por donde transitaban los guardias. Ellos tenían las llaves, eran las llaves del reino, y muy pocas veces nos fueron negadas. La biblioteca, que además era sala de lectura, contaba con un televisor y un equipo de música, era territorio vedado cuando se producía algún disturbio o los internos “no guardábamos la debida compostura”, o sea, no teníamos buena conducta. Ponerla en funcionamiento fue un trabajo enorme, ingrato, cansador y sucio, pero al Profe y a mí no nos importó, pues la idea era salir del pabellón comunitario y de la locura de los otros presos.

Me sorprendió el adorno que el Profe puso en la biblioteca: un poster de la creación, de Miguel Ángel. De la reproducción del enorme fresco, pintado en la capilla Sixtina, Escalante había recortado las figuras de Dios y Adán tocándose los dedos.

-No va con su estilo antirreligioso, Profe.

-Es puro márquetin, muchacho, estamos buscando clientes entre los crédulos. Además, me agrada. Es simétrica y hasta nosotros, los aberrantes, necesitamos un poco de equilibrio de vez en cuando.

-Pero usted no cree en estas cosas.

-Fijate bien. Adán está un poquito por encima de la figura de Dios.

Retrocedí para mirar la imagen de nuevo, era algo sutil, pero la idea estaba ahí, en la manera que el Profe había seleccionado el fragmento.

-¡Es Adán, el hombre, quien da vida a Dios!

-Que ese sea nuestro secreto. No queremos ahuyentar a los lectores.

Pude presenciar, muchas veces, la loca y santa pasión del Profe por los libros. Se manifestaba cuando éste encontraba algún inesperado “tesoro”, en el montón de cajas apiladas durante años. Algunas mostraban signos de haber sido atacadas por la humedad y otras, por las ratas. Había mucha basura: libros de antigua jurisprudencia, novelitas del *far west*, Selecciones del Reader’s Digest, decenas de distintas versiones de biblias, novelones rosa, algunos libros de mormón. Pero cada vez que encontraba un libro valioso, el Profe pegaba un grito de alegría y comenzaba a explicarme de qué se trataba la obra o quién era el autor.

-A éste tenés que leerlo –me gritaba entusiasmado, mostrando “*El barón rampante*”, y me lo reservaba en el estante más alto, para que nadie más lo toque. A éste también -me recomendaba, levantando un ejemplar de “*El viejo y el mar*”, de Hemingway o una novela de Chandler. Y así, a cada rato, me

mostraba sus hallazgos, alegre como un niño. A la semana había tantos libros apilados en ese estante que me intimidé:

-Voy a necesitar dos vidas para leerlo todo.

-No te hagás drama, pibe, acá el tiempo no pasa nunca –sentenciaba el Profe, sonriendo-. Acá podés vivir varias vidas en una, eso te lo puedo garantizar.

Había dicho que armar la biblioteca fue una tarea ingrata. Ello se debía al desinterés de casi todos nuestros compañeros de encierro. No comprendían su valor y nos despreciaban. Para esos tipos duros, que apenas podían leer balbuceantes las noticias de un diario, lo que nosotros hacíamos eran puras mariconerías y no un refugio para el cuerpo ni una posibilidad de superación espiritual.

Antes de matar al pobre vasco, yo había terminado la secundaria sin llevarme ninguna materia en los cinco años del bachillerato. Mi promedio general era superior a ocho -8,33 si no recuerdo mal. ¡Vean qué hijo abandonó mi madre y qué nieto envenenó la Cacatúa! ¿Por qué no me quisieron, por qué no me protegieron?-. Pero, a pesar de las buenas notas, yo no era un buen lector. Leía porquerías: las novelas románticas que caían en manos de mi abuela; los “grandes novelistas”, de Emecé -el entrecomillado es porque suena a ironía, de grandes no tenían nada-; algunas novelas de ciencia ficción a las que les habían intercalado, sin ton ni son, varias páginas de pura pornografía; y varios best sellers. Eso, más los libros de texto que nos daban los profesores

en la escuela, era todo mi caudal de lectura en esa época. Hasta que conocí a Escalante.

Él me hizo conocer a Melville, Tolstoi, Poe, Capote, Hemingway, France, Stevenson, Calvino, Faulkner, Pavese y a tantísimos otros. Leía un promedio de diez libros al mes, más de ciento veinte al año, una vez llevé la cuenta, no por vanidad, ni para llevar un control de mis progresos intelectuales, sino para saber cuántas veces me había evadido de esa puta cárcel.

La lectura, en ese sentido, es un eficaz plan de evasión, y a eso muy pocos compañeros de prisión lo entendieron.

CAPÍTULO VI

LA CACATÚA SE BORRA

-¡Qué vergüenza! Yo no vengo más a esta porquería -me dijo mi abuela durante una de sus visitas al penal-, no es justo que a una mujer grande como yo la obliguen a pasar por estas cosas.

La Cacatúa siempre decía que era grande -no vieja-, por pura coquetería. Mi abuela estaba muy enojada por la requisa. En la última inspección a las celdas habían encontrado porros, puchos y pastillas de ansiolíticos. Algunos presos decían que los habían plantado los mismos guardias para hacer méritos, otros opinaban que los habían introducido los familiares durante sus visitas dominicales. Por las dudas, el subprefecto ordenó extremar la revisión de los que ingresaban a la unidad. La Cacatúa estaba furiosa porque justo fue obligada a bajarse los calzones y mostrarle el ano y la vagina a la gorda Heredia -la única agente penitenciaria que en ese entonces había en la unidad penal-. La gorda era hija de una de las tantas enemigas que mi abuela tenía en el pueblo.

-¡Qué vergüenza, qué horror –exclamaba la envenenadora de almas-, qué bajo hemos caído por tu culpa! ¡Justo a mí me tocó esa chusma, ahora se va a enterar todo el pueblo!

“Tú culpa”, pensaba yo, mientras el odio iba creciendo en mi interior. Yo no había matado al Vasco Iriarte por haber mal herido a mi padre en una pelea de borrachos, lo maté para complacer a la Cacatúa. Y ahora ella era incapaz de El cuello de mamá y la navaja

hacer un pequeño sacrificio por mí. Por mí, que había sacrificado la libertad para que ella no se topara por la calle con su odiado Vasco Iriarte. Y era verdad, yo lo había eliminado por ella, por la Cacatúa.

El pobre Vasco no había matado a mi padre. A Ismael lo terminó de rematar mi vieja, yo lo vi, yo estuve allí. El vasco fue condenado por homicidio en riña. En el momento del crimen estaba mamado y no tenía ningún antecedente policial. Su familia era pobre, pero numerosa, unida y solidaria, así es que entre los hermanos, primos y demás parientes reunieron fondos para pagarle un buen abogado, que al final le ahorró los disgustos de la cárcel. A los dos años, el vasco ya había vuelto al pueblo y a su vida normal.

-Y el muy hijo de puta pasa frente a mí y me mira para burlarse. ¿Dónde está la justicia divina -se preguntaba retóricamente la Cacatúa, y me repetía otra vez-, por qué los buenos están bajo tierra y los mal paridos asesinos caminan por la calle como si nada?

Mi abuela usaba el *hijo de puta* o el *mal parido*, como un epíteto inseparable del apellido Iriarte. Así como el viejo Homero decía Ulises, el fecundo en ardidés, el divino Aquiles, o Eos, la de rosados dedos; ella era incapaz de pronunciar el nombre del asesino de Ismael sin emplear esos (des) calificativos. Tampoco olvidaba llorar, cuando miraba la foto de Ismael, como una sufriente mater lacrimosa.

Por ella, por la Cacatúa, una tarde esperé al vasco Iriarte cuando él salía del trabajo. Él cruzó a mi lado y yo no me animé a hacer nada. Pero, para

desgracia de los dos, se detuvo, volvió sobre sus pasos. Me enfrentó con mansedumbre:

-Pibe -me dijo-, nunca les pude pedir perdón a vos, a tu madre y a tu abuela, yo lo lamento mucho,...

-Está bien -contesté. Y le hundí con fuerza, en el cuello, el puñal de mango repujado en plata y oro que había sido de mi abuelo.

La sangre brotó en un chorro expulsado con fuerte presión. Quedé fascinado por la escena que yo mismo, en mi imbecilidad, había armado. Nunca olvidaré su cara de estupor, los estertores de la muerte ni la indignación de los compañeros de trabajo que lo habían visto todo y luego atestiguaron en mi contra. Ellos y varios curiosos me quisieron linchar ahí mismo. Yo estaba paralizado, con los brazos caídos, no atiné a correr ni defenderme. Con la misma estúpida inconsciencia, con la que hacía segundos, había asesinado a un ser humano, enfrentaba ahora mi propio castigo, como si éste fuese un destino irrevocable, que me habían fijado los dioses como a un héroe trágico. Era mi fin y lo aceptaba mansamente, pero un alma caritativa se interpuso ante los furiosos y me introdujo en la casa abierta de un vecino hasta que llegó la policía.

Durante el juicio, yo no tuve la misma suerte que había tenido mi víctima cuando lo acusaron de matar a Ismael. En mi caso no hubo riña, yo no estaba borracho o drogado y, para colmo, estaba armado con el ostentoso puñal de mi abuelo. Por ese detalle, me cuadró sentenciaron por asesinato con premeditación y alevosía. Mi primer abogado defensor era muy joven e

inexperto, así fue que la Cacatúa prometió conseguirme uno más caro y con mayor experiencia, un tal Peralta. Pero lo más penoso de todo era que yo, al matar al Vasco, ya había cumplido los diecinueve y, si bien era menor de edad -tenía menos de veintiún años-, según la legislación vigente, me correspondía la prisión preventiva.

-Sos un gil –me reprochó una noche el Profe-, esperaste mucho tiempo, si lo hubieras matado a los diecisiete años, no te habrían hecho nada, porque eras menor de edad.

-Tampoco si me hubiese tomado antes unas cuantas birras o hubiese provocado una pelea.

-Todo se aprende en la vida -dijo el Profe-, hay atenuantes si el crimen se comete alcoholizado o durante una pelea. Es al pedo, la experiencia es un peine que te dan cuando ya te quedaste pelado.

-La próxima vez me saldrá mejor -sentenció.

-Ni se te ocurra, pendejo -se horrorizó el Profe, que había secuestrado, torturado y asesinado a dos tipos-. Basta ya, ¿te gusta estar en cana? ¿Acaso tu único objetivo en esta vida es jubilarte de preso? ¿No escarmentaste todavía? Dejate de embromar, no habrá próxima vez, ni para vos ni para mí. ¿Entendido?

Levanté el pulgar y sonreí, como diciendo: “Todo ok, era una broma”. Y seguimos conversando de otras cosas. Pero yo todavía odiaba mucho, odiaba a mi madre, a la vida, a la Cacatúa y a mis ineptos abogados defensores, también odiaba a los guardias y a casi todos los otros internos. Había

El cuello de mamá y la navaja

elaborado un mapa, yo le llamaba el mapa del odio y comprobaría que sus caminos eran cambiantes, imprevistos y muy caprichosos. Mi segundo abogado defensor, el doctor Peralta, por ejemplo, ya estaba en la lista, pero en ultimísimo lugar.

Y esto cambiaría drásticamente. Porque una cosa era lo que deseaba el Profe para mi futuro y otra, muy distinta, era la senda que el destino iba a poniendo bajo mis pies.

CAPÍTULO VII

NUEVO VIRAJE HACIA EL ODIO

Me había intrigado la excesiva sensibilidad de la Cacatúa. La requisa femenina era algo indigna, lo reconozco, sobre todo para una mujer de casi sesenta años, pero no lo suficiente para justificar el abandono de su único familiar. Después sospeché que había otras razones.

Llevaba más de tres años preso y no tenía noticia de las apelaciones, las recusaciones, el pedido de amparo y esas cuestiones legales. Tampoco tenía un mango y el profe me consiguió un puñado de monedas para el teléfono. Llamé al doctor Pedro Oscar Peralta, mi defensor. Atendió la secretaria y, cuando mencioné mi nombre, ella dijo:

-Señor, el doctor Peralta ha dejado de representarlo desde el diez abril.

Por consiguiente, estábamos en agosto, yo estaba metido hasta los cuernos en esa inmundicia porquería, ¡y no tenía abogado!

-¿Por qué? –grité sin darme cuenta, pues mi indignación y mi desconsuelo eran enormes.

-Por falta de pago, señor. Como usted sabrá, existen los honorarios del letrado, los trámites administrativos y de representación, el salario de los empleados, los sellados, el pago a los peritos de parte y muchos gastos más. Ningún estudio jurídico trabaja gratis, señor. También...

No la dejé terminar. Casi rompí el teléfono cuando colgué.

Imaginé a mi abuela dándole la plata de mi abogado a Mauricio, su chongo, o comprando vestidos y perfumes caros en el intento de verse joven y detener los estragos del tiempo. ¡Vieja Cacatúa, puta, ridícula y avara! Comencé insultándola a ella y continué con su madre, todos mis ancestros y también con mis eventuales y poco probables descendientes. Yo estaba tan loco que los guardias me llevaron a empujones, de regreso al pabellón. Si a mi abuela la hubiese tenido cerca, la habría estrangulado allí mismo.

Por derecho propio, mi abuela se había ganado el primer turno para tocarle las bolas a San Pedro, después muy cerca de ella seguía mi vieja. Las maté a las dos de mil maneras distintas: por sofocación, por empalamiento, por precipitación desde un acantilado, por envenenamiento con raticida, por electrocución, por desmembramiento al estilo Túpac Amaru, por... En la tumba hay mucho tiempo para pensar y juntar odio.

Hasta que un día, el Profe le escribió a la Cacatúa una larga y conmovedora carta donde le explicaba mi situación de abandono y de la imperiosa necesidad de contar con apoyo legal para salir de prisión. Le decía que la cárcel no era el sitio indicado para un joven con mi sensibilidad e inteligencia. Yo leí la carta algunos años más tarde, cuando el profe ya no estaba. Permaneció guardada en la mesita de luz donde la pobre vieja atesoraba varias fotos de Ismael y un pote de crema *anti age*. Por las múltiples consecuencias que más tarde provocaría, yo conocía la existencia de esa carta, pero nunca la había leído. Cuando la encontré y la leí, se me ablandaron hasta los huesos. Repito: yo ignoraba el contenido de esa carta, llamémosla "la

causa”, pero no su “efecto”, es decir, la contestación de la Cacatúa, la respuesta.

-Tomá, pendejo -susurró en mi oído el Profe, y me extendió un sobre-, parece que tu abuela se merece una pequeña disculpa.

El sobre estaba dirigido al señor Profesor Escalante y tenía la letra pareja y elegante de mi abuela. “Señor –había escrito, entre otras cuestiones, la Cacatúa-, *no comprendo por qué me habla usted de abandono y falta de interés sobre la suerte de mi nieto. A pesar de su horrible error, él es el único recuerdo vivo de mi querido hijo, Ismael... Los honorarios del doctor Pedro Oscar Peralta fueron pagados, según consta en el recibo que adjunto a la presente y, le ruego, haga llegar a mi queridísimo nieto...*” Dejé de leer la carta y miré el recibo. La pobre vieja había pagado una pequeña fortuna intentando salvarme.

Esa carta de mi abuela alteró mágicamente el mapa del odio: ahora, primero en la lista, estaba el abogado penalista y criminalista Pedro O. Peralta, matrícula U.B.A. N° 3.542 y luego figuraba mi madre. La Cacatúa estaba en otra lista, la de los seres queridos, muy cerca del Profe Escalante.

Faltaba muy poco tiempo para que la Cacatúa fuera la única persona que integraría esa, ya de por sí, exigua lista en todo este sufrido y loco mundo. El doctor Peralta tampoco se imaginaba que, en muy pocos meses y por propios méritos, se convertiría en mi segunda víctima.

CAPÍTULO VIII

MERCANTILISMO TUMBERO

Como lo supe después, cada lector debe tomar su propio camino y, aunque leía lo que el Profe me recomendaba, también leía los libros que a mí me parecían interesantes. Era un lector omnívoro, y un día cayó en mis manos un libro llamado *“La vida social de las cosas”*. Estaba en la última caja que abrimos, era uno de los pocos volúmenes al que habían perdonado las polillas, la humedad y las ratas. Allí varios autores explican cómo la humanidad, a lo largo de los siglos, ha convertido los objetos más inverosímiles en mercancía de intercambio. Me enteré, por ejemplo, que los antiguos navegantes pagaban fortunas en piedras mágicas que marcan siempre el norte; que los crédulos adquirirían astillas de la cruz donde fue ultimado el nazareno; que los aztecas pagaban sus cuentas con las semillas de cacao; que las drogas y talismanes eran mercancía de trueque entre las tribus africanas, al igual que el estimulante qat, entre los pueblos árabes. También el cuerpo humano ha sido usado como mercadería -y no se refería, el libro, a la prostitución o la esclavitud- sino al intercambio de los pedazos de cadáveres. Por ejemplo: los miembros y las cabezas de los enemigos muertos en las frecuentes guerras tribales, poseían entre los polinesios, poderes afrodisíacos y bélicos. También las reliquias de los santos o mártires católicos eran muy cotizadas y apreciadas durante el Medioevo, porque se las consideraba poseedoras de poderes curativos. Ya entrada la edad moderna, el cadáver de Santa Teresa de Ávila fue desmembrado y comercializado, a un alto costo, entre distintos pueblos

españoles que se disputaban el honor de poseer un trocito de la Santa y escritora -digamos un fémur, un metatarso-, en sus parroquias para atraer a los feligreses y también a las limosnas. Muchas rarezas más se han usado como elementos de trueque.

Gracias a mi proximidad con el Profe, yo podría escribir un capítulo para agregar a ese libro. Se podría titular: “Mercantilismo tumbero” y hablaría del intenso comercio dentro de las cárceles. Allí los objetos también cotizan a buen precio si se consigue alguien interesado en ceder y otro en adquirir. En la cárcel también rige la ley de la oferta y de la demanda. Son mercancías de intercambio: un paquete de fapos, un pedazo de caño o madera para emplear como garrote, una chuza, un permiso de salida para ir al cumpleaños del hijo, una manzana, un porro mata penas, una manta para el helado invierno, un pomito de *Poxi-ran* para aniquilar las últimas neuronas y no tener que pensar que se está preso, una birra, un tetra brick de vino tinto para acompañar el partido de fútbol que se verá en la tele. Todos los objetos tienen su vida social en un presidio. Todo es negociable, hasta los servicios, es decir, los más bajos favores sexuales se pueden conseguir allí adentro pagando, por supuesto, el precio adecuado.

Yo estaba interesado en dos cosas: información y unas horas en el lavadero de autos.

El Penal contaba, desde hacía años, con un lavadero que ya tenía sus clientes fijos, pues prestaba un buen servicio y, además estaba bien administrado por el subprefecto y algunos reclusos. Los clientes eran los vecinos del penal, los mismos agentes, los familiares de los presos y los

diversos empleados del municipio. Yo obtuve las dos “mercancías” y me reservo el derecho de callar lo que debí entregar a cambio.

Un sábado después del mediodía, llegó al lavadero el auto que yo había estado esperando, era un Mercedes Benz 170 d, 1954, color crema, una nave enorme y espectacular, una hermosa pieza de museo. Siempre venía limpio al lavadero, era una redundancia lavarlo, los muchachos le pasaban siliconas y perfumes hasta a las mangueras del motor. Me intimidaba manejar ese yate de lujo, pero el Profe me había enseñado los cambios y algunos secretos.

-Pibe -me dijo el Chueco Vargas, que era el preso encargado-, ¿sabés manejar?

-Sí, por supuesto.

-Acá dice que hay que dejarlo en esta dirección, ¿te animás?

-Sí, jefe, lo que usted diga.

-No te vas a mandar ninguna cagada, ¿no? Vas y volvés, si te llegás a escapar y te traen de vuelta, sos hombre muerto. Esto -el Chueco me señaló el lavadero- es muy importante para nosotros.

Y vaya si lo era. A través del lavadero de autos, no solo se obtenía dinero, también se establecían relaciones públicas y algunos presos podían realizar actividades físicas al aire libre y mantenerse trabajando -terapia ocupacional, que le dicen-. También era el puerto de entrada y salida de la mercadería circulante en el mercado negro que ya les mencioné, pues cuando algunos familiares de los internos llevaban su vehículo a lavar, solían dejar “por olvido”

en algún lugar ya predeterminado, objetos tan diversos como: cartones de cigarrillos, botellas de licor, revistas pornográficas, varillas de metal, dinero, herramientas, pastillas que no eran de mentol, un mazo de naipes, documentos falsos para uno que se quería borrar, o lo a que ustedes se les ocurra, porque la imaginación era el límite.

-Quédese tranquilo, jefe -intenté calmarlo-. Voy y vuelvo, al toque.

Cuando le di arranque, el auto corcoveó un poco, pero enseguida le agarré la mano a los cambios. El encargado se dio cuenta de que yo era medio chambón manejando, pero me dejó ir porque estaba recomendado por el Profe y nadie, en ese momento, quería llevarse mal con él, pues estaba en la cumbre del negocio carcelario.

-Un solo rayoncito a ese auto -advirtió el Chueco Vargas- y lo vas a tener que aguantar al Perro Márquez y sus amigos.

Era una amenaza fea. Intimidaba un poco. Otro, en mi lugar, hubiese dejado el volante a alguien más experimentado. Otro, pero no yo. Levanté mi pulgar en señal de asentimiento y salí hacia el centro. Todo el viaje lo hice en segunda velocidad, era una máquina dócil y hermosa.

Llegué a la dirección indicada, era la mansión del ingeniero González, secretario municipal de cultura. Me atendió su mujer, una señora madura, elegante y triste. Le vi los ojos llorosos y pregunté si se sentía bien. Me contó que había muerto su viejo perro, que ya se le iba a pasar.

Conversamos un poco más, luego me dio una generosa propina, agradecí y me fui caminando despacio. El secretario vivía a dos cuadras del estudio

El cuello de mamá y la navaja

jurídico de mi recordado amigo, el abogado penalista y criminalista, doctor Pedro Oscar Peralta, matrícula U.B.A. N° 3.542.

-Dónde te demoraste tanto, pendejo de mierda -me reprochó el encargado del lavadero cuando volví a las dos horas y algo-. Era ir y volver, nada más. ¿Qué te pasó?

-Es que la mujer del secretario se puso a conversar. Justo se le había muerto el perro y estaba triste, me pidió que la ayude a enterrarlo y quedaba muy mal dejarla hablando sola, en esa situación tan delicada, sobre todo después de la propina.

-¿Cuánto te dio?

-Cincuenta pesos -el secretario y su mujer eran generosos, siempre daban lo mismo y yo lo sabía. También sabía que el encargado era un tipo codicioso.

-Largando -dijo extendiendo la mano-, ¿y por enterrarle el perro no te dieron nada más?

-No quise aceptarlo, la pobre señora me dio lástima -contesté entregándole el flamante billete que el Chueco se metió al bolsillo con avidez-. Eh, jefe, ¿No hay nada para mí?

-La próxima es para vos, si no demorás un año en volver y si dejás de sentir lástima por la gente rica que quiere regalarte un poco más de su plata, pedazo de gil.

-De acuerdo, jefe. Lo que usted diga.

Por un largo tiempo no me dejaron volver al lavadero de autos, ni me permitieron arrimarme a la calle, como sí lo hacían los demás presos con buen comportamiento, que se sentaban en la vereda del penal para charlar, tomar mate o mirar minas. Eso a mí no me importó en lo más mínimo: ya había hecho lo que debía hacerse.

CAPÍTULO IX

DE AMIGOS Y TRAIADORES

A los tres días de haber estado en el lavadero, el subprefecto ordenó una meticulosa requisa del pabellón. Parecía una inspección como cualquier otra, pero el Profe había notado algunos detalles que yo no advertí: demoraron más tiempo en nuestras cuchetas y gabinetes que en las de los otros internos. Estábamos limpios, pero a otros les encontraron mercancías de trueque y esta vez no les hicieron escándalo. El Profe notaba, a la legua, que estaban buscando algo bien específico.

Sus sospechas se acrecentaron cuando por dos días no nos permitieron ingresar en la biblioteca y, cuando volvimos, la encontramos en completo desorden. Ni se habían cuidado de disimularlo.

-En serio -me dijo el Profe-, mírame bien, vos no te habrás olvidado de contarme algo, ¿no?

-Para nada, Profe.

-¿Querés que te diga un secreto? -se quedó mirándome, yo asentí con la cabeza-. El artículo ocho del decálogo...

-No existe la amistad dentro de la prisión. Ese es un concepto que solamente rige afuera del penal, en la vida civil, y en muy contadas ocasiones.

-¡Si serás pelotudo, otra vez me estás corrigiendo la redacción!

-Déle, que pasa con el ocho.

-Muchas veces lo quise anular pero, cada vez que lo quería hacer, era testigo de alguna traición y tuve que dar marcha atrás. Repito la pregunta, muchacho, ¿hay algo que yo deba saber y vos te olvidaste contarme?

-Nada, Profe –aseguré, pero yo estaba absolutamente seguro de que él no me creía.

El asunto quedó ahí...por el momento. A la tarde se me acercó, furioso.

-Pendejo boludo -me dijo, arrastrándome hacia los baños-, ¡qué cagadón te mandaste!

Y ante mi cara de perplejidad, sacó de su campera una hoja de diario, algo ajada, de dos días atrás.

-¿Qué es esto? ¿Me vas a decir que vos no tuviste nada que ver? ¿No habíamos quedado que irías a reclamar tu plata o, de lo contrario, que Peralta retomara tu caso y acelerara los trámites? No se había hablado nada de un asesinato, nada de un robo y mucho menos del incendio de medio Gualeguaychú. ¿Para eso te ayudé, para que te complicaras la vida tan miserablemente? ¡Qué forro fui, por Dios, cómo me dejé convencer! -estaba furioso con él y conmigo-. Prometiste no pasarte de la raya. ¿Para eso querías mi ayuda, para joderte la vida? Mirá esto y convencéme de que vos no estás involucrado es todo este bolonqui.

Leí el artículo: *“Brutal asesinato de conocido abogado. Las sospechas se orientarían hacia un ajuste de cuentas. Incendiaron el estudio jurídico del*

doctor Pedro Oscar Peralta. Autoridades policiales no descartan la hipótesis del robo ya que faltaría una importante suma de dinero.” Y se daban detalles acerca de lo ocurrido ese sábado once de abril, entre la una y las cuatro de la tarde, del cuerpo parcialmente carbonizado y su posición boca abajo sobre el escritorio, con el cráneo roto y *“una barra de metal inserta en el ano”*, por lo que los investigadores del caso tampoco descartaban la teoría de una venganza, por las connotaciones mafiosas. También se mencionaba el tema del lavado de dinero y operaciones inmobiliarias fraudulentas. La policía hablaba de un firme sospechoso, que tenía concertada una cita con el Dr. Peralta dentro de ese horario, pero que, por el secreto de sumario, no se podía suministrar su nombre. En un apartado, se alababa la excelente actuación del abnegado cuerpo de bomberos voluntarios que logro *“contener el voraz incendio y así evitar su propagación a las viviendas vecinas, lo cual hubiese ocasionado cuantiosas pérdidas materiales”*.

-¿Y...?

-Estos periodistas -contesté-, siempre abusando del condicional y de los lugares comunes: todos los incendios son *“voraces”*, las pérdidas materiales son *“cuantiosas”*, las hipótesis policiales jamás se *“descartan”*...

-Estoy hablando en serio, infeliz.

-Ya le dije mil veces, Profe, que no pude hacer nada. Cuando llegué a lo del benemérito doctor Peralta, la zona estaba llena de uniformados, que habían cortado el tránsito en toda la cuadra, para que los bomberos pudieran apagar el incendio. Además estaban los periodistas sacando fotos y las decenas de

curiosos que nunca faltan. Todo el gasto de planificación: mi trabajo en el lavadero, la inteligencia previa para conseguir el auto del secretario de cultura, el tráfico interno de favores, todo eso había sido en vano. Me fui con todas las ganas ver a mi abogado, agarrarlo del cogote y darle un buen escarmiento, por hijo de puta.

-Vos te creés muy vivo, ¿no es así, pendejo?, pero con tus boludeces jodés a medio mundo.

-¿Por qué lo dice?

-Esta noche salen los muchachos y eso no es nada bueno. Escuchame bien, pendejo -el Profe estaba realmente preocupado, eso no era normal en él, pues siempre conservaba la calma hasta en los momentos de mayor peligro. Pasaba por delante de los guardias, por ejemplo, cargado de merca y no se le movía un pelo-. Ellos creen que vos te quedaste con la guita de Peralta, primero la buscaron acá adentro, pensaron que vos la habías encanutado en la cárcel. Como no encontraron nada, esta noche, los muchachos la van a visitar a tu abuela. Creen que ella tiene la plata guardada o que vos la escondiste ahí. Van a revisar todo y si pierden la paciencia, ni quiero pensar en lo que le harán a la pobre vieja. ¿Entendés, mierdita, por qué digo que tus asuntos comprometen a todo el mundo? ¿Todavía no te enseñé a pensar?

Y ese era el mayor drama del Profe, pensaba que él me había fallado como maestro. Su alumno, o sea yo, le había salido con un aplazo en marzo y había repetido el año. Estaba tan bajoneado, pobre Escalante, que me transmitió su preocupación por la Cacatúa.

-¡Pobre vieja! Hay que avisarle, si la aprietan la van a matar de un paro cardíaco.

-Ni se te ocurra. El subprefecto y el Chueco sospechan que yo soy el ideólogo del robo y la muerte de Peralta y si llegaran a enterarse que, encima, te pasé el dato de que van a la casa de tu abuela, soy hombre muerto por buchonear. Esos dos no se andan con vueltas, ya los he visto en acción. No los quiero tener de enemigos.

-Novena regla.

-No hay peor preso que el preso buchón.

-¡Pobre Cacatúa! -murmuré.

-¡Pobre vieja! -repitió el Profe.

CAPÍTULO X

SOMOS LO QUE RECORDAMOS

Lo de “pobre vieja” venía porque la relación con mi abuela había mejorado notablemente en los últimos meses. La respuesta a la carta del Profe fue un motivo, el otro fue que las requisas ya no eran tan estrictas y el tercer motivo fue la incorporación de una nueva agente penitenciaria. La Cacatúa había averiguado los días en que la nueva estaba de guardia, y entonces me visitaba. Evitaba a la gorda Heredia como a la peste. “Hoy no está esa chusma de porquería”, decía con rencor, evocando alguna antigua ofensa, que nunca supe cuál fue. Cuando mi abuela recordaba a la Heredia, desnudaba su alma y se le notaba el odio. Mi abuela no reconocería jamás ese odio pero, cuando acudía a su memoria, lo experimentaba y era real. Nuestra relación con las personas se basa, en su mayor medida, por lo que de ellas guardamos en los enlaces sinápticos de nuestros cerebros. Somos, en esencia, las cosas que recordamos.

La idea no es mía, ni del Profe, sino de Victoria Ocampo. Ya les dije que yo era un lector omnívoro y un día cayó en mis manos una nota sobre la creadora de “*Sur*”. En la nota se contaba que, mientras escribía los apuntes de sus recuerdos infantiles para lo que luego sería su “*Autobiografía*”, Victoria mostró los borradores a su hermana, Silvina Ocampo, otra intelectual de fuste. Silvina confesó que ella no recordaba nada de lo que Victoria había escrito. Ambas consultaron a las otras tres hermanas, que aún estaban con vida -habían sido

seis, una murió en la niñez-, cotejaron sus recuerdos y todas evocaron cosas distintas, que no coincidían ni se correspondían con lo que cada una llamaba “su realidad”. Se habían criado juntas en la enorme casa paterna de los Ocampo, pero eran distintas no solo porque habían vivido cosas distintas, sino también porque recordaban cosas distintas. *“Caí en la cuenta -concluyó Victoria-, que somos todo aquello que recordamos.”*

-No sabés cómo te extrañaba -me dijo la Cacatúa en una de sus esporádicas visitas. Luego agregó, como en un reproche-. ¿Por qué te hiciste meter preso?

-Porque vos me envenenaste el alma.

-¿Que yo qué? -preguntó con una expresión tan angelical que si en ese momento me hubiera pedido limosnas, le habría dado algunas monedas. Le refresqué la memoria con aquello de sus quejas y lloriqueos abrazada al retrato de Ismael, su odio hacia el Vasco Iriarte...

-¡Iriarte, pobre muchacho! -interrumpió la Yiya Murano del alma mía-. Cada vez que me encuentro con alguno de sus familiares me da una vergüenza terrible, me dan ganas de cavar un pozo en el asfalto y meterme allí de cabeza. Y pensar que vos...

Las cosas habían cambiado en la mente de mi abuela, ahora yo era el villano y el Vasco, el héroe. Esa mujer era capaz de enloquecer a cualquiera que intentase analizarla y yo no tenía ganas. El Profe me había dicho que a las mujeres no hay que entenderlas, hay que quererlas. Con la Cacatúa yo no podía ni con una ni con la otra opción. Volví al tema:

-¿Tampoco te acordás de los discursos que me hacías sobre el honor, la pobreza, la justicia por mano propia?

-Lo hacía para desahogarme de tanta angustia. ¿Con quién pretendías que hable si vos era la única persona que tenía cerca para charlar? Me sentía tan desdichada, me habían matado un hijo, y vos me escuchabas, me hacías tanto bien. Eras una bendición, para mí.

-Pero yo era un niño, abuela. ¿Nunca pensaste cómo asimilaría toda esa porquería que me tirabas encima? Vos te desahogabas, pero yo me cargaba de bronca y violencia.

-Y vos, ¿no recordás acaso todas las comidas ricas que te preparé, las veces que te acompañé a los actos del colegio o cuando te ayudaba a estudiar. Olvidaste cuando te enfermabas y yo permanecía a tu lado para cuidarte o cuando te festejaba los cumpleaños y venían tus amigos? -Estaba indignada y gritaba, los demás presos y familiares se dieron vuelta para mirarnos-. ¿Y las veces que jugábamos juntos y nos reíamos? ¿Nunca nos reímos, nunca te hice feliz? Te acordás de todo lo malo pero, ¿qué ocurre con las cosas buenas? ¿Qué pasó con todas las cosas agradables? ¡Qué ingrata y flaca memoria tenés, m' hijito! ¿Eh, qué pasó con todas las cosas buenas que vivimos juntos en esos años? ¿Para eso tanto trabajo y sacrificio?

Se puso a llorar desconsoladamente. La abracé. Quedaba muy chiquita a mi lado, por primera vez la noté frágil, tonta, vieja y vulnerable. La besé y le pedí disculpas:

-Ocurre, abuela, que yo veo las cosas desde otra perspectiva -yo quería explicarle lo del odio, la oscuridad. Deseaba contarle de Victoria Ocampo y sus hermanas, de cómo se veían las cosas desde este punto de vista, desde mi punto de vista, pero ella no me permitió hablar, me abrazó con dulzura, mientras murmuraba:

-Me asustás, hijito mío, me asustás. ¿Dónde escondiste todo el amor que te di? ¿De dónde sacaste tanto odio, de dónde?

A esa vieja frágil, tonta y vulnerable visitarían esa misma noche los presos más peligrosos del penal. El Profe y yo estábamos preocupados por eso.

CAPÍTULO XI

ORGANIGRAMA CARCELARIO

Cuando el Profe dijo que esa noche saldrían los muchachos para visitar a la Cacatúa, se refería al Chueco, al Perro y a dos o tres secuaces que yo conocía bien, porque integraban el comité de bienvenida que me recibió el primer día en la cárcel. Ellos hacían ciertos trabajos sucios en el exterior, bajo el amparo de la coartada perfecta: ya estaban en cana. Obedecían al subprefecto, éste al alcaide mayor y el alcaide, a su vez, al poder político de turno. En la estructura interna, los reclusos eran el brazo armado, los soldados, la parte operativa.

El Profe era importante, pero era un simple mercader y facilitador, representaba a la logística. Sin peso ni poder en las cuestiones que requerían de soldados. Él era un intelectual que, si bien ya había asesinado a dos hombres -me lo confesó una noche-, se había jurado no volver a matar, nunca jamás. Su carácter retraído y su tendencia al aislamiento no lo ayudaban. Entre los reclusos era respetado, casi amado, pero no temido y -ya lo había dicho Maquiavelo-, en momentos de crisis, cuando los hombres deber ir a la batalla, tributan más obediencia al príncipe que temen y no al que quieren.

Esa fue una noche muy larga. Mi lealtad oscilaba entre la Cacatúa y Escalante. La duda era llamar o no llamar, miraba el teléfono mientras hacía bailar las monedas entre mis dedos. Si llamaba, salvaba a mi abuela, pero también ponía en riesgo al Profe. Al final no hice nada.

Y actué bien, porque a la Cacatúa la venían vigilando desde el principio, ya conocían sus movimientos y hasta le habían pinchado el teléfono. Precisamente habían escogido esa noche en particular, porque sabían que ella estaría timbeando en el bingo del club y, según su costumbre, recién volvería con alguna de sus viejas amigas a la madrugada.

Y así ocurrió: regresó a las cinco, con dos viejas amigas suyas que tenían la maldita costumbre de cargosearme con caricias, besuqueos y palabras melosas cada vez que nos visitaban. Yo les esquivaba el cuerpo no porque fuera un adolescente díscolo, sino porque consideraba exageradas esas manifestaciones de cariño. Con ironía algo insolente yo las llamaba “las chicas”.

-Abuela -le avisaba, por ejemplo, cada vez que se reunían a chismorrear sobre la gorda Heredia o para jugarse unas monedas en el bingo-, ya llegaron las chicas.

Pero la Cacatúa no percibía el tono burlón, sino que le encantaba ese trato. Seguramente lo tomaba como una amabilidad de mi parte, como una especie de ungüento anti age.

Yo creo que mi abuela tenía un ángel tutelar muy eficiente porque, cuando abrió la puerta de calle y se encontró con el estropicio dejado por el Chueco y los muchachos, ella y sus amigas estaban algo anestesiadas y de muy buen humor. Como nunca, esa noche la Cacatúa había ganado una enorme cantidad de plata en el bingo y, después de recibir el premio gordo, habían

festejado en el bar del club social. Así que el impacto por tan fea sorpresa, fue morigerado por el alcohol y la buena fortuna.

-Nos chupamos hasta el agua de los floreros -me confesó esa mañana, cuando yo le llamé, preocupado por saber cómo se encontraba-, todavía me dura la resaca. Las chicas se quedaron conmigo hasta que terminamos de acomodar un poco las cosas. ¡Qué desorden me dejaron esos hijos de puta! ¿Qué habrán andado buscando en la casa de una jubilada?

-Algo para vender. Son drogadictos, desesperados, abuela -le mentí-, cualquier cosa les sirve para hacer unos mangos y falopearse. ¿Qué te robaron?

-Casi nada. Lo poco que se llevaron ya estaba viejo y era tiempo de renovarlo. Esta misma tarde salgo con las chicas para comprarme un televisor nuevo, una D.V.D., y un buen equipo de música.

-¿Tan bien te fue en la timba, abuela?

-Muy bien. No te aflijas, me quedará algo para ahorrar y también me quedarán unos pesos para vos.

-No necesito nada, abuela. Aprovechá la plata y disfrutala -deseaba recomendarle que no la malgastara en Mauricio, su novio, pero callé. ¿Quién era yo para opinar al respecto?

-Ah, me olvidaba decirte que mañana viene el herrero que pondrá las rejas y la gente de la alarma. Ni loca me dejo robar otra vez.

-Muy bien, abuela. Ahora me quedo más tranquilo.

-Chau, mi cielo -se despidió-. ¡Cuidate y quedate tranquilo nomás!

¡Y vaya si nos tuvimos que cuidar el Profe y yo en los días que estaban por venir! En cuanto a eso de quedarme tranquilo...

CAPÍTULO XII

REUNIÓN CUMBRE

Tampoco estaban calmados los muchachos y quienes los habían mandado. Según lo averiguado por el Profe, buscaban trescientos mil dólares que se habían esfumado de la oficina del difunto doctor Peralta y todavía no habían encontrado nada. El crimen del abogado, la desaparición del dinero y el incendio, concordaban con el horario de mi salida desde el lavadero para llevar el auto del secretario municipal de cultura. Eran muchas coincidencias. Hasta una bestia tarada, como lo era el Chueco Vargas, podía unir esa cadena de eventos y sospechar que si allí no había un zorrino encerrado, por lo menos, era evidente su olor.

Según me lo contó más tarde el mismo Perro Márquez, el alcaide mayor, el subprefecto, el Chueco, un oficial de baja jerarquía y él se habían reunido en la alcaldía para hablar del asunto.

-¿Usted todavía sospecha del pibe -le había preguntado el alcaide al Chueco Vargas-, a pesar de que no se ha encontrado nada ni en la biblioteca ni en el pabellón ni en la casa de su único familiar conocido? ¿Dónde propone que sigamos buscando?

-No sé, pero acá hay algo raro, señor -contestó el Chueco-. Recuerde que Peralta era el defensor del pibe y después lo abandonó. Todos los internos vieron y escucharon lo enojado que estaba el muchacho. No descartemos la posibilidad de que haya salido para encontrarse con él.

-¿Sin una cita previa? –refutó el subprefecto.

-El pibe dijo que lo iba a matar, todos lo escucharon -porfió el Chueco, obstinado en defender su teoría.

-Todos los internos acogerían a su abogado defensor si lo tuvieran a mano -aventuró el oficial joven. El Perro sonrió ante la humorada. Fue el único.

-También dijo que asesinaría a su abuela y ahí están los dos, como en una luna de miel -agregó el subprefecto-. Así que no nos confiemos demasiado en las amenazas del muchacho.

-El Profe y su protegido lo planificaron todo -explicó el Chueco-. Eligieron ir al lavadero justo un sábado, el día que el ingeniero González trae el auto y siempre pide que se lo lleven al domicilio que justo, por gran casualidad, vive cerca del estudio jurídico de Peralta. Además el pendejo tardó más de lo previsto en volver... ¿Qué hizo en ese tiempo?

-Caminar de regreso, lo más lentamente posible, mirar mujeres... u hombres, silbar bajito y disfrutar al máximo las dos horas de libertad antes de regresar con sus amables compañeros -intervino otra vez el oficial joven. Esta vez en Perro no se animó a sonreír, pero el subprefecto miró a su subalterno con un gesto de reproche.

-Déjelo -intervino el alcaide-, el oficial García dice todas las estupideces que mi posición jerárquica no me permite decir.

Todos rieron, menos el Chueco que no había entendido nada. No porque fuera tan imbécil, sino porque las pocas neuronas viables de su cerebro estaban por plantear el siguiente paso:

-Hay que apretar a la vieja. Ella debe saber algo.

-Negativo -fue la tajante respuesta del alcaide mayor y, mientras el Perro Márquez narraba la escena, yo imaginé, sobre la cabeza del alcaide, el protector aleteo del ángel guardián de la Cacatúa-, dejen a esa pobre vieja en paz. ¿Quieren, matarla? Ya tuvo suficiente con la visita de ustedes. Sólo había que revisar si estaban los dólares, no tenían ningún motivo para que dejarla sin equipo de música ni televisor.

-Había que simular un robo -justificó el subprefecto.

-Y cubrir los gastos operativos -dijo el Perro. Y esto hizo reír a todos, menos al alcaide.

-La guita es de gente poderosa, no de Peralta. Esa gente ofrece una compensación muy generosa al que consiga una pista. Quiero propuestas, no chistes malos.

-Podemos apretar al muchacho y al Profe -dijo el subprefecto.

-Primero a Escalante -opinó el Chueco, confirmando aquello de que la amistad carcelaria es una mierda, sobre todo cuando hay intereses de por medio. El Chueco estaba enojado porque, si su hipótesis era correcta y el Profe había planificado el asalto al estudio jurídico de Peralta, sin tenerlo en cuenta a

él, al Chueco, entonces el Profe le había sido desleal. Y de allí su gran deseo de darle un buen escarmiento-. Escalante está detrás de todo, eso es seguro.

-Escalante es un tipo duro, les costará más trabajo sacarle algo -objetó el subprefecto para mi mal-. Probemos primero con el pibe. Recuerden que el hilo se corta por lo más delgado.

-Que no se les vaya la mano -intervino el alcaide-, no quiero tener que darle explicaciones al delegado del juez de ejecución. Desde la última inspección está muy cargoso, vio demasiados presos con heridas y moretones, imagínense si aparece otro interno lastimado. Ustedes se mandan las cagadas, pero quien debe dar las explicaciones al delegado y las O.N.G. de derechos humanos, soy yo. ¿Estamos de acuerdo?

El Chueco quiso protestar, se le estaba ordenando hacer una tortilla sin romper los huevos. ¿Cómo mierda quería ese tipo obtener información sin violentar, sin quebrantar la voluntad del que la posee y no la quiere brindar libremente?

-Comprendido, señor -dijo el Chueco confirmando, sin saberlo, la quinta regla del decálogo creado por su futura víctima: los carceleros siempre tienen la razón, aunque no la tengan.

-Oficial García, ya mismo se me va en el móvil a la casa del ingeniero González, si es posible hable con su esposa. Confirme ese asunto de la muerte del perro -ordenó el subprefecto. García asintió con la cabeza y salió de la alcaidía.

El subprefecto se dirigió al Chueco y su lugarteniente:

El cuello de mamá y la navaja

-Y ustedes dos -continuó-, averigüen quién carajo es Mario Ferreyra y cuál es su relación con esos dos tortolitos.

-Mario Ferreyra -memorizó Vargas. Hizo un gesto al Perro y ambos abandonaron el despacho del alcaide mayor.

CAPÍTULO XIII

¿QUIÉN ES MARIO FERREYRA?

Si mi primera noche fue brutal, imaginen ustedes como fueron las que siguieron a esa reunión cumbre. Las palizas eran una tremenda amansadora, me pegaron hasta que perdí el conocimiento. Entre los muchachos del penal, había expertos en provocar dolor sin causar desmayos, porque el desmayo es un refugio para quien es torturado, es entrar en un limbo donde la pena no existe y el eterno castigo, tampoco. Me recobré cuando me echaron el enésimo balde de agua helada.

-No seas flojo, maricón -dijo uno de mis verdugos, furioso de verse vencido por un simple desvanecimiento de la víctima.

Poco a poco fui recordando, organizando en mi mente las coordenadas de lugar y de tiempo. También fui reconociendo otras voces. Eran las del Profe y del Perro. Como no pudieron obtener nada de mí, ahora intentaban sacarle información a Escalante. Lo estaban fajando en el mismo lugar donde estaba yo, a pocos metros. Entendí la idea de los muchachos, ellos pensaban que viendo castigar a mi amigo, yo aflojaría un poco. Le hacían la misma pregunta que me hicieran a mí, una y otra vez, hasta el hartazgo:

-¿Quién es Mario Ferreyra?

-El que se cogió a tu hermana, hijo de puta -respondió mi amigo. Y recibió un soberbio sopapo que me hubiese dolido a mí, por solidaridad, si en esa

circunstancia no hubiera tenido el cuerpo anestesiado por el castigo que ya había recibido.

-Dáale -repetía el Perro-, no seas gil y no te hagás pegar al pedo, decime, ¿quién es Mario Ferreyra?

-¡Ah, ese tipo! Ya me acuerdo, Mario Ferreyra es el que le hizo el orto a tu madre... -una trompada en la boca del estómago le hizo perder el aliento. Cuando lo recobró, el Profe termino la frase-, y dicen que le encantó, porque tu vieja es una trola reventada.

Le siguieron pegando. Unos pocos presos de confianza observaban el castigo, pero no podían intervenir ni protestar. El Chueco, callado y serio, supervisaba la tarea del Perro. Por un gesto que hizo, entendí que no le gustaba nada ese asunto de golpear a dos tipos como nosotros, pero era un soldado y cumplía órdenes. Yo quise volver a la zona de inconsciencia donde había estado un rato antes. Pero la sola fuerza de voluntad no me alcanzaba para regresar a ese Paraíso donde no me dolía el cuerpo ni le pegaban a Escalante. Me sentía miserable, desprotegido, pero en un momento de extrema desesperación e impotencia, invoqué la ayuda del ángel guardián de mi abuela. Era una reverenda estupidez, ya dije que la religión no es lo mío, lo hice mentalmente, sin articular palabras, como en un rezo. Y, ¡bendita Cacatúa!, el milagro se produjo.

-Paren la mano, carajo. Los van a matar -era la voz del subprefecto-. Y, aunque esos dos sean una reverenda porquería, después los vamos a tener que pagar como buenos.

Pensé que alucinaba, que mis sentidos alucinaban, pero no, en realidad era el subprefecto quien había entrado al pabellón junto al oficial García. Imaginen cómo habremos quedado por la tortura que el subprefecto se asustó y le ordenó al oficial:

-Vaya y búsqume al enfermero -sacó unas llaves del bolsillo del uniforme y se las extendió al otro-. Use mi auto y tráigalo, aunque el tipo esté encamado con su mujer. Vaya, hombre.

-Desátenlos -dijo el subprefecto mientras García se alejaba-, ellos no tienen nada que ver. Vení, Vargas, tenemos que hablar.

Cuando los dos se alejaron para ponerse a dialogar, uno de los presos me desató y otro hizo lo mismo con el Profe. Éste cayó al suelo, de costado, desvanecido, indefenso.

Entonces el Perro hizo algo indebido, que modificó otra vez mi mapa del odio: le pegó una bestial y cobarde patada en el estómago al Profe Escalante. Un grito agónico salió de su garganta junto con una bocanada de sangre negra.

-Eso fue por lo que dijiste de mi hermana y de mi vieja, boludo –sentenció el Perro.

-Les ordené que paren -gritó el subprefecto, dándose vuelta. Luego se volvió a su interlocutor-. Chueco, controlá a tu gente o acá se pudre todo y se terminan los privilegios. ¿Estamos?

-O.K., jefe -contestó Vargas y, dirigiéndose a los otros presos, mandó-, ayuden al profe y al pendejo.

Mientras nuestros compañeros nos atendían, oímos que el Chueco le informaba al Perro las últimas novedades:

-Recién hoy a la tarde el oficial García pudo hablar con la mujer del ingeniero González. Le confirmó lo de la mascota muerta. El pibe les hizo la gauchada de enterrarles el perro. Por eso se demoró en volver al penal. Los horarios coinciden. El pibe está limpio.

Llegó el enfermero. Me revisó primero a mí y luego al Profe. Se demoró una eternidad en comunicarle la novedad al subprefecto -y a mí, que estaba esperando el diagnóstico del Profe.

-Aquel está bastante bien, pero a éste -señaló al Profe-, me lo llevo al hospital ya mismo, por las dudas.

-Hágalo, nomás.

-¿Causas? -el enfermero debía saber qué asentar en el libro de guardia hospitalaria.

-Lo de siempre: riña entre internos.

Y se llevaron al Profe en una camilla. Lo acompañaba una reglamentaria escolta de agentes penitenciarios, era una redundancia, pues el Profe no estaba en condiciones de caminar ni, mucho menos, de fugarse. Me hubiese gustado acompañarlo, pero me sentía mareado y todo giraba locamente a mí alrededor. Cuando quedamos solos el Chueco, me dijo:

-¿Te creés muy vivo vos?

-Siempre dije la verdad.

-No toda -me miró fijo, como sondeándome-. No toda.

-No sé a qué se refiere, jefe.

-A la propina, gil de mierda. La mujer del secretario le dijo al oficial García que te había dado doscientos pesos y no los cincuenta que vos me diste. ¿Dónde está el resto?

-Muy bien guardado. Y no se lo voy a entregar.

-¿Estás en rebelde, vos?

-No, eso nunca, jefe. Pero los voy a necesitar para conseguirle remedios a Escalante. El Perro y sus amigos se re zarparon, se les fue bastante la mano con el castigo.

Me observó de arriba abajo, parecía que era la primera vez que me miraba, pues no estaba acostumbrado a que los otros presos le hicieran frente. Sonrió. Estaba distendido, no había otros testigos de su pequeña claudicación, su autoridad entre los presos no corría peligro.

-Hecho -dijo-, por esta vez, sólo por esta vez, quedate con la plata para tu amigo.

-Gracias, jefe. Pero ahora hay otra cuestión -Vargas se quedó esperando en silencio-, el Perro Márquez.

-¿Qué pasa con el Perro?

-Si le llegara a pasar algo al Profe, yo al Perro se lo mato.

-El Perro no es "mío". Además ese boludo se está poniendo algo ingobernable, se me está yendo de las manos. Primero se puso un quiosquito por su cuenta, sin avisarme -se refería a la mercancía que habían encontrado los guardias durante la última requisa-. Y fue él quien se afanó las cosas de tu abuela y por eso, me bardeó el alcaide mayor.

El Chueco hizo una pausa y me miró con gravedad:

-¿Estás seguro de lo que decís? No te falta mucho para salir. Si te mandás una macana, vas a ganar unos años más de cana. En fin, es asunto tuyo. Hacé lo que te dé la gana, pibe. Tratándose de una cuestión de honor, yo no me voy a meter.

Y de esa manera obtuve el respeto del Chueco Vargas y su permiso para liquidar al Perro, si algo malo le llegara a ocurrir al Profe Escalante.

Pero yo aún conservaba esperanzas en la pronta recuperación de mi amigo y maestro.

CAPÍTULO XIV

ESPECTROS, MUJERES Y... PROMETEO

El que volvió del hospital dos semanas después no era el Profe, sino su fantasma. Me impresionó verlo, estaba pálido, demacrado, tenía un andar lento y sin vitalidad. Cuando lo abracé, lo noté frágil y liviano, como un viejo. Le habían detectado lesiones en el hígado, el bazo y el páncreas. Eran el resultado de aquella devastadora patada del Perro.

Intentó ser el mismo de antes, con sus bromas. Ocupándose de cumplir los deseos de los internos, como una especie de hada madrina encanutada, pero nunca lo logró del todo.

-Ya estaba extrañando ver tantos trolos juntos -dijo no bien entró al pabellón, los presos lo saludaron con afecto y él retribuyó todos los saludos, uno por uno. Algunos de los que se habían beneficiado con sus favores, y pensaban que el Profe no regresaría, apenas si pudieron ocultar su emoción-. ¿Ni un lavado te dan en este antro de perdición?

-Usted no puede tomar mate, Profe.

-¿Para qué vivir entonces? -me dijo, aceptando un amargo que le hizo servir Vargas. El Chueco no pudo evitar una mirada de reproche hacia el Perro Márquez, quien se mantuvo distante, en un prudente segundo plano.

-Pero ni se le ocurra comer una torta frita -le advertí-.

-Ni en pedo, si me quiero suicidar lo haré con algo de más categoría, un suflé de chocolate, dos kilos de masas dulces, un lechón a las brasas -me contestó categórico-, nunca con una frita tumbera. ¿Cómo está nuestra querida biblioteca, compañero?

-Sin alma, Profe.

-Vamos a ver –dijo después de tomarse el mate y apoyándose en mi hombro para levantarse.

-¿Sabés una cosa? -no esperó mi respuesta-, el hígado es un órgano muy noble, puede regenerarse una y otra vez, los hepatocitos son unas células geniales. Eso ya lo sabían los antiguos griegos...

-El mito de Prometeo.

-Extrañaba estas charlas, el *feedback*, que le dicen -me sonrió, como agradecido-, el ida y vuelta, ¿viste? Bueno, en la enfermería, como me aburría, me preguntaba cómo cuernos los griegos lo supieron e inventaron esa historia tan linda del águila que todos los días bajaba y le devoraba el hígado al pobre Prometeo encadenado.

-Y el hígado volvía a crecerle, y otra vez regresaba el águila para picoteárselo. Todos los días la misma tortura.

-¡Y vaya que el hígado duele, el muy guacho! Esos olímpicos no se andaban con vueltas para inventar suplicios. ¿Te acordás por qué lo habían castigado tan cruelmente?

-Se mandó dos metidas de pata, primero les robó a los dioses el fuego sagrado. Algunos mitólogos le atribuyeron a Prometeo la creación de los hombres, por los cuales él sentía cierta simpatía, y de allí viene su segunda metida de pata, les entregó el fuego divino a los seres humanos

-Eso. Lo castigaron por chorro. Prometeo era uno de los nuestros -parecía agradecerle esta especie de parentesco con el abnegado titán-. Como ves, él no era muy distinto de nosotros, también él era un preso.

-Nosotros somos asesinos, no ladrones.

-¿Te parece? -me miró sonriendo, con suspicacia y picardía-. Pibe, vos te hacés el gil para pasarla bien, pero de gil no tenés nada.

Sonreí como agradeciéndole la alta estima en que me tenía, pero desestimé sus sospechas.

-¿Otra vez con ese tema? Profe, yo no tuve nada que ver con la guita del abogado Peralta.

-Perfecto, es bueno que mantengás esa firmeza de carácter, pero no te creo. Todavía no sé cómo carajo lo hiciste, no importa. Una sola cosa te pido: minas. Una buena fiesta con mujeres de todos los colores, que dure una semana. Nosotros dos solos con todas ellas -y soñaba despierto, imaginándose la partuza-, un día entero con una pelirroja, el otro con una negra, luego la rubia, la trigueña, la albina, la morena y una buena mulata colombiana. ¿Qué te parece, pibe?

-¿Qué tiene contra las asiáticas?

-Listo, pongamos otro día más para una geisha, una coreanita o una linda esquimal. ¿Qué opinás?

-Que esa será una situación nueva para mí -el Profe comprendió de inmediato que mis únicas experiencias sexuales habían transcurrido dentro de la tumba. Demasiado joven, el camino del odio me había conducido hacia los hombres y allí adentro no había muchas chances de experimentar con otras variantes-, ¿le parece que nosotros dos estamos para mujeres?

-¿Dudás de tu sexualidad? –se rio a pesar del dolor que esto le provocaba. Cuando logró detenerse, con lágrimas de alegría o dolor, no lo supe, citó el sexto ítem de su trajinado decálogo-. Lo que ocurre acá dentro es antinatural, no es el ámbito normal para que se manifieste una conducta sexual “saludable”. Pibe, lo que ocurre en el ámbito carcelario es antinatural, es una aberración,... ¿y?

-Lo que ocurre adentro de la cárcel, adentro debe quedar.

-Eso, acordate, Pibe –me decía-, acá somos dos aberrantes que algún día regresaremos a nuestros nidos.

Era otro de sus tontos juegos de palabras. Usaba el término *aberrante*, en lugar de ave errante. Solía cantarme hasta el hartazgo: “*Soy un aberrante que hoy vuelve a su nido*”. Cuando yo le decía que era una frase estúpida, él respondía, como disculpándose, que no era un invento suyo, que la había leído hacía bastante tiempo, pero no recordaba dónde.

Siempre creí que el Profe se engañaba sobre su homosexualidad. Soñaba despierto y hablaba de fabulosas orgías con coloridas prostitutas, porque en el El cuello de mamá y la navaja

fondo se sentía culpable, como muchos reclusos allí dentro, por tener sexo con otros hombres y, lo que era peor, enamorarse de un tipo y luego llamarle amistad a ese sentimiento.

Pobre y querido Profe, entonces su salud era tan precaria, que apenas podía mantenerse en pie veinte minutos. Sin embargo si sus deseos se hubieran cumplido mágicamente, si en ese preciso momento en que hablaba conmigo en la biblioteca, se hubiesen materializado todas las fabulosas chicas soñadas por él. ¿Qué hubiera hecho? Se lo pregunté en broma, para distraerlo un poco del dolor, que también me dolía a mí.

-¿Ahora?, ahora no podría ni tocarle las tetas a la más linda. Pero cuando salga, vas a ver lo que haremos los dos.

Nunca lo pude ver. Mi amigo languideció de a poco. El hígado es un órgano noble, se regenera, hasta los griegos lo sabían, pero el bazo y el páncreas, no. Y con el páncreas no se jode.

CAPÍTULO XV

LO QUE AL PROFE LE GUSTABA MÁS

-Este asunto es una basura.

-¿Cuál, Profe?

-El odio, Pibe. El odio es una basura porque te hace perder todo aquello que más te gusta.

-¿Y a usted, que le gustaba, Profe?

-Dar clases, estar con los gurises, enseñarles. Yo tuve en la secundaria un buen profesor, ¿sabés?, se apellidaba Etchebarne y le decían Balucho. Una noche, antes del odio, cuando yo era puro, me lo encontré en el cumpleaños de un amigo en común. Yo le expresé mi admiración, le dije que él me había inspirado, me había marcado el rumbo. Y Balucho Etchebarne me reveló un secreto, me dijo: *“Yo nunca me había sentido tan cerca de Dios, como cuando daba clases.”* Él era muy católico, yo no, ni aún en esa época feliz. Sin embargo, a pesar de mi incredulidad religiosa, comprendí perfectamente lo que mi antiguo maestro me estaba diciendo: cuando se establece el enlace, la comunicación, entre el maestro y los alumnos, se produce un vínculo muy fuerte, casi mágico, casi divino. Yo he sentido esa experiencia, la he vivido y puedo decir que era muy gratificante.

-Cuando cumpla con la justicia, ¿puede volver al colegio y a sus alumnos?

-Legalmente, sí; prácticamente, no.

-¿Cómo es eso?

-No es fácil dar clases. Por lo menos no lo es si lo tomás en serio. Sólo podés ser un buen profesor de secundaria, si dictás cátedra desde un punto sólido, es decir, desde un lugar firme. Y ese punto, yo no me había dado cuenta hasta que lo perdí, es la cuestión moral. ¿Con que cara te vas a presentar ante una veintena de adolescentes que ya piensan por sí mismos y no se han manchado con la vida, que son hipercríticos y buscan desesperadamente un modelo a seguir? ¿Cómo te vas a parar ante ellos para hablarles de valores y de los logros del espíritu humano, si saben que vos secuestraste a dos tipos, los torturaste, les hiciste comer mierda de perro y por último les pegaste cobardemente un tiro? Un tipo que hace eso, no puede nunca darles clases de ética ni hablarles de amor, de paz, ni de bondad. Cuando matás a un hombre, aunque éste sea un cerdo y se lo tenga bien merecido, llegás a un punto de no retorno. Un docente que pierde la pureza de ese modo, no puede volver al aula y enfrentar a sus alumnos, a no ser que ese maestro sea tan cerdo como su víctima o un completo hipócrita. Yo me he transformado en un monstruo, y los monstruos no podemos dar clases de moral a nadie. Somos entes amorales.

-Nunca había pensado en eso.

-Yo tampoco, hasta que fue demasiado tarde. Escuchame bien, Pibe -me dijo en uno de sus últimos días-. Ahora vos sos mi único alumno y quiero enseñarte una cosa muy importante. Ya lo dije: debés conocerte bien, debés

saber qué querés hacer con tu propia vida. Eso te ayudará a cortar la cadena del odio, que te ata y no te ayuda a vivir. ¿O acaso pretendés ser un preso por toda la eternidad? Basta, Pibe, allá afuera hay todo un mundo por descubrir. No te sigas arruinando la vida.

Los dolores abdominales se habían vuelto insoportables, luego llegaron las náuseas y los vómitos. Escalante no pudo comer ni la manzana que logré conseguirle. Una noche no pudo dormir, estaba temblando y, cuando lo destapé, noté que estaba bañado en un sudor helado, pero su temperatura era altísima. No había tiempo que perder. Llamé al guardia de esa noche que, afortunadamente, dio curso a mi pedido y llamó al enfermero. Cuando éste auscultó al Profe, se lo llevo de inmediato al hospital. Una ecografía le detectó un absceso pancreático. Los médicos intentaron extraerle el pus con un drenaje percutáneo. Pero fue en vano y debieron recurrir a la cirugía.

-La infección era muy grave -me dijo el médico de guardia, cuando me permitieron salir del penal para visitarlo en el hospital-. Hicimos todo lo que se pudo. Ahora tenemos que esperar su evolución. El pronóstico es bastante reservado. ¿Sabés rezar?

-Eso no es muy científico, doctor.

-Lo sé, muchacho, pero toda ayuda será bienvenida -me dijo, y mientras se marchaba agregó-, especialmente en esta situación.

La religión no era para el Profe ni para mí. Sobre todo cuando veíamos la conducta de los presos que se llevaban bien con Dios, es decir, que oraban, comían hostias, se confesaban, dormían empuñando sus rosarios, se

persignaban y, luego del culto y las oraciones, violaban a los rateritos que entraban al penal o chuceaban, por la espalda y en patota, al que los había mirado mal o traía una cuenta pendiente del exterior.

Con el Profe considerábamos que, debajo de esa capa de coraje y autosuficiencia, esos presos guardaban una enorme cobardía. Le tenían miedo al más allá, al castigo divino y eterno. Así es que nosotros tomábamos nuestro ateísmo como prueba de valor, de resistencia a los convencionalismos y supersticiones y, además, como una aceptación de nuestra irredimible índole de aves nocturnas.

Yo no sabía rezar, pero otra vez, como aquella noche de la gran paliza, me encomendé al ángel tutelar de la Cacatúa y le pedí por mi amigo. Además, cuando me llevaron de vuelta al penal, le hablé por teléfono a mi abuela para que rezara por el Profe Escalante. Pero esa vez, mi pobre abuela estaba desangelada o su Dios estaba con otitis y no la escuchó.

Dos días después, a pedido del Profe, me llevaron de nuevo al hospital. Ya no había nada por hacer. En la habitación estaba una hermana del enfermo, la que se había quedado a cargo de la casa y los perros de Escalante. Nos saludamos y ella salió dejándonos solos.

-Gracias, por venir –susurró el Profe.

-Casi me obligaron –confesé. Honestamente yo no tenía muchas ganas de verlo así, lleno de sondas, agonizante, espectral; deseaba recordarlo sano, alegre, inteligente, como en sus mejores tiempos.

-¡Cuánta franqueza, muchacho! Espero que sigas así, porque quiero saber algo antes de... ya sabés qué.

-Yo no sé nada ni me importa.

-Dejá de citar mi estúpido decálogo -dijo casi sonriendo-. Quiero que me digas algo. ¿Qué pasó ese sábado once de abril en el estudio jurídico del doctor Peralta?

¡Ah, curioso amigo Escalante! Imaginé que pediría eso. Me cercioré de que no hubiera nadie cerca. Mi escolta, el agente penitenciario que me había llevado al hospital, me había dejado haciéndole el aguante al Profe. Había solamente una puerta que daba a esa sala y yo no tenía forma de escapar, por lo tanto, mi custodio se había quedado afuera, tranquilo, conversando con la hermana del enfermo.

Yo le conté todo al Profe, con lujo de detalle, no le oculté nada. Él me hizo más preguntas y se las respondí a todas. En cierta forma, me sentí aliviado, ya no había secretos entre nosotros. Escalante sonreía.

-Pibe -me dijo-, sos un hijo de puta.

-Tuve el mejor maestro.

-A mí no me echés la culpa, pendejo. Yo no tuve nada que ver -entonces se puso serio y me miró de una manera poco habitual en él, como si intentara sondearme, luego dijo, como confirmando:

-Vos sos peor que yo.

-El alumno siempre debe intentar superar al maestro.

-Dejá de citarme, pelotudo, en serio te lo digo. Vos sos mucho más oscuro y retorcido que yo. A tu lado parezco un bebé de pecho.

-No me piropee más, Profe -le dije sonriendo y le acaricié el pelo mustio-. Mire, me ha hecho poner colorado.

-Es al ñudo, no te enseñé nada.

-Me enseñó muchas cosas buenas, Profe. Créame, usted fue el mejor maestro que jamás tuve y tendré.

-Gracias, alumno -me dijo. Y en un murmullo apenas perceptible, agregó-. Cuidate mucho, pedazo de imbécil, no hagás más cagadas y... acordate, primero la pelirroja.

Yo quise sonreír, pero no pude. Dejó de hablar, estaba cansado. Le di un poco de agua que sorbió con una pajita. Permanecimos en silencio un largo rato. Su respiración se fue haciendo más lenta y arrítmica. De pronto un quejido, los ojos en blanco, el monitor del marcador cardíaco sonó de otra manera. Lo abracé fuerte y, aun así, se me escabulló, entre mis brazos. Luego entraron las enfermeras y su hermana.

Me fui con mi custodio y dejé al Profe en el hospital. Dejé su cuerpo martirizado por los golpes del Perro Márquez y los instrumentos de los cirujanos que habían intentado salvarle la vida. Dejé ese cuerpo que ya estaba vacío, esa cáscara que ya no contenía a mi amigo querido.

CAPÍTULO XVI

DE TIRANOS Y PESADILLAS

*Ningún consuelo penetra
Detrás de aquellas murallas.
El varón de más agallas,
Aunque más duro que un perno,
Metido en aquel infierno
Sufre, gime, llora y calla.*

J. Hernández, “Martín Fierro”.

Entre los libros que habíamos apartado con el Profe cuando, en los primeros años, armábamos la biblioteca, apareció uno de J. M. Vargas Vila llamado “**Los divinos y los humanos**”. Era una joyita porque, por tratarse de un libro tan viejo -impreso en París, Librería Americana, 1908-, estaba impecablemente conservado. Recuerdo sus tapas encuadernadas en color rojo, con letras doradas y hermosos grabados. Contenía una serie de breves biografías que estaban agrupadas en dos partes. En “*Los providenciales*”, se reunía a los déspotas y tiranos americanos –Rosas, el doctor Francia, Melgarejo y otros; en la segunda mitad, llamada “*Simples mortales*”, se agrupaban los próceres, los hombres de bien o los amigos de Vargas Vila. Allí

estaban José Martí, Juan Montalvo y algunos más. Pero a nosotros no nos interesaban los buenos, nos encantaban los retratos de los malos: asomaba en ellos el genio injuriante del autor. Nos turnábamos para leer: *“Un buitre crecido en un nido de cuervos -decía Vargas Vila del doctor Francia-. Los jesuitas fueron sus maestros y sus inspiradores: bajo sus negras alas emplumó aquel buitre.”* Pero el que más nos gustaba era el retrato de un dictador ecuatoriano, también de formación jesuita: *“¡Henos aquí, en lo más espeso de la sombra! ...García Moreno es el horrible pájaro de la noche. Para perseguir a este tirano búho hay que bajar con él hasta el fondo del abismo, siguiéndolo en su voloteo vertiginoso en las tinieblas”.* Nos encantaba el estilo exaltado, la palabra “voloteo” y el modo refinado de insultar empleados por el autor. Pero ese libro, además, tenía otro encanto especial, dentro de él, disimulada en su lomo, yo había ocultado la regla de plástico duro que me había regalado el Profe y que se había salvado de todas las requisas realizadas hasta entonces. Siguiendo el consejo de mi maestro, yo la había afilado y le había hecho una punta en un extremo. Un hueso que chocara con ella podía quebrarla pero, para atacar las partes blandas del cuerpo, era un arma letal. Entraba perfectamente en el lomo del libro, era su estuche ideal, pero yo le estaba buscando otro: un pajarraco rapaz, oscuro como la noche, que me había robado algo muy apreciado.

Muchas noches, demasiadas tal vez, me costaba trabajo dormir. Yo no era el único. El Profe, por ejemplo, tenía sueños intranquilos, hablaba con sus fantasmas, de repente se despertaba, apoyaba el codo en la cama, miraba o soñaba que miraba alrededor, y luego volvía a sus pesadillas. Eran comunes

los gritos nocturnos, los actos de sonambulismo, las caídas, los llantos y lamentaciones. Porque durante la noche, el sueño ablandaba como manteca la inexpugnable coraza que esos hombres duros se habían construido durante la vigilia. Entonces, gracias al sueño, se podían adivinar las tinieblas abismales donde revoloteaban sus oscuras almas de aves nocturnas.

No me engañaba, yo no era muy distinto a los otros. También era un ave negra, también me despertaba soñando con horribles abismos: el rostro asombrado del Vasco Iriarte, la cara asustada de Ismael, mi padre, tratando de detener la hemorragia o las escenas de violencia que habían ocurrido desde que entré en la cárcel.

Con el Profe, nos habíamos vuelto expertos en conjeturar sobre las causas de las pesadillas ajenas: un joven ratero, por ejemplo, lloraba en sueños porque revivía la escena del baño cuando lo violaron el primer día; un viejo estafador se lamentaba porque extrañaba a sus hijas; un asesino explicaba a su víctima el motivo por el cual la estaba matando, “¿Me entendés?”, le preguntaba al espectro del muerto, “¿Me entendés?”; otro, en cambio, se reía en sus sueños porque -según el Profe-, evocaba la noche que encontró a su esposa adúltera encamada con el amante y los cagó a tiros a los dos; el Chueco Vargas robaba una y otra vez la misma maldita inmobiliaria y una y otra vez lo volvían a capturar. Eso es lo malo de las pesadillas, tienen recidiva, son volvedoras, tenaces, no nos sueltan fácilmente y, a eso, nosotros no lo podemos impedir.

Ese era uno de los juegos que hacíamos antes, en las noches insomnes, cuando el Profe era el Profe Escalante y no el pálido fantasma de los últimos

días, vulnerable, blando, proclive a la lágrima y la autocompasión. Este fantasma del Profe, que se me fue apagando de a poco y se murió en mis brazos, en la fría soledad del hospital. Pero dejemos a mi querido maestro muerto y volvamos al asunto de los sueños.

El Perro Márquez dormía siempre en los brazos del Dios que él adoraba, pues era uno de los más chupacirios del penal. Dormía con tal placidez que, cualquier observador imparcial, hubiese jurado presenciar el sueño de un justo, de un prócer, de uno de los impolutos héroes de Vargas Vila. Nadie hubiese imaginado que era un secuestrador extorsivo, un chorro violento, un pateador de rivales caídos, un imbécil asesino y violador de hombres, cuando éstos eran sostenidos por tres o cuatro de sus fieles amigos, porque él solo era incapaz, el muy cobarde.

En los días anteriores, en un intento de justificarse por haber atacado al Profe -la gravedad de su condición era irreversible y ya era conocida por todos en el penal, aunque yo me resistía a creerlo-, el Perro me contó lo de la reunión cumbre con lujo de detalles, lo que había dicho el subprefecto y le había contestado García o los demás convocados al despacho del alcaide mayor. Según su rústica y sencilla manera de ver las cosas, él era un simple soldado cumpliendo órdenes superiores. Un viejo truco, muy empleado en este país: ante el mal funcionamiento, el fallido engranaje le echa la culpa a la máquina, de la cual forma parte.

Sin embargo la ley de obediencia debida no iba conmigo.

Esperé que pasaran algunos días después de la muerte de Escalante y una noche dejé, debajo de la almohada, el libro que ustedes ya saben. Nadie me oyó caminar entre las cuchetas, descalzo -jamás me había parecido tan fría esa inmundicia cárcel-, ni me vieron acercarse a la cama del Perro. Cuando le hundí mi faca de plástico en el cuello y le cercené la carótida -según se informó más tarde en la autopsia-, brotó un chorro de vida roja que el miserable preso quiso detener. Pero yo, fiel reflejo de mi madre, sostuve sus manos.

Se encendieron las luces por las corridas y los gritos. La jauría de Márquez intentó ayudarlo, pero yo solté a mi víctima y me interpose. Los enfrenté, necesitaba sólo unos segundos más para liquidar al Perro, quien ya estaba en sus últimos estertores. Cuando vi que mi víctima había dejado de convulsionar, bajé mis brazos y me aparté.

Los amigos del muerto se me echaron encima para hacer justicia, como lo habían hecho antes los amigos del Vasco Iriarte. Yo no me iba a defender, realmente no me importaba en absoluto el futuro ni lo que ocurriera conmigo. Pues yo no estaba en el penal, empapado en la sangre de mi reciente víctima, sosteniendo una chuza de acrílico que había demostrado su terrible eficacia. Yo estaba caminando por un sendero ya recorrido anteriormente, un camino que se había construido con piedras de bronca y rencor.

Una orden tajante detuvo a mis agresores.

-Déjense de hacer bardo en mi pabellón -gritó el Chueco Vargas-, la puta que los parió.

Los demás presos señalaron el cuerpo del Perro Márquez. Vargas se me acercó, extendió su mano con la palma hacia arriba, en actitud de espera y autoridad. Yo le entregué dócilmente mi arma con el cabo vuelto hacia él. Me miró con disgusto:

-Pendejo boludo -me reprochó-, por esto te van a dar cinco años más, como mínimo. Y a nosotros nos van a sacar los privilegios que tanto nos costó ganar. ¿En qué mierda estabas pensando?

-Mire, jefe, por mis amigos me la juego siempre. No me importan las consecuencias. Yo actúo, y listo.

Ustedes -que no conocen la vida carcelaria-, pensarán que esa fue una frase estúpida y trillada, pero en realidad encerraba una promesa de lealtad absoluta hacia quien quisiera tomar mis servicios. Yo había dejado una vacante dentro de la línea de mando y aspiraba a ocupar ese puesto. Para los códigos carcelarios, yo tenía agallas, sangre fría y lealtad irrestricta. Yo podía ser un buen soldado. Mejor, casi, de lo que había sido el difunto Márquez.

Y así lo entendió el Chueco.

CAPÍTULO XVII

EL CUSQUITO DEL BUEN SOLDADO.

La muerte del Profe Escalante, y lo que ocurrió en los días subsiguientes con el Perro Márquez, le costó al alcaide mayor el traslado a otra unidad penal, pero éste, con cierta dignidad profesional, prefirió jubilarse y se mudó a Paraná, para dedicarse al jardín, los nietos y la política -o sea, siguió currando, como decían algunos presos-. Yo nunca lo volví a ver. El nuevo alcaide era más duro y menos corrupto que el anterior, pero respetó la jerarquía interna ya establecida por su predecesor, o sea, el subprefecto era el enlace con el Chueco Vargas y éste con el resto del pabellón.

No sé si fui el soldado ideal. El concepto de lo Ideal es relativo. Por ejemplo, mi abuela idealizaba a su hijo muerto, otorgándole virtudes que yo, en mi sufrida niñez, no había percibido. Con el Profe ocurrió algo similar, idealicé su recuerdo hasta volverlo perfecto. Los difuntos tienen la costumbre de volverse más buenos cuando se marchan hacia el otro lado.

El Profe también me idealizaba, supongo, al sobrevalorar mi inteligencia. Y no era el único. El Chueco Vargas, a pedido del subprefecto, y también por las dudas, me tomó como ladero para vigilarme de cerca y ver si yo realmente era tan inocente como parecían indicar las circunstancias.

Una aclaración, antes de seguir, al subprefecto le decíamos así, pero en realidad tenía una jerarquía más alta. Lo mismo ocurría con el oficial García. Los presos les inventábamos una hipotética jerarquía, para hacerlos enojar o para ningunearlos.

Como me habían decomisado la chuza de plástico, un día se me acercó el Chueco Vázquez y me entregó secretamente algo envuelto en papel de diario.

-Ojo cómo usás esto -me dijo y agregó-. ¡Ah!, y cuidala bien porque tiene vuelta.

Era una hermosa navaja, de un altísimo costo dentro del penal. Jamás necesité usarla con los demás presos, era más bien un símbolo del nuevo cargo que yo ostentaba. Tampoco fue un regalo, sino un préstamo del tacaño Chueco: *“tiene vuelta”* significaba que algún día debería devolvérsela. Sin embargo, cuando dejé la prisión, el Chueco no la reclamó. No creo que él se haya olvidado de algo así, fue un premio a mi buen y leal desempeño como su soldado. Esa navaja fue la que llevé, mucho más tarde, cuando fui en búsqueda de mi madre.

No fui un soldado tan arbitrario y violento como lo había sido el Perro Márquez; tampoco precisé demostrar mi autoridad con gritos, amenazas o castigos corporales. Mi sola presencia física ya imponía respeto. Lo que yo le

había hecho al Perro inspiraba tal miedo, que todos temían contrariar mis órdenes y luego despertar con la garganta cercenada con mi navaja o una faca acrílica. Así es que la fama de asesino frío e implacable me ahorró trabajo en mi nueva función. Además ayudó mi aspecto, yo mido casi un metro noventa y mis sesiones en el gimnasio habían dado sus frutos. Había hecho tatuar mis brazos y mis pantorrillas, era todo un pesado. Los rateritos de poca monta, se hacían a un lado para dejarme pasar y acataban mis indicaciones sin chistar.

Me agradaba eso, el respeto de los otros.

Siempre me pregunté si mi madre sería capaz de reconocermé, es decir, si podría ver en este hombre rudo, musculoso, tatuado, con algunas muertes en su haber, al niño frágil y lloroso que ella había abandonado tan cobardemente. Siempre pensé que mi vieja no me reconocería, pues yo era otro. Me sentía distinto, más seguro, más poderoso, pero también incompleto. No sólo me faltaba Escalante, también había un hueco en mi personalidad y yo no sabía, en ese momento, qué era.

Un día entró al penal el Rulo Peña, preso por robo calificado, lesiones graves e intento de homicidio, ¡toda una joyita! Era su primera vez, lo cual demostraba cierta astucia para burlar la autoridad y la justicia durante tanto tiempo. Cuando las hienas ya lo tenían para darle una buena “recepción”, yo me opuse. No se confundan, no fue por piedad, fue para demostrar hasta qué punto esos presos serían capaces de obedecerme.

-Basta -dije cuando ya lo habían amansado y desnudado-. “Eso” va a pasar cuando él quiera y con quien él quiera.

-Pero es la costumbre, Pibe –protestó una hiena.

-Esa era la costumbre –y remarqué bien clarito el “era”. Estaban algunos de los que me “recibieron” cuando llegué y pertenecían a la jauría de Márquez. Se habían enfrentado conmigo cuando intentaron asistir al Perro la noche de su muerte. Pero como no me moví, sino que crucé los brazos sobre el pecho y abrí mis piernas, como desafiándolos, comprendieron que eran ellos, no yo, quienes debían desalojar el baño. Cuando se retiraron, protestando, les dije burlonamente:

-Chau, hasta luego.

El Rulo se vistió con rapidez, se tocó la cara magullada y cuando pasó los dedos sobre los labios, los retiró ensangrentados.

-¡Esos maricas hijos de puta!

-No es nada -lo tranquilicé-, ya se te va a pasar, pero abrí bien los ojos, no voy a estar todo el tiempo atrás tuyo para cuidarte el orto.

-Gracias, jefe –me dijo.

-Juan Vargas es el jefe acá adentro -aclaré-, a mí decime “Pibe” nomás.

Desde la muerte del Perro, aparte del alcaide mayor, habían cambiado muchas cosas, antes me llamaban indistintamente boludo, chabón, pibe o pendejo, ahora yo era el Pibe, así con mayúsculas, era mi apodo.

Mi nombre se perdió cuando me dejó mi vieja. Era a ella a quien le correspondía devolvérmelo. Cuando algunos años después fui a buscarla, yo aún no lo sabía, fui también para recuperar mi verdadero nombre.

-Gracias, Pibe -Peña se tocó el pecho con dos dedos juntos, el índice y el mayor y luego me señaló a mí. Una especie de promesa de lealtad y duradera gratitud.

Entró al pabellón detrás de mí, ante la curiosa mirada de los otros presos y, tranquilamente caminó hacia su cama. Nadie lo molestó.

El Rulo Peña se me pegó a los talones. No me dejaba ni a sol ni a sombra. Eso me molestaba un poco y también me gustaba, porque me hacía compañía y me daba algo de protección. Lo soportaba como un cazador armado soporta a su cusquito fiel e inútil. Las fieras salvajes del penal lo destrozarían hasta hacer croquetas de carne con él pero, por lo menos, antes de ser devorado, ladraría o gemiría de dolor, advirtiéndome la presencia del enemigo.

Más trataba a ese alcahuete y más extrañaba al Profe, ningún punto de comparación podía establecerse entre estos dos caracteres tan distintos. Peña era estúpido e iletrado, ¿de qué libros, películas viejas, ideas o alocadas pesadillas podíamos hablar?

Una noche me desperté sobresaltado, sudoroso, con el corazón desbocado. El Rulo estaba allí, a la expectativa, mirándome. Yo esperaba la pregunta que siempre me hacía el Profe cuando, durante las noches, despertaba huyendo de mis malos sueños: “¿*Por qué oscuros abismos habrá voloteado tu alma, estimado aberrante?*”, pero el muy mongólico dijo:

-¿Con qué minita estaba soñando, Pibe? ¡Qué carpa, eh! –eso exclamó el muy ordinario señalando la sábana levantada por la erección de mi miembro. Sin dudas, el Rulo estaba a años luz del Profe.

Lo mandé a remismísima mierda y le di la espalda con la intención de seguir durmiendo. Pero hubo algo en el Rulo que me inquietó y no me dejó conciliar el sueño. Algo en su rostro, antes de que hablara, una actitud de espera y acechanza, mientras él observaba cómo yo emergía de mi pesadilla. Era algo relacionado con una vieja película en blanco y negro que habíamos visto en la tele con el Profe. Pero yo, en ese momento, no lo recordaba.

Dos o tres semanas después, el Rulo Peña me reveló:

-Pibe, tengo que confesarle un secreto.

-Vamos a la biblioteca -le contesté.

Cuando entró, ignoró olímpicamente los libros -yo seguía buscando similitudes entre ese infeliz y el Profe, era al pedo, Escalante jamás dejaba de repasar los estantes buscando un tomo fuera de lugar, alguna faltante o algún nuevo tesoro que hubiera aparecido durante su ausencia-. Peña se sentó, mirando si alguien más lo estaba escuchando, se veía tan nervioso como una monjita cuando va a confesarle a su madre superiora que está con cinco meses de embarazo:

-Pibe -me dijo-, a mí me mandaron para vigilarlo.

Un chispazo me iluminó la mente: ya recordaba la película relacionada con el Rulo Peña. Él confundió mi gesto:

-Me imaginé que usted ya lo sabía. Pero vengo a decirle que puede quedarse tranquilo, porque ya se resolvió el problema, eso es lo que me dijeron.

Mi cusquito me entregó una hoja de diario. Leí el artículo, trataba sobre el caso Peralta: *“Macabro hallazgo. En el departamento de Rosario del Tala fue encontrado, por el puestero de una estancia, el cadáver horriblemente mutilado de un masculino de aproximadamente cuarenta años de edad. Según fuentes extraoficiales, se trataría de Mario Ferreyra, de frondoso prontuario. El occiso era intensamente buscado por la policía entrerriana por creérselo responsable del crimen del abogado Oscar Peralta, ocurrido hace más de dos años, en la ciudad de Gualeguaychú. El asesinato de Peralta, sería un ajuste de cuentas y, según las mismas fuentes policiales, estaría enmarcado en la investigación por lavado de dinero, peculado y fraudes en negocios inmobiliarios. Con la aparición del cadáver de Ferreyra, los investigadores retoman el caso Peralta, que mantuvo en vilo a la opinión pública durante tanto tiempo...”* La nota periodística seguía con un pormenorizado detalle de las circunstancias en que había muerto mi antiguo abogado defensor. Del dinero faltante ni se hablaba.

-¿Quién te mandó a vigilarme, Rulo?

-El oficial García.

-Había alguien más con él o te mencionó a otro.

-No, Pibe, estaba solo.

-¿Qué era lo que tenías que averiguar?

-No lo especificó muy bien, pero me pidió que le informara si usted mencionaba cualquier cosa relacionada con un tipo llamado Mario Ferreyra. Ahora que el tipo está muerto, y bien muerto, según lo dice el artículo del diario, el asunto está cerrado, ¿no, Pibe?

-Está bien, andá nomás y actuá como si nunca me hubieses dicho nada. De esto ni una palabra a nadie, ¿entendiste?

-Sí, Pibe, claro -y me hizo otra vez ese estúpido gesto de tocarse el corazón con dos dedos y luego señalarme.

La película era *“La noche del cazador”*, de 1955, dirigida por Charles Laughton, y la escena es aquella en la que el predicador (Robert Mitchum) intenta sonsacarle a Ben Harper (Peter Graves) -encarcelado y condenado a muerte-, dónde escondió el botín del robo por el cual será finalmente colgado. El predicador, un tipo inquietante, llevaba tatuados los dedos de las manos, en una decía LOVE y en la otra HATE (amor y odio). Él se convertirá pronto en el cazador y será tanta su ambición que se meterá en la celda de Ben para estar cerca y hacerse su amigo. Un día Ben lo sorprende espiándole los sueños, para ver si revelaba el escondite del dinero. Entonces Ben le da una buena piña, por pelotudo, porque los sueños son lo más sagrado e íntimo que pueda tener un hombre. Con el Profe éramos muy respetuosos al respecto, estudiábamos las pesadillas ajenas y especulábamos sobre ellas, pero a distancia y con cierto pudor -si esa palabra tiene algún significado en ese entorno-. Me había molestado la actitud del Rulo, su intromisión en mi intimidad, su desfachatada curiosidad, su imbecilidad. Esa era la maldita escena que recordé cuando vi al Rulo espiándome los sueños.

Volvamos a Ben Harper. Era un tipo altruista, cuidaba su secreto hasta llegar al sacrificio, pues el dinero no era para él, era para mejorarles la vida a sus dos hermosos hijos y a su esposa. Al Profe y a mí nos encantó la película y fue una de las pocas veces donde estuvimos a favor de los buenos y no del villano de turno.

Cuando salí de la biblioteca miré el decálogo del profe, estaba intacto, pues no osé corregirle el estilo, algo que a él tanto lo molestaba. Recordé sus palabras: *“Cada vez que quise borrar el ítem sobre la amistad, me topaba con una traición”*. Luego entré al pabellón, fui donde estaban las antiguas hienas del Perro Márquez y les dije:

-Ahí lo tienen al Rulo Peña. Es todo de ustedes -ellos asintieron con una sonrisa de comprensión.

Di la vuelta y me fui a recorrer los talleres, pues el Chueco Vargas me había encomendado esa tarea. Al parecer, se habían extraviado algunas herramientas y él sospechaba que el de mimbrería y el carpintero estaban negociando merca sin participarlo en las utilidades. Yo debía, entonces, ajustar algunas tuercas flojas.

Mientras me alejaba del pabellón, pensaba en la suerte del Rulo Peña. Hubo un atisbo de arrepentimiento. Después de todo -pensé-, él me había avivado sobre el oficial García; pero, por otro lado, intentó entrometerse en mis sueños. Al final dije: “Que se joda, por ortiba y por gil”.

Y, como buen soldado que era, me fui a cumplir las órdenes impartidas por la superioridad.

CAPÍTULO XVIII

LA CEGADORA LUZ DEL SOL

Por la muerte del Perro Márquez me dieron siete años, pero me unificaron esa condena con la otra anterior, la del Vasco, por lo tanto debí cumplir tres años más de cárcel. No intenten hacer cálculos, ni yo mismo logré comprenderlos, me extravié en los vericuetos legales, a pesar de que mi nuevo abogado defensor, el más eficiente de los tres que me tocaron, me lo explicó varias veces. Además alguien, dentro del penal, había escrito un informe tan laudatorio sobre mi persona, que favoreció para reducir significativamente mi condena. No lo sabía, pero según mis carceleros, yo era un preso ejemplar y con muy buena conducta. Lo cierto es que llegó el momento de la libertad y debí salir de mi prisión para encontrarme, de pronto, con la cegadora luz del sol.

Me esperaban mi abuela y las chicas. Éstas me abrazaban y me besaban con total descaro, como si ellas también fueran tiernos parientes que extrañaban mi ausencia. Estaban vestidas y pintadas como para ir de fiesta,

parecían coloridas congéneres de la Cacatúa. Además miraban con indisimulable codicia mi musculoso y tatuado cuerpo.

-Vaya que ha crecido, el mocoso -dijo una, acariciándome los brazos y el torso.

-Estás hecho todo un hombre -dijo la otra, y agregó-, si algún día necesitás algo de plata, avísame, nene.

-Y si precisás una chica, también -dijo la otra, señalándose a sí misma como una opción viable.

Empezaron a reír. Entre las tres sumaban más de ciento ochenta años. Me sentí bien. Era bueno estar afuera, parecía que el aire tenía otro olor, era buena la risa de esas alegres y alocadas viejas, era buena la cegadora luz del sol. La Cacatúa salió en mi defensa:

-Mi nieto no necesita el dinero ni trabajar de chongo para unas viejas babosas. Por ahora le hace falta comer como Dios manda y descansar. Después, veremos.

Los cuatro nos fuimos a comer al mejor restorán de Gualeguaychú. Al momento del brindis, una de las chicas alzó su copa, me miró y dijo:

-Ahora empieza una vida nueva, que todos tus buenos deseos se cumplan y tengan un final feliz.

-Y que algunos malos deseos, también se me cumplan -lo dije pensando en mi madre y los planes que tenía para ella. Pero las chicas entendieron cualquier otra cosa.

-Eso mismo digo yo -exclamó una-, hace rato que quiero cumplir ciertos “malos deseos” y nadie me da bolilla.

Las otras festejaron con carcajadas y aplaudieron. Terminamos todos borrachos. Un remisero amigo de la Cacatúa nos repartió a nuestras respectivas casas como un micro escolar distribuye a los alumnos de preescolar. Recién me desperté a la madrugada. Con algo de resaca, pero contento. Se me abría el futuro con una infinita variedad de posibilidades y de cambios.

Entonces recordé lo que una vez me había explicado el Profe sobre el “*Martín Fierro*”, los indios y los cambios. En el listado de literatura tumbera también se menciona la obra de Hernández, quien sufrió prisión por razones políticas. Sin embargo el libro está en la lista porque el hijo mayor de Fierro estuvo preso y lo relata en el canto XII, de *La Vuelta*. Yo me sentía identificado con este personaje: “*Dende chiquito he vivido/ en el mayor desamparo*”. Y al Profe le encantaba este jueguito de palabras: “*Le dirán Penitenciaría/ por la penitencia diaria/ que se sufre estando allí*”.

Al Profe le interesaban otras estrofas, pero no relacionadas con la cárcel, sino con los indios. Sí, aunque no lo crean, con los indios y la famosa campaña al desierto. Están en el canto IV, también de *La Vuelta*:

“*Es tenaz en su barbarie, / no esperen verlo cambiar, /el deseo de mejorar/
en su rudeza no cabe-/ el bárbaro solo sabe/ emborracharse y peliar.*”

“*...El indio es indio y no quiere/ apiar de su condición, / ha nacido indio
ladrón/ y como indio ladrón muere.*”

-Estas, en apariencia inocuas, estrofas de nuestro poema nacional -se exaltaba mi amigo como si estuviera frente a la clase repleta de alumnos, cuando en realidad estábamos los dos solos, limpiando libros y tomando mate en la biblioteca de la unidad penal-, son los versos más hijos de puta de toda la literatura argentina.

-Yo no les veo nada de malo -confesé.

-Ya lo verás. En la primera parte del "*Martín Fierro*", 1872, los indios son mejores que el gobierno de Sarmiento. El protagonista y el gaucho Cruz prefieren vivir en las tolderías que en el país presidido por el padre del aula, quien había implementado una política de persecución de criollos, pues Sarmiento sostenía que los gauchos no servían para crear un país moderno. Cruz y Fierro huyen hacia la frontera, pues "...*hasta los indios no alcanza/ la facultá del Gobierno.*" Ahora bien, la segunda parte, llamada *La Vuelta*, fue escrita siete años después de la primera, *La Ida*. Los colores políticos son otros, ya no gobierna Sarmiento, abierto enemigo de José Hernández, sino Nicolás Avellaneda, muy amigo del autor.

Le pasé el amargo. Me encantaba verlo y oírlo así, en su ambiente, enseñando con entusiasmo y vehemencia. Supongo que debió ser un buen maestro, porque era apasionado y la pasión se transmite mucho mejor que el conocimiento.

-¿Y qué pasó con los indios, Profe? –mi amigo devolvió el mate y siguió dándome clase.

-Eso era en *La Ida*, pero en *La Vuelta*, los indios son distintos: son malos, no se ríen, no creen el Dios, tratan mal a las mujeres, no trabajan, son borrachos y ladrones. ¿Ladrones ellos? ¡Por favor! En el libro se demoniza, se animaliza a los indios, son como caranchos, son sucios como los cerdos y no desean mejorar, por ejemplo. Pero la peor desacreditación como ser humano es la imposibilidad de cambio, que el autor les atribuye al indio: “no espere verlo cambiar,” “no quiere apearse (se) -bajarse- de su condición”, “indio ladrón ha nacido, como indio ladrón muere”. ¿Por qué te imaginás ese cambio tan rotundo en el pensamiento de Hernández?

-Ni la más remota idea.

-Estamos entrando en plena década de 1880, se adopta para el país el modelo agrícola-ganadero, exportador de carnes y granos. ¿Qué necesitás para desarrollar ese modelo?

-¿Vacas, trigo, campesinos...?

-Y campos, es decir territorio apto para el cultivo. ¿Quiénes tenían la pampa húmeda? Los indios. Era más barata una bala para un Máuser o un Remington, que pagarles los sueldos a los maestros o fundar escuelas para reeducar a los indios o trasladarlos a otros territorios. Al negarles la posibilidad de cambio, de transformación, de adaptación, Hernández está avalando el exterminio, el genocidio, el despojo. Dame otro amargo. ¿Te das cuenta por qué son versos infames? Tanto como este mate. Esto es una reverenda porquería. ¿Quién te enseñó a cebar?

-Menos mal que en este país no hay pena de muerte.

-El viejo Vizcacha mató a su mujer de un palo porque le dio un mate frío.
Yo no haría semejante cosa, no es para tanto.

-No, Profe -aclaré-. En otros países a los asesinos, los matan. Aplican la ley del Talión, al que roba le cortan las manos, al que mata lo matan. Nuestro código penal no contempla la pena de muerte, porque se basa en la posibilidad de cambio. Nos encierran con otros monstruos, de la peor condición posible, y esperan que salgamos metamorfoseados en simpáticos e inofensivos angelitos. Pero, al menos nos reconocen el derecho al cambio.

-La educación también se basa en esta premisa y también es un derecho. Son dos derechos que no les dieron a los pobres indios, a quienes les afanaron las tierras. Acordate, pibe, la posibilidad de cambiar es una característica humana y un derecho.

-Y una opción -agregué, siguiéndole la corriente-, porque también se puede elegir no cambiar.

-Por favor, elegí darme un mate como Dios manda.

-Acuérdese que nosotros somos ateos, Profe, no invoque su nombre en vano.

-Dejate de boludeces, cambiale la yerba al lavado y calentá el agua o te tiro con esto por la cabeza -manoteó uno de los libros más gordos que había en la biblioteca. Alcancé a leerle el título: "*Ulises*".

-No, Profe, ese no. Que tiene pinta de ser muy pesado.

-Es una novela genial, Pibe. Algún día te hablaré de ella.

Pero nunca tuvo tiempo para hablarme sobre esa famosa obra de James Joyce.

CAPÍTULO XIX

EL BUITRE PACIENTE

Cuando en el hospital le conté al Profe Escalante aquello que el Perro Márquez me había relatado sobre la reunión cumbre, cuyas consecuencias aún estábamos padeciendo, sobre todo el páncreas de mi buen amigo, éste me advirtió:

-Ojo con ese bromista.

-¿Cuál?

-El oficial García, el que hace chistes malos en el despacho del mismísimo alcaide mayor.

-Ese es un gil que ni corta ni pincha.

-No lo subestimés nunca, es muy inteligente.

-¿Por qué lo dice, Profe?

-Porque tiene sentido del humor. Las personas sabias acostumbran reírse de todas las boludeces y los problemas que a nosotros nos preocupan.

-No se ríen porque son sabios, sino por indolentes, superficiales o irresponsables -porfié a propósito, para darle cuerda a la charla. Era nuestro pasatiempo, conversar sobre cualquier tema y discutir amigablemente. Y si uno dice que sí a todo lo que el otro propone, se acabó el diálogo, el juego dialéctico. Estas conversaciones con mi amigo son la única herencia que de él conservo.

-Te equivocás, Pibe -terminó Escalante-. No se preocupan, porque ya le han encontrado la solución al problema. Mientras todos se comen las uñas, por los nervios y la incertidumbre, ellos ya dieron con la tecla correcta y se ríen de la estupidez ajena.

Y con el correr de los días, los acontecimientos le dieron la razón, otra vez, a Escalante.

Me topé con García una tarde en la costanera. Hizo como que no me había visto. Lo tomé como algo natural, es una regla tácita, los guarda cárceles y los ex convictos no suelen intercambiar saludos por la calle, pues, como esas parejas de divorciados mal avenidos, poseen malos recuerdos en común y, lo mejor, es no revivirlos.

La segunda vez fue al siguiente día, en el centro: mientras yo contemplaba una vidriera, noté su reflejo, mirándome desde la vereda de enfrente. Cuando giré para hacerle notar que lo había visto, se hizo el desentendido. García era como un buitres paciente, aguardando la ocasión propicia para tomar la

iniciativa y echarse sobre la víctima. Yo no le daría el gusto, yo tomaría las riendas. En nuestro tercer encuentro “fortuito” olvidé la diplomacia, me crucé de calle, lo enfrenté y le dije:

-¿Hasta cuándo me va a seguir?

-Tenemos que hablar.

-Estamos hablando.

-No te hagás el boludo, Pibe. Tenemos que hablar en serio -comprendí que no tenía sentido seguir prolongando el asunto. Ya lo había visto venir desde mucho tiempo atrás, cuando el Rulo Peña me reveló que García le había ordenado vigilarme. Yo sabía que ese tipo tenía sus buenas razones para sospechar algo. ¿Pero cuáles eran? Yo también sentía curiosidad. El Profe, cuando mató a sus dos enemigos, dejó inadvertidamente en la escena del crimen, las huellas que lo terminarían condenando, las deposiciones de su perra blanca con nombre del romancero. ¿Qué pistas había dejado yo? ¿Qué error había cometido?

-¿Cuándo y dónde?

-En el parque Unzué, por supuesto -contestó García-. Mañana a la noche, digamos, ¿nueve y media?

-El parque Unzué es grande.

-Ja, ja, qué gracioso. Donde vos ya sabés. Donde está enterrado el perrito del secretario González. Tobías, se llamaba, ¿no?

-Sí, el buen Toby -contesté-. Llegamos a ser grandes amigos. Era un gran conversador y eso es mucho decir para un perro muerto.

-Me imagino -contestó de mala gana, no estaba de humor para chistes y menos si éstos eran chistes algo barrocos-. ¿Entonces, quedamos en encontrarnos mañana en el parque, a las nueve y media?

-Está bien -contesté, y no pude dejar de sentir cierta angustia. Al parecer, el oficial García la tenía bastante clara.

Yo no sólo estaba intrigado por la cuestión detectivesca de los cabos sueltos, también me interesaba saber quién más, aparte de él, estaba al tanto del asunto Peralta.

Mientras volvía a casa de mi abuela, yo iba repasando mentalmente lo ocurrido ese sábado once de abril, cuando todos los caminos del odio convergieron en un punto de confusión y demencia tan absolutas e impredecibles.

CAPÍTULO XX

DE LO QUE PASÓ ESE SÁBADO ONCE DE ABRIL

Recién ahora, eventuales lectores, sabrán lo que en realidad ocurrió ese once de abril, luego de abandonar el penal conduciendo el Mercedes Benz 170 d, del secretario municipal de cultura.

Yo había obtenido, previamente y a un alto costo, la información de que el abogado Peralta se quedaba solo todos los sábados a la tarde, pues sus empleados administrativos y la secretaria se retiraban al mediodía. También recibí la información sobre el Ingeniero González: que llevaba su auto al lavadero del penal todos los sábados a la mañana y pedía que se lo regresaran a su casa, después del mediodía. También me dijeron lo de la propina que daba al chofer y de las dos cuadras que existían entre la casa del secretario de cultura y el estudio jurídico del abogado Peralta.

Lo del perro muerto y la guita no entraba en mis planes, fueron puras casualidades que nadie en este enloquecido planeta podría haber previsto, y es en esos puntos donde el Profe me sobrestimó, pues yo planifiqué la visita al

estudio jurídico de mi odiado abogado defensor, el doctor Peralta, pero no lo demás. Lo otro fue pura casualidad y obra de la diosa Fortuna que, como todos sabemos, es quien en realidad maneja los complejos hilos del mundo.

La idea original era usar el auto para llegar a lo de Peralta, cagarlo a palos, instarlo a retomar mi caso o, en caso negativo, obligarlo a devolverme la plata de la Cacatúa. Pero cuando pasé por la oficina, había tres o cuatro personas conversando en la entrada. Por las señas que me habían dado, la rubia de anteojos debía ser la secretaria, de las otras no tenía idea. Por el momento era impensable darle un escarmiento a mi abogado defensor. Había muchos testigos. Pero el finado Tobías, el mejor amigo del hombre hasta en el más allá, me solucionaría el problema.

Cuando llegué a la casa del secretario González, me atendió su acongojada esposa -una cincuentona bien conservada y elegante-, en la mañana de ese día se le había muerto Tobías, el perro que había convivido con ellos durante quince años.

-Era previsible, pues se trataba de un animal viejo -intentaba explicar la buena mujer, conteniendo sus lágrimas-, pero uno siempre tiene esperanzas de una mejoría. Disculpe, joven, es un dolor tan grande.

Apenas podía contener las lágrimas. No me importaba en absoluto su dolor. Preocuparse por un perro que ya estaba muerto me parecía una boludez, pero advertí una oportunidad para sacar ventajas de la situación: un vehículo para desplazarme, otra oportunidad para visitar a mi amigo Peralta, más tiempo a mi

disposición, una buena coartada. Este asunto de Tobías me venía como un regalo del cielo.

-¿Puedo ayudarla en algo, señora? ¿Ya pensó qué hará con el cuerpo del animal, digo de Tobías?

-Enterrarlo, por supuesto. Pensaba hacerlo en el jardín.

-¿Usted misma, aquí, en su casa? ¿No quiere que lo lleve al parque Unzué y lo entierre bajo un árbol?

-¿En serio me lo dice? ¿Sería usted capaz de hacerme ese enorme favor? A Tobías le encantaba el parque, cada vez que íbamos con mi marido y lo llevábamos, se ponía loco de contento. Creo que allí estará más a gusto que en este jardín tan chico.

¿Pueden creer ustedes semejante taradez? El perro era cadáver, ¿Qué carajo le importaba a él si estaba enterrado aquí o allá? ¿En un lugar estrecho o amplio, abierto o cerrado? Esa mujer, podrida en plata, estaba loca de remate. Y yo le seguí la corriente.

-Tendrá que darme herramientas, prestarme el auto, pues no puedo ir hasta allá caminando, con Tobías a cuesta.

-Lo que usted diga, joven, pase y sírvase lo que necesite.

-Puse el cadáver del animal, duro como una tabla, dentro de una bolsa de residuos limpia, luego tomé una pala de punta, una pala ancha, un pico y puse todo en el amplio baúl del auto del secretario. Antes de cerrar la tapa, vi el tubo de metal oxidado, con una ranura y una agarradera metálica. Lo noté

contundente. Ignoraba aún que con ese objeto mataría a mi segunda víctima, el doctor Oscar Peralta.

-No se preocupe, señora -intenté tranquilizarla-, le buscaré a Tobías un lindo lugar frente al río.

-¡Ay, sí, joven, con lo que a él le gustaba nadar cuando era cachorro! -dijo largándose a llorar-. ¿Pueden creer que exista gente así, tan estúpida? Les juro que todo ocurrió tal cual se los cuento. No estoy inventando nada.

Estacioné el auto a media cuadra del estudio jurídico de Peralta. Era un edificio lujoso y moderno -¡También, con todo lo que se afanaba, ese forro!-. Estaba ubicado a quince metros de la esquina. Era la hora de la siesta y no andaba un alma en las calles. Toqué el timbre del portero eléctrico.

-¿Quién es? -se oyó la voz de Peralta.

-Soy yo, doctor.

-¿... Ferreyra?

-Sí, doctor -contesté, ignorando quién diablos era ese Ferreyra, seguramente alguien que tenía una cita con Peralta y éste lo estaba esperando.

-Llegó muy tempr... -quiso decir, pero yo no le di tiempo, le pegué una patada tan fuerte a la puerta entreabierta que ésta le golpeó la cara y lo aturdió. Me metí en la oficina y cerré la puerta detrás de mí. Llevaba en la mano el tubo de acero del secretario municipal.

-¿Así que a vos te gusta quedarte con la guita ajena, hijo de puta? –dije refiriéndome a la plata que la Cacatúa le había entregado en concepto de honorarios por mi defensa. Por las dudas, si no me había entendido, le pegué un fierrazo en la oreja- ¿Dónde está la guita, chorro de mierda?

-Arriba, arriba. Por favor, Ferreyra, no me pegue más. Dígale al diputado que yo se la iba a devolver lo antes posible...

Cada vez yo entendía menos. El tipo me estaba confundiendo con otro, ni siquiera me había reconocido. ¿Y ese era mi defensor? ¿Tanto me había cambiado la vida en la tumba? Recordé entonces que Peralta había tratado más con la Cacatúa que conmigo y que, en los primeros días en la cárcel, cuando ocurrieron las pocas entrevistas que hubo entre nosotros, yo tenía la cara desfigurada por la paliza del Perro Márquez y sus amigos.

-Vamos arriba -le ordené. Él subió tambaleándose. Entramos a su despacho-. ¿Dónde está la guita?

-Ahí adentro –contestó señalando la caja fuerte.

-Abrila, ¿qué estás esperando, un telegrama? Y no te hagás el vivo.

Pero hay gente que no acepta recomendaciones, cuando Peralta abrió, manoteó un objeto del interior y se arrojó hacia atrás. Yo vi el arma y le tiré con lo único que tenía a mano, la barra de metal oxidado. Le reventé un ojo y parte de la sien. Eso no era nada, lo que lo dejó fuera de combate fue el terrible golpe en la nuca que se dio cuando pegó contra el borde del escritorio. No alcanzó a disparar. Por las dudas lo golpee de nuevo, con más rigor, en la cabeza. Era innecesario. La sangre fue cubriendo todo el despacho.

La caja de caudales ya estaba abierta, cuando miré adentro, por poco me caí de espalda. Yo había ido a reclamar los mil dólares de la Cacatúa y allí había un montón de plata, de todos los colores.

No había tiempo que perder. Vacié las papeleras, saqué las bolsas de consorcio negras que se usan para guardar la basura. Allí metí toda la plata y también puse el hermoso Smith & Wesson, calibre 38 corto que intentó usar Peralta en mi contra. Recordé al Perro Márquez y sus amigos, puse el cadáver del abogado sobre el escritorio, boca abajo, le bajé los pantalones y le metí la barra metálica por el culo. También recordé al Profe Escalante. Yo no iba a correr los mismos riesgos que corrió él en el galpón del campo, ¡así le había ido! Acumulé todo el papel que pude y encendí el fuego. Peralta fumaba -un mal hábito, si los hay, muy perjudicial para la salud- y había dejado el encendedor a mano. Otro mal hábito de mi ex abogado defensor era rodearse de material inflamable: alfombras, expedientes, cortinas, libros legales, ficheros y carísimos muebles de madera.

Cuando puse las dos bolsas de plástico en el auto del secretario de cultura, ya se podía oler el costoso mobiliario del doctor Oscar Peralta, haciéndose humo en el claro aire de otoño.

Entonces nos fuimos con el fiel Tobías al parque Unzué. Durante el viaje yo estaba tan aturdido y tembloroso por todo lo ocurrido minutos antes, que comencé a hablarle al cadáver del perro para descargar tensiones y aclarar mis ideas. Las dos o tres personas que me vieron monologando, a bordo del lujoso Mercedes Benz del secretario de cultura, habrán pensado que yo me había

vuelto loco. Lo que nunca habrían imaginado esas personas, era que también me había vuelto rico.

-Paren el mundo que me quiero bajar –le decía al difunto Tobías-. Salgo por primera vez del presidio, me dan un perro muerto para que lo entierre, voy a reclamar mil dólares y me hago millonario, me confunden con otro tipo, me quieren pegar un tiro, termino matando a un tipo y provocando un incendio. Además soy un tarado porque estoy hablando con vos, que estás con rigor mortis y ya empezás a largar un olorcito bastante apestoso, ¿qué opinás, Toby?

Tan solo faltaba que el perro opinara algo al respecto, para que ese enloquecido once de abril se terminara desquiciando del todo.

Primero enterré las bolsas con el dinero, y oculte el escondite con los panes de pasto que antes había apartado con la pala ancha. De todos los paseantes y gimnastas que andaban esa tarde por el parque Unzué, uno solo se aproximó para curiosar. Comentó algo sobre el Mercedes del ingeniero González, yo no le contesté nada, entonces vio la pala en mi mano y el cuerpo de Tobías, insepulto, al costado del pozo que yo estaba cavando. Comprendió que debía dejarme solo y se fue. Nadie más me molestó.

Por gratitud hacia ese perro tan útil, perdí un tiempo precioso y lo enterré donde le había prometido a su dueña: frente al río y debajo de un árbol -nunca intenten cavar allí, las raíces me complicaron tremendamente la maniobra-, también deposité en su tumba los juguetes y enseres caninos que me había dado su ama para la vida de Tobías en el más allá.

Todo esto es lo que le conté al Profe Escalante en el hospital, el día que murió. Y él me preguntó algo que yo no había tenido en cuenta.

-¿En un edificio tan lujoso y moderno, no tenían sistema de seguridad, videocámaras, un botón antipánico, tan fácil fue?

-A Peralta no le di tiempo para nada, ni siquiera para activar alguna alarma. En cuanto a las cámaras, seguramente las había, pero supongo que el sistema habrá quedado inutilizado por el fuego.

-Debió ser así, de lo contrario los milicos se te hubieran echado encima de inmediato -dijo el profe y luego preguntó algo fundamental-. ¿Es verdad que había trescientos mil dólares en la caja fuerte de Peralta?

-No lo pude contar, no hubo tiempo, Profe, pero calculo que había más de medio millón de dólares. Eran más de cincuenta fajos de cien billetes de cien dólares, luego había bastante plata argentina y de otros países.

-¡Claro, la gente ya no confía en los bancos! Peralta tenía guita de él y es probable que de otros amigos suyos.

Y era verdad, estábamos en el 2002, época de corralito y descalabro económico. La gente había sido defraudada y robada por el sistema financiero del país. Los economistas proponían confianza y optimismo a la gente, mientras depositaban sus ahorros en el exterior. Había devaluación del peso, los sueldos se pagaban con pseudomonedas, quienes tenían dólares los cuidaban como si fuesen un tesoro. Nadie confiaba en los bancos, porque éstos se habían quedado con la plata de sus clientes. Quien tenía caja fuerte,

prefería dejar su dinero allí y no en el pico de otros eventuales pajarracos tan rapaces como los banqueros.

Luego me dijo lo que ustedes ya leyeron antes:

-Sos peor que yo. A tu lado, pibe, parezco un bebé de pecho.

Y era verdad, en esa cama del viejo y frío hospital, él parecía un niño desvalido. Yo jamás le pedí perdón por el daño que le había causado, tampoco él me lo reprochó. La amistad siempre está bajo amenaza de traición, dentro y fuera de la cárcel. Yo creo que él conocía los riesgos y, de todos modos, murió siendo mi amigo. Traicionarlo fue mi culpa, es verdad; pero permanecer a mi lado, fue su elección.

CAPÍTULO XXI

A LA NOCHE, EN EL PARQUE

*“Porque cualquier tonto podía ver que no era
hacer justicia lo que ellos perseguían;
eran los... dólares.”*

Davis Grubb, “La noche del cazador”.

Era una noche sin luna, ideal para la trampa amorosa y la proliferación de ratas. El parque Unzué estaba lleno de los dos especímenes. Pero nosotros, García y yo, no teníamos nada que ver con Venus, sus acólitos y sus prácticas eróticas.

El oficial penitenciario me encontró al pie del árbol donde yo había enterrado al viejo Tobías. Saludó, bajó del auto, fue hasta el baúl y sacó tres objetos. Imaginé que uno sería un arma, pero no. Me mostró una barra metálica que me resultaba inquietantemente familiar.

-¿Sabés qué es esto, Pibe?

-Ni la más pálida idea.

-Es el arma con que golpearon y asesinaron al doctor Peralta.

-¡Linda joyita ese doctor! Tenía la costumbre de quedarse con dinero ajeno. Me dijeron que también andaba en el lavado de guita mal habida y estaba involucrado con gente muy grossa, ¿no?

-Lo mataste vos.

-Esa es una acusación muy grave, García -me hice el indignado-. ¿Si está tan seguro porque no avisó a la policía?

-Eso no me interesa, por ahora.

-O sea, a usted no le interesa la justicia, sino la plata perdida.

-Veo que nos vamos entendiendo. Repito la pregunta, ¿sabés qué es esto? -y para que pudiera ver lo que me mostraba, García iluminó con una linterna el objeto en cuestión. Yo lo conocía muy bien, ese tubo metálico con un mango y una ranura, me había salvado la vida. Yo le estaba agradecido, pero no lo quería ver en manos de García, esa noche, ni mucho menos en el contexto de nuestra amable charla.

-¿Qué eso? Una barra metálica... -respondí-, con la que mataron al buen doctor Peralta.

-Mataste a Peralta. Lo sé, Pibe, porque no es un pedazo de fierro común y corriente. Es la carcasa de un cricquet Bilstein Vigot, Mercedes Benz 170, era del auto del secretario González. Es un gato tipo columna muy raro, una pieza original que a él ya no le servía más y que cambió por otro más moderno. Está desarmado, le falta la manivela y el elevador. Su esposa dijo que el marido había intentado repararlo sin éxito y que lo estaba por tirar a la basura. También me dijo que vos te lo habías llevado junto con las herramientas para enterrar al perro. Fue lo único que no devolviste. Vos y yo sabemos por qué, ¿no?

Ahí me di cuenta: lo que yo suponía un simple tubo metálico, era un accesorio del Mercedes. El mango, era en realidad la base del gato; la ranura, era para el elevador y el orificio, era para la manivela. El incendio no pudo destruir el metal. A pesar de mis recaudos, yo estaba en la lona. ¿O no? No había un juez que dictaminara en mi contra, yo no estaba acusado. El oficial penitenciario García era quien me estaba juzgando, y García era un don nadie. García no tenía nada. El cricket era solamente una evidencia circunstancial. En el peor de los casos, yo podría haber argumentado que, en verdad, había extraído ese cricket de la casa de González, pero enseguida me había dado cuenta de que no me servía para nada y lo había arrojado a la calle. Cualquier transeúnte, otra persona, Mario Ferreyra o Juan Pérez, por ejemplo, pudo recogerlo de allí y luego matar con él a Peralta.

Todo esto pensaba yo pero, de todos modos, le seguí la corriente a García para ver adónde quería llevarme. El guardia cárcel habló de nuevo:

-No fue devuelto porque quedó en la escena del crimen, ¿no?

-Ni idea, jefe, para mí estas son cosas de mandinga, ¿vio?

-Pibe, ¿me podés explicar cómo el “fierro” que te llevaste de la casa del secretario y nunca devolviste, apareció en el orto de Peralta?

Me encogí de hombros, al reverendísimo botón, porque no se veía nada y él no pudo notarlo. Yo también tenía mis dudas, sobre todo una, que me comía el cerebro desde la noche de los golpes:

-Hay algo que nunca entendí, García, ¿de dónde cuernos salió el nombre de Mario Ferreyra? ¿Quién era ese tipo?

-Era el hombre de confianza de un diputado muy conocido, tenía cita con Peralta justo para cuando vos llegaste. Eso nos informó su secretaria, que le llevaba la agenda de clientes. Al parecer, Peralta se había quedado con “un vuelto” y el diputado se lo estaba reclamando, por eso había mandado a su “empleado cobrador”, para que retire el dinero. Pero esa tarde vos estabas de suerte y le ganaste de mano, ¿no, pibe?

-¿Y qué pasó con el dueño de la plata, el diputado “muy conocido”?

-Lo ascendieron a ministro de economía de la nación, en pago por sus buenos servicios. Ese dinero, el que vos te guardaste, era un vuelto para él. Ya ni se debe acordar de Peralta ni de los dólares perdidos. ¿No lees los diarios vos?

Yo iba a contestar que el diariero no solía pasar por el penal, cuando escuché a mi espalda el típico sonido metálico: la corredera de una pistola ¿nueve milímetros?, cargando un proyectil en la recámara. No pude evitar el escalofrío en la nuca. Algo cayó de plano a mis pies, me asusté. García iluminó con su linterna, era una pala de punta, para cavar. Escuché una voz conocida.

-Te dije, García, que con esta basura no se puede razonar. Ya perdimos mucho tiempo con este imbécil y tu método para sacarle información, es más imbécil todavía. Me estaba quedando dormido con tanta palabrería inútil. Ya tuviste tu oportunidad, ahora lo haremos a mi manera.

-¿Puedo opinar? -dije.

-Vos callate, pelotudo -me ordenó el subprefecto, pues era él quien había hablado y me había arrojado la pala-, callate y cavá, en el mismo sitio donde enterraste el perro del secretario González.

-¿Vamos a interrumpir el sueño eterno de Toby? -pregunté.

-¡Qué tierno! -dijo García golpeándome con el cricquet Bilstein Vigot o cómo diablos se llame esa dolorosa porquería.

Me puse a cavar al pie del árbol. A las pocas paladas encontré no sólo los huesitos de Tobías, también hallé el collar y sus juguetes. Su dueña, a la usanza de los antiguos egipcios, quería que su mascota llegara preparado al Paraíso de los perros y tuviera con qué jugar y en qué comer, pues en la bolsa había colocado el plato con su nombre pintado de blanco. Todo eso fui extrayendo de la tumba.

-Eso es todo. No hay nada más. ¿Quieren comprobarlo ustedes mismos? Les cedo la herramienta -les dije ofreciéndoles la pala.

-Este puto de mierda nos está agarrando para la joda.

-Mátelo, jefe, de una vez por todas.

-No, García. Si este mamarracho se muere, olvidáte de la guita. Ese día no tuvo mucho tiempo, debe estar escondida por aquí nomás. Ilumínelo con la linterna, García, le voy a encajar un tiro en la rodilla.

Un tiro en la rodilla no es muy saludable. No es mortal, claro está, pero les va a doler siempre y los dejará inválidos durante toda la vida. Cuando García me alumbró y el subprefecto me apuntaba para asegurar el tiro, se me ocurrió

negociar. Ninguno de ustedes, probables lectores, puede decir que fui un cobarde, aguanté bastante bien la presión. Me gustaría verlos a ustedes en semejante aprieto.

-Ya, ya. Está bien, muchachos, me convencieron -dije agitando las manos-. Con las rodillas perforadas nadie puede cavar un pozo y, de todos modos, hay bastante guita para los tres.

Yo sabía que, cuando ellos tuvieran el dinero, yo sería boleta. Jamás repartirían el botín conmigo, un mísero ex convicto y asesino múltiple. Yo estaba ganando tiempo y, además tenía un plan, algo loco y muy arriesgado, pero plan al fin.

-Así me gusta, que nos pongamos razonables y que cooperemos -dijo el subprefecto, pateando la pala otra vez en mi dirección-, y esta vez cavá donde está la plata.

Mientras cumplía la orden, me encomendaba por tercera vez al ángel guardián de la Cacatúa. Le pedía que esos dos imbéciles me dieran tiempo para sacar las bolsas y que “todo” el contenido estuviera en buenas condiciones. Por las dudas yo había reforzado la protección de los billetes con la bolsa donde había transportado a Toby, yo confiaba pues que la humedad de esos terrenos bajos, fácilmente anegables durante las riadas, no causaría estropicios en mi apreciado tesoro.

-Nunca les di las gracias, muchachos -dije mientras cavaba, aunque sabía que ellos no se iban a dejar distraer tan fácilmente-. Gracias por el informe sobre mi buena conducta. Fueron ustedes los que falsificaron ese informe,

¿no? Me necesitaban afuera lo antes posible. Estaban apurados para que los guiara hacia los dólares. No podían permitir que la muerte de Márquez les viniera a complicar demasiado las cosas. ¿También adornaron al juez de ejecución? ¿Cuánto les costó?

-Sos un escéptico, Pibe -dijo García-, no confiás en la bondad y el desinterés de las personas.

-Basta de estupideces. A ver, vos -dijo el subprefecto sin dejar de apuntarme-, ponele más ganas a la pala, que me estoy cansando.

-¡Mire qué joda -protesté-, yo laburo y usted se cansa!

Llegué a la bolsa grande -ese era el momento justo para liquidarme y no lo hicieron, supongo que fue la angurria, porque deseaban asegurarse de que no fuera alguna otra jugarreta mía-, desaté los nudos, abrí y saqué una de las dos bolsas chicas, la puse a un costado, luego abrí la otra, palpé el contenido y hallé lo que buscaba. Con la mano izquierda arrojé el bulto a los pies del oficial y le dije:

-¡Qué macana, están todos los billetes mojados! Fíjese, García.

-¡No! -gritó el subprefecto.

Pero ya era tarde. Cuando García dejó de iluminarme un segundo con la linterna, para ver el interior de la bolsa, yo ya había rodado hacia un costado con el treinta y ocho del doctor Peralta en mi poder.

-Tírele, tírele -gritó García-, creo que tiene un arma.

Apunté hacia la voz del subprefecto, que había puteado a su subalterno, y apreté el gatillo. Sonó un disparo y un quejido. Luego apunté hacia la linterna y tiré. Hubo otro gemido y la linterna cayó al suelo. No es que yo tuviera buena puntería, mi experiencia con armas de fuego era pura teoría y nada de práctica, lo que ocurrió es que los tres estábamos bastante cerca.

Yo no quería dejar cabos sueltos y no me quedaba tiempo, en verano, la policía suele habilitar un destacamento en la cabecera del puente Méndez Casariego, muy cerca del parque Unzué. Si ese puesto aún seguía operativo en pleno otoño y los canas escucharon los disparos, estarían allí en diez minutos o menos.

Sabía que García estaba mal herido y supuse que no estaba armado. El otro representaba un mayor peligro. Me moví hacia donde suponía estaba él, hice ruido al pisar unas ramas secas y sonó otro tiro. El subprefecto no estaba fuera de combate, me estaba apuntando al voleo. Él tenía como ventaja la capacidad de tiro, su pistola cargaba doce balas y mi revólver solamente seis y ya había usado dos.

Yo necesitaba imperiosamente la luz, me arrojé hacia el otro lado, donde estaba la linterna de García, era arriesgado porque me ponía en la línea de fuego de mi enemigo, sin embargo lo hice, rodé hacia ella, sonó otro disparo y otro más, que tampoco me dieron. Alcancé a tomar la linterna y me escudé detrás de un árbol.

Desde mi refugio iluminé al subprefecto. Lo vi, estaba echado de panza sobre el pasto. Le tiré los cuatro tiros que me quedaban en el tambor del

Smith & Wesson. Corrí hacia él, estaba liquidadísimo. Le quité la Browning nueve milímetros reglamentaria y con ella rematé a García, a pesar de sus súplicas.

-¡No lo hagás, pibe, tengo familia!

-Está bien –respondí.

El tiro hizo un agujero en la frente del pobre García. Lo vi gracias a la luz que proyectaba su propia linterna y que yo sostenía con la izquierda, para no pifiar el disparo.

Me dio algo de pena el tipo, García digo, pero él solito se la buscó por ambicioso. Era inteligente -Escalante, como siempre, había tenido razón-, todas sus conclusiones fueron correctas, pero su gran error fue perderme de vista por apenas un segundo o menos. Lo mató la codicia, no yo. Le quité las llaves del auto y puse el Smith & Wesson en su mano, me dolió separarme de ese revólver tan eficiente. Luego devolví la Browning a su propietario muerto. Deseaba crear la escena de un enfrentamiento entre ellos. Algo poco creíble, porque había huellas de un tercero en discordia, o sea yo, por todas partes. Pero eso crearía la suficiente confusión para demorar la investigación sobre lo ocurrido esa noche.

Mientras tanto, yo necesitaba borrararme, quedar limpio, lo antes posible, de ese gran bolonqui. Cargué el dinero y la pala en el auto de García, arranqué y salí del parque lo más rápido que pude. A lo lejos se oían las sirenas de los patrulleros. Me di cuenta de que manejaba con las luces altas encendidas, porque la oscuridad en el parque era espesa, las apagué y puse las bajas. No

deseaba llamar la atención, también aminoré la velocidad a treinta, pues había acelerado a más de sesenta por hora. Me crucé con el patrullero de los policías en la costanera, iban a toda sirena y con las balizas activadas hacia la zona donde se habían escuchado las detonaciones de los disparos.

A pesar de mis temores, los policías ni se fijaron en mí.

CAPÍTULO XXII

PLAN DE ACCIÓN

Por suerte mi abuela estaba en casa de una de las chicas, yo no tenía gana de inventar explicaciones ni deseaba involucrarla en mis turbios negocios. Eso ya le había costado la vida al Profe y no quería poner en riesgo, otra vez, a la Cacatúa. Me duché, me puse ropa limpia, luego hice un paquete con toda la ropa sucia y las zapatillas que había usado esa noche. Volví al auto de García y me fui hacia la Calle de las Tropas, que en esa época era un páramo deshabitado. Allí, cerca de un mojón de piedra, enterré el dinero bien protegido con bolsas de polietileno. Luego, me alejé dos kilómetros, tomé mis ropas, manchadas con la sangre de García y el subprefecto, las metí dentro del auto, las impregné con nafta, les arrime fuego, esperé que todo ardiera. Luego me alejé sin apuro. A las dos cuadras escuché la explosión del tanque de combustible. Giré para mirar, las llamas eran altísimas.

A pesar de que la Cacatúa me había dado dinero, yo necesitaba una mayor autonomía para moverme y actuar, así fue que, antes de enterrar las bolsas, me había quedado con algún dinero en efectivo, no los dólares, sino los billetes de circulación corriente. Todavía conservaban su valor nominal, ¡milagros de la estabilidad financiera!

Llegué caminando a casa de mi abuela, ella todavía no había vuelto. Mejor. Hasta ese momento yo había actuado por impulsos, sin lógica. Así ocurrió lo de Vasco Iriarte, lo de Márquez y ni hablar de los otros tres. Ahora se imponía el

razonamiento, la planificación. No quería terminar preso otra vez. Necesitaba pensar en los próximos pasos que debía dar.

Primero: había que tranquilizarse y esperar las conclusiones policiales sobre el tiroteo en el parque Unzué y si había quedado, en la escena del crimen, alguna pista que los condujera hacia mí.

Segundo: ni siquiera la abuela debería sospechar de mi intervención en los hechos. Yo debería ser muy cauto para no dañarla.

Tercero: debería hacer una vida "normal", al aire libre y no quedarme encerrado, como si estuviera ocultándome. Tampoco podía irme, pues si yo desaparecía de Gualeguaychú, despertaría sospechas. Sería idéntico a confesarme culpable.

Cuarto: había que conseguir todos los diarios, hasta los de Buenos Aires, cuanta más información dispusiera a mi favor, mejor.

Quinto: una vez que todo se calmase, si es que se calmaba, podría volver a pensar en mi madre.

Cuando pensaba en el sexto ítem de mi listado, llegó mi abuela. Estaba excitada por los comentarios sobre el tiroteo en el parque Unzué, y resolvió parte del punto cuarto, encendiendo la radio. Estaban todos los periodistas alborotados, barajando teorías ridículas que hablaban de conspiraciones, de mafias, de negociados e irregularidades en el servicio penitenciario provincial, el cual había perdido a dos valiosos efectivos esa misma noche.

Mientras escuchaba la radio y le servía un café batido a mi abuela, yo reflexionaba sobre una estúpida e hipócrita convención moral hollywoodense: “*el crimen no paga*”. En los Estados Unidos de esa época no quedaba bien que, en el cine, los gánsters y asesinos se salieran con la suya y obtuvieran su *final feliz*. Eso sería un mal ejemplo para la sociedad, un mensaje inadecuado. Por lo tanto, era obligatorio que los rufianes filmicos nunca vieran sus esfuerzos “*coronados por el éxito*”. Fíjense, si no me creen: muchos finales de esas películas parecen calcados. Los villanos reciben su merecido castigo y la justicia triunfa. Ergo: la ley, la decencia, las buenas costumbres deben prevalecer. Por ejemplo -y volviendo a la ya citada “*La noche del cazador*”, (1955)-, la escena final muestra que el botín del ahorcado Ben Harper, vuela llevado por el viento, desperdiciado, ya no lo utilizarán sus hijitos huérfanos ni será usado para cumplir los sueños de nadie. Ese dinero, que se lleva el viento, es dinero robado, mal obtenido, no sirve, es impuro, está sucio. Nunca puede conseguir la felicidad de nadie.

El crimen no paga, nos dice la moralina norteamericana de los años cincuenta. Pero estamos en la Argentina del siglo veintiuno y esa premisa es una monumental ridiculez. En nuestro país vemos a diario la opulencia con que viven algunos políticos, gremialistas, economistas, periodistas, médicos, jueces y casi todos los agentes de los estamentos gubernamentales, desde la más alta a la más baja categoría. La riqueza y la solidez económica, muchas veces, es el premio a la inmoralidad, a la mentira, al fraude, al acomodo, a los contubernios financieros, a la ilegalidad, a la obsecuencia, a la demagogia. La única ideología que impera es la del vil metal.

Queridos y eventuales lectores, despierten: el crimen sí paga. ¿No me creen? ¡Miren a su alrededor! Como diría el finado oficial García: “¿*Acaso no leen los diarios, ustedes?*”

Por lo antes dicho, el último objetivo de mi reciente plan de acción era quedarme con *mi* preciado tesoro, sí *mío*. Pues ni siquiera había sido del abogado Peralta, sino de unos desconocidos tan inmorales como yo. La finalidad de todas mis acciones futuras consistiría en quedarme con *mi* dinero. Aunque para ello tuviera que liquidar una y otra vez a la remismísima Cacatúa, si ello fuera imperiosamente necesario.

-¿En qué estás pensando, mi cielo?

-Que estás muy linda esta noche, abuela.

-No me jodas, en serio, ¿en qué pensabas?

-Que, cuando pueda, me voy a dedicar a la política.

-¡Ay, qué lindo! -me dijo mi pobre abuela mientras echaba un generoso chorro de coñac a nuestros cafés.

-Abuela, ¿no tenés alguna pelirroja, más o menos de mi edad, para presentarme?

-¡Mirá las pretensiones del muchacho! Ja, ja. Mirá, si no consigo una pelirroja natural, agarro a cualquier negrita que ande por ahí, y te la pinto de colorada de los pies a la cabeza.

CAPÍTULO XXIII

TENACIDAD POLICIAL

Era lógico que los policías vinieran a visitarme. No existen muchos asesinos en Gualeguaychú, y cada vez que matan a alguien, somos sospechosos de cada crimen. Además mi salida de prisión coincidía cronológicamente con “los crímenes del parque Unzué” -como llamaba la jerga periodística al caso.

Mi abuela se asustó mucho cuando vio a los milicos en la puerta de su casa, pero yo la tranquilicé, le dije que no teníamos nada que ocultar y permití que los milicos entraran y buscaran lo que quisieran sin orden de allanamiento. La Cacatúa los siguió por todas partes para que no causaran desorden durante la pesquisa.

Mientras uno obtenía las impresiones de todo mi calzado existente en la casa, otro buscaba un arma, la pala o lo que fuere de importancia. Un tercer policía, el oficial a cargo, me interrogaba para sondear sobre el caso. Todo el acto carecía de valor legal -ellos y yo sabíamos que solamente servían las declaraciones hechas ante un juez-, pero andaban tan perdidos que cualquier pista podía ser de gran relevancia. Esos tipos estaban sembrando verde para cosechar maduro.

-¿Conocía a las víctimas? –preguntó el policía de mayor jerarquía mientras anotaba todo en su computadora portátil.

-Sí, por supuesto.

-¿Cómo se llevaban?

-Excelentemente bien. Nos reuníamos para comer asado casi todos los días y después jugábamos al truco. Por las noches salíamos con putas y nos emborrachábamos hasta dar lástima.

-No me agarrés para la joda, muchacho.

-Ellos eran agentes penitenciarios y yo un preso, ¿cómo quiere que nos llevemos? Pregunte bien y yo contestaré bien -yo no les tenía miedo y quería dejar eso en claro.

-¿Tenía motivos para matar a esos tipos o conoce a alguien que sí los pudo haber tenido?

-Todo preso, en algún momento, quiere matar a sus guardia cárceles, yo también, por supuesto.

El milico se quedó mirándome. Entonces me compadecí del pobre cana y le dije:

-No demos más vueltas, oficial, yo salí del penal mucho antes de cumplir mi condena. ¿Sabe por qué? Por buena conducta. Fíjese en el expediente quiénes son los que firman ese certificado. Son ellos, los dos oficiales que liquidaron la otra noche en el parque. ¿Le parece que yo pude matar a esos pobres tipos, que me hicieron una gauchada tan grande?

-¿Dónde estaba la noche del tiroteo?

-Acá, conmigo -saltó mi abuela-. Acá mismo, tomando café, charlando y escuchando las noticias de la radio. Así fue como nos enteramos de lo que había ocurrido esa noche. ¡Pobre gente, qué barbaridad! ¿No?

Mi abuela fue tan categórica que los canas se miraron entre ellos, algo contrariados, pues con lo dicho por la Cacatúa yo quedaba lejos de la escena del crimen. Dejaron de preguntar, reunieron sus cosas y se fueron con la satisfacción del deber cumplido. Antes de retirarse, el oficial me advirtió como si fuese una amenaza:

-Es probable que volvamos.

-Cuando usted quiera, oficial -contesté.

-Las puertas de esta casa siempre estarán abiertas para ustedes -agregó, algo excesivamente, la Cacatúa.

Cuando se marcharon en el patrullero y quedé solo con mi abuela, la miré y le dije fingiendo enojo:

-¡Qué feo, a tu edad y mintiendo de esa manera tan descarada!

-¿Qué mentira dije?

-No te hagás la inocente, la que le dijiste a los milicos.

-No fue mentira, realmente conversamos, escuchamos la radio y tomamos café con coñac.

-No toda la noche. Yo estuve acá, solito la mayor parte del tiempo, porque vos te habías ido de parranda con tus amiguitas.

-Fue una mentira a medias. No es tan grave. Si les decía que esa noche habías estado solo, te habrían molestado con más preguntas y citaciones. Y ahora no podemos permitirnos el lujo de que te molesten.

-¿Ahora?

-Sí, ahora que querés dedicarte a la política y conocer a una pelirroja.

Y así, con la ayuda inesperada de la Cacatúa, los policías no volvieron más y me dejaron tranquilo.

¿Ven?, el delito sí paga. Yo soy un claro ejemplo de ello.

Esperé casi dos meses hasta que se aquietaran las aguas de la novedad. Las noticias sobre el *“doble crimen del parque Unzué”*, se fueron desplazando lenta e inexorablemente desde la primera página de los diarios, a las interiores, según decaía la curiosidad del público y crecía la necesidad del gobierno de evitar ominosas denuncias que apuntaban, según la oposición, a revelar la turbia administración del sistema carcelario provincial, en donde habían revistado las dos víctimas.

El interés del público ahora se había desviado hacia las declaraciones del ministro de economía, quien descalificaba las *“infundadas acusaciones en su contra”* por un supuesto enriquecimiento ilícito; al *“escandaloso exhibicionismo”* de una bailarina, que había mostrado una teta durante un famoso programa televisivo; al precio del dólar paralelo y su relación con el

dólar oficial, el turista y el blue; a los amoríos entre un famoso futbolista en decadencia y una hermosísima botinera en auge; al descontento de los ruralistas porque el gobierno no los ayudaba y no ganaban lo suficiente...

O sea, la vida seguía su cauce normal, es decir, continuaba repitiéndose *ad infinitum* una y otra vez, hasta colmar el hartazgo de los lectores de diarios, que los cerraban asqueados y se metían en internet donde, para su decepción, volvían a encontrarse con las mismas malas noticias locales a las que se les sumaban otras peores novedades del resto del mundo.

CAPÍTULO XXIV

EL PODER DEL NOMBRE

Antes de contarles sobre mi madre, de cuando la encontré y lo que ocurrió con ella, les quiero hablar de otra película vieja que vimos con el Profe. ¿Por qué hablo de films y de libros en una historia de crímenes y tumberos? Fácil de responder, la gente cree que los delincuentes no pensamos y que todos somos unos brutos, eso no es verdad, a menudo ocurre al revés, delinquimos porque pensamos demasiado.

Ténganme paciencia porque esta será la última cita más o menos culta de este libro.

Cuando los otros presos veían que era una peli en blanco negro, se las tomaban y nos dejaban solos. Era lo mejor que nos podía pasar al Profe y a mí, pues sin los demás, podíamos expresar nuestras emociones sin culpa. La cinta en cuestión es *"Matar un ruiseñor"*, de Robert Mulligan, 1962. A Gregory Peck le dieron el Oscar al mejor actor por el papel del incorruptible abogado Atticus Finch -uno bueno, no como la roña de Peralta, que me había tocado a mí-, pero la que se come la atención del espectador es su hija, la pequeña Scout Finch, interpretada por la actriz infantil Mary Badham. En la película, Atticus defiende a Tom, un negro acusado de haber violado a una mujer blanca. Todo transcurre en el racista sur de los Estados Unidos, durante la gran depresión, 1932 para ser exacto. La vida de Atticus corre peligro, pues la gente del pueblo quiere evitar el engorroso juicio y desea linchar a Tom sin más

trámites. La masa enfurecida quiere asaltar la cárcel donde dejaron preso al pobre negro, el sheriff se ha ido, liberando la zona para los violentos. Pero Atticus está apostado en la puerta, haciendo guardia y no les permite entrar. Es un momento de gran tensión, el doctor Finch está solo ante una veintena de blanquitos enojados y armados. Pero Scout sale en ayuda de su padre. La niña, sin saberlo, hace algo genial: desmasifica a los ciudadanos enojados, les pregunta por sus familiares, los nombra y los identifica. “*Hey mr. Cunningham – le dice a uno- ¿Por qué no me habla? ¿No me recuerda? Yo soy Jean Louise Finch y voy a la escuela con su hijo, Walter, he’s a nice boy.*” Ese tipo lleno de odio, Cunningham, había estado oculto, mimetizado entre la masa anónima de linchadores de negros. Pero, inesperadamente, es interpelado, individualizado, aislado de los demás por esa *young lady* y, de repente, se siente avergonzado de lo que quería hacer. Entonces ordena a los demás que vuelvan a sus casas, de donde no debieron haber salido. Es una escena hermosa, potente y muy económica en recursos. Yo imaginaba que era un hallazgo de los guionistas, pero después me di cuenta de que ya estaba en la novela de Harper Lee, su autora. A quienes les interese, está en el capítulo quince. Me gusta esa escena porque muestra el valor del nombre como marca esencial de identidad.

Yo había localizado a mi madre a través de internet, no fue fácil hallarla, pues no usaba el apellido de Ismael y el mío, sino el de un marido reciente. Con los datos obtenidos en la web, más otros que conseguí por mi cuenta, conversando con algunos de sus nuevos vecinos, pude reconstruir su historia

desde que me dejó hasta que se instaló en Castelar, provincia de Buenos Aires.

Yo había alquilado por unos días una pieza de pensión cerca de donde mi madre convivía con su nuevo esposo, un próspero comerciante de repuestos y accesorios para automóviles. Ambos tenían dos niños, uno pequeñito, de tres años, y la nena casi adolescente, a la que mi vieja acompañaba todas las tardes a la escuela primaria.

La vieja era ahora una señorona, que vacacionaba en las montañas o en la costa atlántica -las fotografías de ella con su familia estaban en internet-. Mi madre tenía una sirvienta para los quehaceres domésticos y, además, se había transformado en una dedicada, solícita y amorosa madre.

Una tarde la esperé a una cuadra y media del colegio de su hija, una niña de la edad de Scout Finch, unos once años. Era una nena hermosa, tenía el pelo dorado y los ojos claros. Mi madre estaba totalmente cambiada, no era la misma de mis recuerdos. Tenía un andar elegante, casi refinado. Vestía con buen gusto esas ropas caras que llevaba puestas. Estaba muy linda y aprecié, desolado, el enorme parecido que existía entre ella y la niña que la acompañaba. Ahora me daba cuenta, con dolor, que yo era más parecido a Ismael, que a esa bella y refinada dama que caminaba hacia mí.

Cuando la vi de cerca, mi puño se cerró con fuerza sobre la navaja que me diera el Chueco Vázquez en la cárcel. Pasó a mi lado. Pensé que no me había mirado, pero a los cinco pasos, ¡apenas cinco pasos!, ella se volvió arrastrando a la niña que, involuntariamente, dejó caer su mochilita escolar. Los lápices de

colores y los cuadernos quedaron tirados en la vereda, la nena protestó por ese brusco cambio de itinerario.

Se detuvo frente a mí. Yo miré su suave cuello y sopesé el arma en el bolsillo de la campera. ¿Cuánto daño podría causar esa navaja? No menos que el que mi madre me había causado al abandonarme.

-¿Esteban? -el mágico poder de ese nombre desvió mi atención del delicado cuello de mamá y la navaja. ¡Hacía tanto tiempo que nadie pronunciaba mi nombre! Enmudecí por el asombro. Siempre imaginé que ella no sería capaz de reconocermme, pero le habían bastado unos pocos segundos para hacerlo. Mi madre preguntó de nuevo-. ¿Vos sos Esteban?

-Sí, mamá –contesté por fin.

Ella se olvidó de la rubiecita y me abrazó muy fuerte. Yo no lo hice, mis manos seguían metidas en los bolsillos. Yo había planificado el encuentro desde los ocho años, pero nada había ocurrido según el plan, el inmediato reconocimiento, el abrazo, las lágrimas. Nunca había esperado esa espontaneidad. Todo había pasado tan rápido, tan contundentemente rápido. Mi madre lloraba pegadita a mí y yo no atinaba qué cuernos hacer con mis manos ni qué cosas decir.

-¡Qué enorme estás! ¿Qué es de tu vida? ¿Y Adela? -Adela era el nombre de mi abuela, la Cacatúa, que también, después de tanto tiempo, había recuperado su nombre-. ¿Adela te cuidó bien?

-Ella fue mejor madre que otras -los gemidos de mi madre aumentaron, ella no podía hablar, seguía abrazada a mí. Me dio pena, entonces sí, dejé mi El cuello de mamá y la navaja

navaja cerrada en el cálido bolsillo de mi campera y rodee a mamá con mis brazos. Era agradable, tenía un olor tan rico. Comprendí que ella estaba a mi merced, en ese momento yo podía hacer cualquier cosa con ella: degollarla, estrangularla, golpearla o continuar hiriéndola con palabras.

La nena miraba en silencio, como si viera una película hablada en otro idioma y sin subtítulos, hasta que habló:

-¿Quién es este señor, mami?

-Es tu hermano, Mónica. Dáale un beso, tesoro -ordenó mi madre, pero a la niña se le complicaba cumplir la orden, yo era muy alto para ella, así es que me agaché un poco y ella me besó en la mejilla.

-Hola, Esteban -me dijo, presentándose-, yo me llamo Mónica, tengo once años y voy a quinto grado.

-Yo soy Esteban y perdí a mis padres cuando tenía ocho años y era más joven que vos -no debí decirle eso a la chiquita, ¿qué podía entender ella? Pero mis palabras estaban dirigidas a mi madre, no a Mónica. Mamá esbozó una especie de reproche, pero se contuvo, otra vez tomó a la niña de la mano.

-Vamos a llegar tarde -dijo, como disculpándose-. No te vayás, así podremos hablar "solos" y tranquilos.

Comprendí lo que ella intentaba hacer, deseaba preservar a la niña, cuidarla de palabras que cortaban, que lastimaban el cuerpo y el espíritu. Mónica no tenía nada que ver en todo este quilombo de abandonos, promesas incumplidas y reproches.

-Andá, acá te espero -Le prometí, mientras aseguraba la mochila en la espalda de mi hermanita. Yo la había recogido del suelo, junto con los útiles escolares. La niña me sonrió agradecida.

-Tengo tantas cosas que contar y explicarte...-dijo mi madre.

-Andá tranquila.

Ella caminó hacia el colegio, cada tanto se daba vuelta para ver si yo seguía ahí, pero cuando dobló la esquina y ya no pudo verme, yo regresé hacia la pensión.

En ese entonces no lo hice por maldad ni por desquite, necesitaba poner las ideas en orden, necesitaba descansar, necesitaba repasar mi mapa del odio para ver dónde me conducía su cambiante camino. Recuerden, lectores que me propuse no dejarme arrastrar por las emociones, ser más reflexivo y analítico. En la pensión, pude hacer una especie de balance:

Elementos a favor de mi madre:

- a) Me reconoció enseguida. Entre la muchedumbre de rostros, identificó los rasgos familiares del ser al que le había dado la vida.
- b) Me nombró: “¿Vos sos Esteban?” Y eso había sonado muy similar a “*Hey, mr. Cunningham*”. Mi nombre, pronunciado por ella, me había arrebatado del anonimato, de la masa informe de seres humanos que pueblan el mundo.
- c) Se emocionó al verme. Parecía sincera. Ergo, sentía algo por mí. Sea porque se sintiera culpable de flagrante abandono o porque, en algún

resquicio de su alma, hubiera algo de amor. Eso era mucho mejor que una fría indiferencia.

- d) Deseaba permanecer más tiempo conmigo, no me rechazó. Deseaba dialogar, ¿justificarse, disculparse?
- e) Cuando mamá le dijo a Mónica que yo era el hermano, la niña no se sorprendió, por lo tanto, era probable que a su nueva familia les haya hablado de mi existencia.

Elementos en contra de mi madre:

- a) Era feliz. Había rehecho su vida, tenía una nueva familia.
- b) Era feliz sin mí. Y eso era lo peor de todo, lo que más me molestaba. En todo el tiempo que viví con la Cacatúa o en la unidad penal, ella se había reinventado: conoció a un hombre emocional y laboralmente estable, tenía un nene y una hija que eran su orgullo. Repito, había podido ser feliz sin mí.

Yo debía hacer algo al respecto. Era un plan simple, aunque algo perverso. Yo era experto en cuestiones perversas -recuerden que soy un aberrante, no esperen otra cosa de mí-. Este era mi proyecto a futuro:

Primero, para lograr mi objetivo, me ganaría la buena voluntad y la confianza de mi madre. Después acompañaría a la pequeña Mónica a la escuela, durante varios días. La llevaría y luego la buscaría a la salida para entregarla a sus padres. Pero un día, con la confianza de los padres ya ganada, yo recorrería otro camino, el que lleva a mi pensión. Tomaría su pequeña manita entre las mías y la conduciría a mi habitación. Ella, al principio,

se asustaría un poco, pero como también me habría ganado su confianza, le diría que es un juego, que no le haré daño, que es el juego de los tatuajes, que debemos quitarnos la ropa para verlos, ella diría entonces que no tiene ninguno y yo le responderé que eso no es problema, que se arreglará muy fácilmente, que yo mismo se los dibujaré con un marcador de colores. De esa manera la tendría desnudita, a mi merced, y podré sentir su olor a perfume de nena, el que sentí cuando me agaché para darle el beso. Imaginaba su cuerpecito desnudo, cálido y tembloroso, todavía sin desarrollar, con la tenue pelusita dorada cubriéndole las piernas y los brazos. Serían para mí, todo el tiempo que se me antojase: sus labios de niña inocente, su piel de damasco, su dulce pubis -seguramente con un delicado e incipiente bozo-, su frágil cuerpo de lolita, su suave pelo de miel, su aroma a nena pura y limpia y también sus ojos claros, llenos de lágrimas, adolorida, temerosa por lo que su enorme, poderoso y cruel hermano le estaría haciendo.

En la soledad de esa pieza de pensión, trazaba los pasos de mi pérfido plan. Era un proyecto viable, bastante sencillo de ejecutar, la víctima era accesible, sólo tenía que dar el primer paso, como había ocurrido antes con Iriarte y el Perro Márquez -a los agentes penitenciarios y al doctor Peralta no los contaba porque los maté en defensa propia.

Pero en esos casos fue fácil y ahora no lo era. ¿Por qué, cuál era el problema? En todos ellos yo había visto con claridad el camino del odio, pero ahora yo no veía ninguno. Es decir, aún existía resentimiento, dolor, angustia, pero no había odio. No existía o yo no lograba vislumbrar ningún camino que seguir. Ese era el problema, ya no había por donde transitar.

El verdadero Conocimiento -con mayúsculas, había dicho mi maestro-, es el autoconocimiento. Mientras exploraba las oscuras profundidades de mi alma, no hallé motivos suficientes para lastimar a la pequeña y dulce Mónica. Ella no me había herido, al contrario, me había parecido advertir cierta complacencia en su carita cuando mamá le dijo: *“Él es tu hermano. Dale un beso, tesoro.”* Fue como si le hubiese gustado tener un hermano mayor.

Además no me veía a mí mismo en el último peldaño de la escala tumbera, nunca caería tan profundo. Yo habitaba el primer escalón, junto al Profe Escalante, ese era nuestro orgullo. Según los rigurosos códigos carcelarios, nos considerábamos asesinos justicieros y honorables. Si yo le hubiera tocado un solo pelo a Mónica, hubiese descendido a lo más bajo del decálogo, cerca de las ratas, deshonrando el nombre del mejor maestro que jamás tuve y tendré. Y eso jamás ocurriría.

¿Y en lo que se refería a mi madre, qué ocurría con ella? Desde mi punto de vista, mi madre era inimputable. ¿De qué crimen la podía acusar? ¿De haber matado a Ismael? Yo nunca la acusé de asesinarlo o de apurar su muerte -que pudo ocurrir igual, sin su intervención-. Además yo había matado a cinco personas, ¿quién era para imputarle a mi madre la comisión de un solo crimen? No, mi odio hacia ella era por el abandono. ¿Y qué? Ella vio la oportunidad de cambiar su vida. Eso está en la genética humana, la facilidad para cambiar, aprender y adaptarse. Ya me lo había dicho el Profe, cuando me habló del Martín Fierro y de los indios. Todos tenemos derecho a modificar nuestra manera de actuar y nuestra vida. Ella fue una oportunista, como yo

cuando vi abierta la caja fuerte del doctor Peralta. Así es que también comprendí ese aspecto de su inapropiada conducta.

Era probable que su intención siempre haya sido regresar por mí y llevarme con ella. Pero, en el proceso, conoció un buen hombre, se enamoró de él y quiso formar otra familia. Yo, entonces, me convertí en un impedimento, un estorbo para su nueva vida. Yo había sido testigo de lo que ella le hizo a Ismael y, además yo era muy parecido a mi padre. Hubiera sido insoportable para ella convivir conmigo, con la culpa, con los recuerdos de su antigua y miserable existencia.

Buceando en mi oscuro interior, comprendí que si ella hubiese vivido conmigo, habría necesitado abrazarme y pedirme disculpas todos los días de su existencia. Y yo, como buen sicópata, aprovechando su vulnerabilidad, la hubiese herido con palabras filosas como navajas, por el solo placer de ver su carne sangrante. Hubiese sido un infierno tener que vivir así. Hizo bien en alejarse de mí y cambiar.

Además, me encantó el cambio. Esa mujer tan bonita, elegante, que olía tan bien, que me reconoció al toque y que me abrazó, era mi vieja. Sentí orgullo de ser el hijo de esa mujer tan valiente que aprovechó la ocasión propicia para cambiar su destino junto a un pusilánime, un borracho violento, un perdedor.

Yo sólo era un daño colateral de su oportunismo. Y aquí tampoco pude juzgar a mi madre. Porque yo también fui culpable de lo mismo. ¿O acaso yo no era responsable de la muerte del Profe? Sí, él también sufrió las consecuencias de mi oportunismo. El hombre que más quise en este mundo

había sufrido los daños colaterales de mi codicia, pues si yo no hubiera robado el dinero de Peralta, el Profe todavía estaría con vida. ¿Comprenden? Yo no podía juzgar a mamá de nada, porque yo era más culpable, oscuro y retorcido que ella.

¿Comprenden por qué ella era, para mí, inimputable?

A la mañana temprano, pedí la cuenta y me fui de la pensión. Y fue así como la pequeña Mónica, mi vieja y el resto de su nueva familia resultaron indemnes de mi incursión por Castelar, provincia de Buenos Aires.

Creo que ya es tiempo de dar por terminado mi relato. El Profe me habría criticado el estilo y las malas palabras. También le habrían molestado las referencias bibliográficas y sobre las películas, que cortan un poco el relato y lo entorpecen, pero si no lo hubiese hecho, él se me hubiese desdibujado como persona y personaje. No me lo imagino de otro modo que no sea hablando de libros o de películas. Él era así.

Pero a Escalante sí le habría gustado el final, porque a él le gustaban las obras simétricas –*“hasta nosotros, los aberrantes, necesitamos un poco de equilibrio”*, me dijo un día-. Y, si ustedes lo piensan bien, este libro comienza con el abandono de mi madre y finaliza conmigo, abandonándola a ella. Porque ahora fui yo quien se fue, justo cuando ella quería contarme sus cosas, justificarse, pedirme disculpas. Ahora fui yo quien no cumplió con la palabra empeñada. Ahora, mi madre era abandonada por su hijo.

Y mi motivo, quizás, es igual al de ella, no abandono por maldad o venganza, sino por necesidad de cosas nuevas, por necesidad de cambio y, también, por necesidad de olvido.

EPILOGO

Volví contento de Castelar. Y lo primero que hice fue buscar a Mauricio, el amigovio de Adela. Yo sabía que seguía visitando a mi abuela como lo hacía antes, esporádicamente y por dinero. Lo que no me había imaginado era lo avejentado que lo iba a encontrar. Ya no tenía la pinta de galán que le había visto en mi adolescencia, los excesos le habían pedido a su cuerpo rendición de cuentas, y se habían cobrado todas las deudas juntas.

Hablé amablemente con él, o al menos eso supuse -recuerden mi fama de matador y mi contextura física-. Mauricio temblaba mientras yo le explicaba mi punto de vista, que era más o menos el siguiente: él, Mauricio, ya había currado durante demasiado tiempo a mi abuela y también la había hecho sufrir bastante. Ya era hora de formalizar.

-¿Formalizar?

-Sí, pedirle matrimonio -le aclaré, y también le estaba por decir que si no lo hacía le iba a romper algunos huesos. Pero no me dejó seguir, se puso a reír y no podía parar. Cuando terminó, aspiró una bocanada de aire y me explicó:

-Tres veces le pedí que se casara conmigo y las tres veces me rechazó. Siempre la quise, es alegre, buena mina y, en la cama es una...

-Ya, ya -lo interrumpí-, detalles no, o la vas a ligar.

-Primero me dijo que eras demasiado chico y ella no podía dejar de cuidarte -continuó Mauricio-. La segunda vez, cuando estabas en cana y ella

estaba sola, me contestó que era feliz así, soltera e independiente, sin nadie de quien sentirse responsable. La tercera vez, dijo que vos ya estabas por volver y que ella debía cuidarte de nuevo. Como ves, fuera o dentro de la cárcel, vos fuiste un gran problema para mí. En cuanto a la guita ella me la daba sin necesidad de que yo se la pidiera, me daba plata porque sí. Casi me obligaba a aceptarla. Ya lo dije, es una buena mina, siempre la quise bien.

Le pedí disculpas al pobre Mauricio y me fui a casa de Adela. La abracé y la besé como nunca lo había hecho antes. Estábamos por llorar los dos, pero afortunadamente sonó el timbre.

-Son las chicas, me dijo. Andá a abrirles.

Cuando abrí la puerta se me abalanzaron las dos viejas con sus besos y manoseos acostumbrados. Pero esta vez había algo más. Una hermosa pelirroja, de ojos celestes, llena de pecas y de dientes, por lo menos no le faltaba ninguno cuando me sonrió. Era la sobrina nieta de una de ellas o eso entendí. La Cacatúa me miró como para preguntarme “¿Y, te gusta?”

No les puedo decir más, existen zonas de mi personalidad que todavía desconozco, porque no las he explorado. Zonas que ignoro si pueden ser cambiadas o no, si existen opciones de cambio o no.

Lo único que les puedo revelar a ustedes es que me encantó su sonrisa, su olor y la suavidad de la piel cuando me dio el beso.

Ah, me olvidaba. Ya hemos sufrido demasiado. Y, a pesar de ser aberraciones, nos hemos ganado el derecho de abandonar el anonimato. Mi

madre restituyó mi nombre y yo se lo devuelvo a ella, por simetría y por justicia:

Mi madre ahora se llama María Valeria Etchegoyen de Zalazar.

Mi padre se llamaba Carlos Ismael Ponce.

Mi abuela es Adela Inés Torres de Ponce, le dicen la Cacatúa.

Yo me llamo Esteban Javier Ponce, me dicen el Pibe.

FIN.

Nota post-liminar

En las novelas de monstruos y fantasmas, éstos suelen aparecer durante las noches tormentosas -cuanto más viento, rayos y truenos, mejor-. Ese detalle, aparentemente nimio, le otorga al episodio algo inquietante y dramático. Cuando el autor de este libro apareció por mi casa, la noche era espléndida, soplaban un viento cálido del norte que presagiaba buen tiempo para todo el fin de semana, sin embargo ninguno de mis veintitrés perros ladró o se puso inquieto. A quien conozca la índole nerviosa y levantisca de mis perros esto también le parecerá dramático e inquietante. Además, para ellos, el Pibe era un perfecto desconocido, no lo conocían como lo conocía yo, por eso fue muy raro que no hayan hecho ningún alboroto.

Nos vimos por primera vez en la cárcel, cuando yo daba clases de lengua en la Unidad Penal Nº 2. Él y el Profesor Escalante -un antiguo y malogrado colega mío-, estaban a cargo de la biblioteca. Di muchas clases ahí y yo dejaba que los bibliotecarios participaran de ellas para contagiarles el entusiasmo a los alumnos y también para engordar el número, pues a veces tenía un solo discípulo o dos y, frecuentemente, ninguno.

No podía imaginar dos caracteres más opuestos. Según la catalogación de Umberto Eco, él era un apocalíptico y yo, un perfecto integrado, bastante temeroso de Dios y de las instituciones. No deseaba ningún tipo de trato ni establecer vínculos con el Pibe Ponce. Lo recibí con fría cortesía.

-Acá le traigo esto para que me lo corrija -dijo el Pibe. Y me extendió un plástico transparente que contenía la historia que ustedes, lectores, tienen ahora en sus manos.

-Ando corto de tiempo -le contesté-. Además no hago ese tipo de trabajo.

-Pereyra, usted *no hacía* este tipo de trabajo -repuso y me entregó un sobre de papel manila con una cantidad enorme de dólares. Era una generosa oferta que yo no podía rechazar.

-Lo hago por los perros -me justifiqué-. No sabés el presupuesto en comida y veterinaria que tengo con esta manga de vagos.

-¿Cuándo vuelvo? -dijo sonriendo al comprobar que existen corruptos en todos lados.

-Dáme una semana -respondí algo avergonzado de mi propia venalidad.

Y así, con esas pocas palabras, me involucré en la historia del Pibe Ponce. Excepto unas pocas notas y correcciones, no agregué nada al original, que me pareció mal hablado y con interrupciones -tal como lo admite el propio autor en los capítulos finales-. ¿Pero cómo quiere la gente que hablen y piensen los presos? Yo los traté y les puedo asegurar que hablan peor de lo que el autor señala en este libro. Para un presidiario, hablar correctamente es una mariconada y una debilidad de carácter. En lo que atañe a la historia, ignoro si es verídica pero me parece bastante entretenida y bien hilvanada. Ustedes, lectores de estas palabras, tómelo con prudente reserva, pues yo no me considero novelista, sino ensayista y mi opinión no vale mucho.

-¿Y qué pasó con la pelirroja? –le pregunté al Pibe cuando volvió puntualmente una semana después.

-Lo de la colorada queda para otro libro, Pereyra -y entonces me reveló su plan-. Cada mujer tiene una historia que será contada en un libro distinto.

-Pero la pelirroja...

-¿Quiere que le cuente cómo empieza el segundo libro? –y advirtiéndome mi ansiedad, sin esperar respuesta, citó de memoria:

“Como comprenderán, mi falta de experiencia con las chicas me provocaba una invencible timidez. No encontraba ni la forma de sentarme ante la pelirroja ni podía hallar un tema de conversación. Todo lo que yo quería decir me parecía ridículo y fuera de lugar. Enseguida la Cacatúa se dio cuenta de ese detalle, entonces dejó de parlotear con sus amigas, se acercó a mi oído y me aconsejó:

-No des muchas vueltas. Es una puta.

Yo comprendí la maniobra de las tres viejas pícaras que, muy divertidas, me seguían mirando y, al fin, más distendido, terminé riéndome con ellas.

Así empezamos nuestra relación la pelirroja y yo. Pero, con el correr de los días y sus noches, fui descubriendo que mi hermosa Colorada era muchísimo más que una simple puta...”

-Parece un comienzo prometedor -exclamé entusiasmado-. Hasta podría corregirlo gratis.

-No se preocupe, Pereyra. Estoy tras un buen negocio y, si todo sale bien, la próxima vez le pagaré el doble.

-No te vas a llenar de plata escribiendo libros. Lo digo por propia experiencia, mis perros y yo estamos casi al borde de la inanición...

-Ya sé que los libros son para pasar hambre -me interrumpió el Pibe-. Yo me refiero a otros negocios, Pereyra. *Otros negocios.*

Miré esperanzado a mis veintitrés perros y pensé: *“Es probable, hijos míos, que en un futuro, no muy lejano, nuestra dieta pueda mejorar sustancialmente.”*

INDICE

	Prólogo.....	2
I	Flores de verano.....	6
II	La Cacatúa.....	13
III	Escalante.....	19
IV	Decálogo de ética tumbera... ..	29
V	Sancta sanctorum.....	38
VI	La Cacatúa se borra.....	44
VII	Nuevo viraje hacia el odio.....	49
VIII	Mercantilismo tumbero.....	52
IX	De amigos y traidores.....	58
X	Somos lo que recordamos.....	64
XI	Organigrama carcelario.....	67
XII	Reunión cumbre.....	71
XIII	¿Quién es Mario Ferreyra?.....	76
XIV	Espectros, mujeres y...Prometeo.....	82
XV	Lo que al Profe le gustaba más.....	87
XVI	De tiranos y pesadillas.....	93
XVII	El cusquito del buen soldado.....	99
XVIII	La cegadora luz del sol.....	108
XIX	El buitre paciente.....	114
XX	Lo que pasó ese sábado once de abril.....	118
XXI	A la noche en el parque.....	128
XXII	Plan de acción.....	137
XXIII	Tenacidad policial.....	141
XXIV	El poder del nombre.....	146
	Epílogo.....	158
	Nota post-liminar.....	162

Índice.....164